Dien Bien Phu

John Keegan



San Martin Historia del Siglo de la Violencia

SM

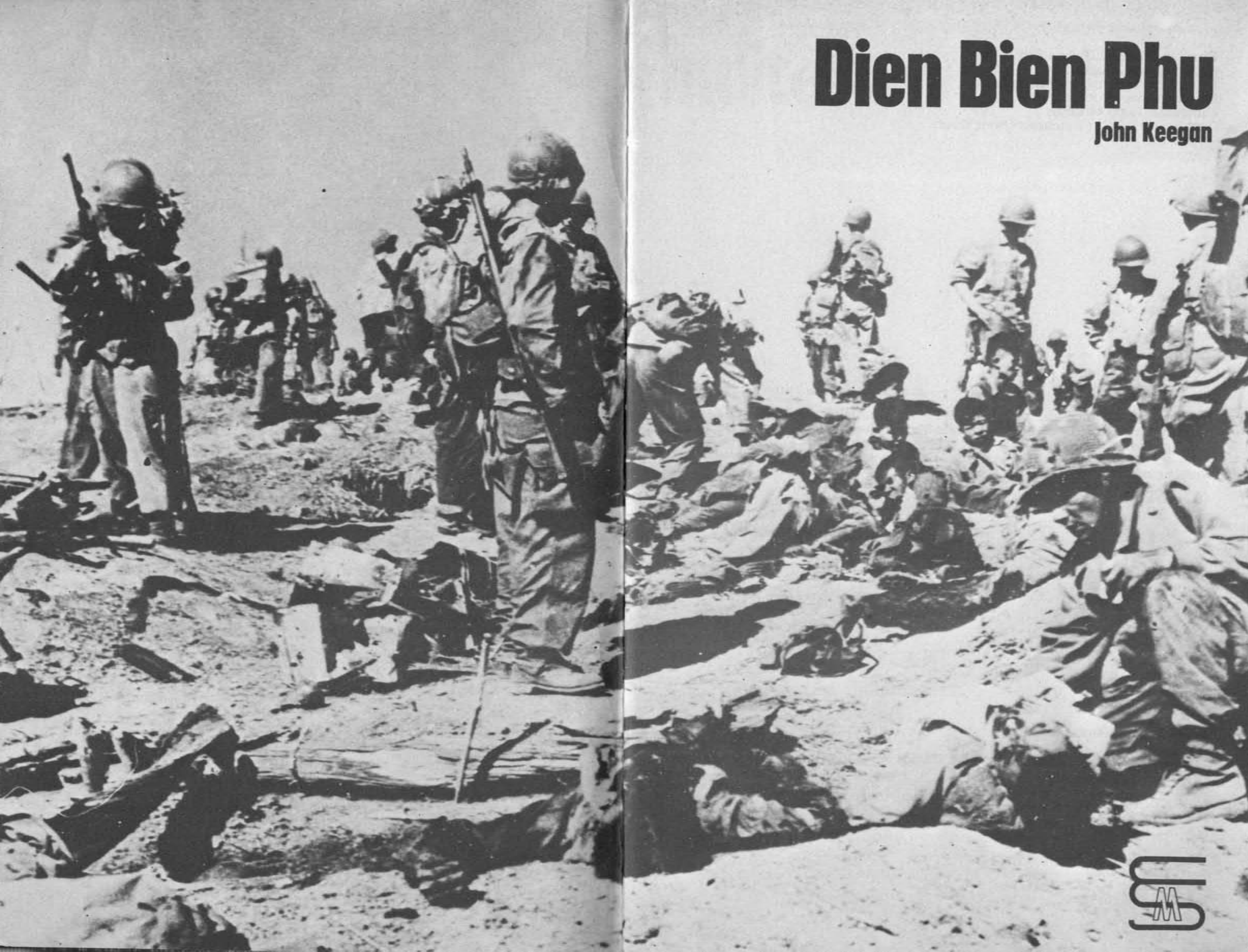
batallas libro n.º 15



El autor:
John Keegan

John Keegan nació en Londres en 1934 y estudió en el King's College, Taaunton, en el Wimbledon College y en el Balliol College de Oxford, donde se especializó en historia militar. Desde 1960 es profesor decano de Historia Militar en la Royal Military Academy de Sandhurst. Es autor de numerosos artículos sobre historia militar, estrategia y política internacional.

Dien Bien Phu


Dien Bien Phu
John Keegan

Director Editorial: Barrie Pitt
Editor: David Mason
Director Artístico: Sarah Kingham
Editor Gráfico: Robert Hunt
Dibujante: Nigel Griffiths
Ilustraciones: John Batchelor/Owen Wood

Las fotografías publicadas en este libro fueron especialmente seleccionadas en los siguientes archivos: Daniel Camus, Paris-Match; Roger Viollet, París; Documentation Tallandier, París; E.C.P.A., Fort d'Ivry; R. Dazy, París; Popperfoto, Londres; Keystone, Londres y París; Black Star, Londres; Mary Evans, Londres; US Army, Washington.

Traductor: Guillermo Solana

Primera Edición Publicada en Estados Unidos por Ballantine

LIBRERIA EDITORIAL SAN MARTIN
Puerta del Sol, 6
MADRID-14

Impreso en España – Printed in Spain
Por Gráficas LORMO
Depósito Legal: M-23.762-1975
I. S. B. N. 84-7140-107-X

Indice

Unas palabras previas

Introducción por Adrian Liddell Hart

Dien Bien Phu es una de esas batallas de las que el mundo ha tomado conciencia. Veinte años después de que se librara es ya una leyenda. Aquel nombre distante y difícil constituye un toque de atención para quienes no participaron en la lucha ni siquiera pertenecían a las naciones combatientes. En comparación con otros choques bélicos recordados a lo largo de la Historia su fama resulta desproporcionada al número de combatientes y a las pérdidas sufridas, aunque fueran considerables. Su desenlace pudo significar, por lo que a los franceses concernía, el final de la guerra en Indochina pero, como sabemos, no significó el final de la lucha en Indochina (o Vietnam) que prosiguió casi sin interrupción hasta hoy. Tampoco constituyó el final del esfuerzo bélico francés para conservar su imperio en Argelia y en otros lugares.

Se aprendieron dolorosamente algunas lecciones militares y políticas. Sin embargo, pocos son los que creen que si no se hubiera librado la batalla de Dien Bien Phu –o si hubiera concluído con una victoria francesa– la bandera tricolor todavía ondearía contra el viento del cambio sobre las avanzadas coloniales.

Fue en realidad ocasión de heroísmo militar en gran escalada –en una escala que se extiende desde las Termópilas a Stalingrado. Pero, como aquí se explica muy bien, fue un heroísmo de muchos matices y contrastes. Fue una tragedia humana por lo que a Francia, y quizás a todo el mundo occidental, se refiere. Pero fue una tragedia que entonces no preocupó profundamente a la vasta mayoría de los franceses corrientes, y menos aún a ciudadanos de otros países. Tampoco fue la única vez durante los últimos años en que un ejército moderno y occidental sucumbió ante otro oriental.

Durante cierto tiempo yo pertenecí a un escuadrón anfibio de la Legión Extranjera que operaba en la parte meridional de Indochina. Compartí ese estado de incertidumbre y confusión. Era una región controlada más o menos por varios grupos mutuamente hostiles. Cuando más cerca estuve de ser alcanzado por las balas (por error) fue una vez en que dispararon contra nosotros soldados marroquíes que luchaban a nuestro lado en las ciénagas. Nuestro pequeño grupo estaba integrado por un alemán, un judío, un checo, un camboyano, un par de anamitas y yo. La comunicación fructífera resultaba difícil, aunque no imposible.

Al leer las galeradas de este relato, un amigo mío, alemán, que en su juventud luchó hasta el final en Dien Bien Phu como oficial de complemento, me recordó la curiosa forma en la que las unidades, sometidas a una tensión, tendían a «mezclarse», y cómo, en el encuentro, se tomaba la iniciativa, a niveles diferentes, por obra de las circunstancias y de la personalidad, sin tener en cuenta la orden de mando. Y en el pacífico ajardinado entorno de una residencia rural inglesa donde ha vivido durante muchos años tras una vida legendaria, típica de la Legión, me confirmó la descripción de aquellos últimos y terribles días y horas cuando «los paracaidistas y los soldados de la Legión Extranjera disparaban las pocas balas que quedaban aún en sus decrépitas armas contra las fuerzas comunistas en marcha», antes de que los supervivientes emprendieran el largo camino hacia la cautividad.

¿Por qué lucharon aquellos soldados de la *13e Demi-Brigade de la Lègion Etrangère*... del *4e de Tirailleurs marocains;* del *Regiment de Chasseurs parachutistes*... del *2e Bataillon Thai*... y aquellos generales con nombres evocadores de la caballería europea del Medievo: de Lattre de Tasigny... Christian de Castries... Navarre...? ¿De qué se trataba en definitiva?

El estratega militar puede afirmar, con John Keegan, que el Alto Mando francés hubiera hecho mejor en acometer un ataque indirecto a través de la vanguardia comunista en vez de realizar una intervención directa de bloqueo en Dien Bien Phu. Más elegantemente puede acabar diciendo que, a pesar de un cronometraje algo defectuoso por parte del general Giap, todo tenía que resultar como su maestro Mao Tsé Tung dijo que resultaría en su clásico análisis de la guerra revolucionaria y de guerrillas (1936 y 1938).

Cabe, sin embargo, recordar al lector la opinión de Tolstoi sobre la guerra en *Guerra y Paz:* «¿Cómo puede haber una ciencia de la guerra en donde, como en toda cuestión práctica, nada puede ser preciso y todo depende de incontables condiciones cuya influencia se manifiesta por completo en un momento y donde nadie puede saber cuando llegará ese momento? Amrfeldt afirma que nuestro ejército ha quedado aislado mientras que Paulucci asegura que ha cogido al ejército francés entre dos fuegos; Michaud declara que el defecto del campo de Drissa es tener el río a retaguardia mientras Pfuhl protesta diciendo que eso es precisamente lo que constituye su fuerza; Toll propone un plan, Armfeldt, otro; y todos son buenos y todos son malos y sólo en el momento de ponerse a prueba puede saberse si lo que se propuso era lo conveniente».

El momento de la prueba para los diferentes planes conflictivos del Alto Mando francés sobrevino en Dien Bien Phu. Y entonces parecía, como Tolstoi dijo de la desastrosa campaña de Napoleón contra Rusia, que Navarre no podría mandar una campaña contra el Viet-Minh y nunca la mandó. De Castries, sobre el terreno, entregó su autoridad. La Legión luchó por la Legión. Otras tropas siguieron sus propios rumbos. Por lo que se refiere a los dirigentes políticos «responsables» de la IV República, sus mismos nombres han desaparecido ya de la memoria.

Lo que queda de este recuerdo del desastre son algunos toques y algunas ironías descritos por el autor. De Lattre pierde la voluntad de vivir tras la heroica muerte de su adorado hijo y su período crucial de mando concluye por obra de la progresión de un cáncer. La Legión se prepara para celebrar el Día de Camerone en la sitiada Dien Bien Phu, conmemorando la matanza de otra fuerza de la Legión en Méjico en 1863– mientras los jefes de los Estados Mayores aliados rechazan la posibilidad de una intervención aérea norteamericana de ayuda. El coronel Piroth, jefe de la artillería, se da muerte con una granada cuando ya era demasiado evidente el alcance de unos errores de cálculo dictados por el optimismo.

Hace dos mil quinientos años el más grande de los historiadores describió otra guerra que duró treinta años y provocó el colapso de Atenas. Tucídides concentró su atención sobre la expedición a Siracusa en aquella guerra. Fue otro ejemplo de error de cálculo militar y de choque de personalidades y de pasiones; de una destrucción postrera, por obra del orgullo, en la batalla y en la cautividad. «Me bastará», escribió en su Introducción a la *Historia de la Guerra del Peloponeso* con que estas palabras mías sean juzgadas útiles por aquellos que desean comprender claramente los acontecimientos que sucedieron en el pasado y que (siendo como es la naturaleza humana) se repetirán en el futuro en algún tiempo o en otro y muy de la misma manera».

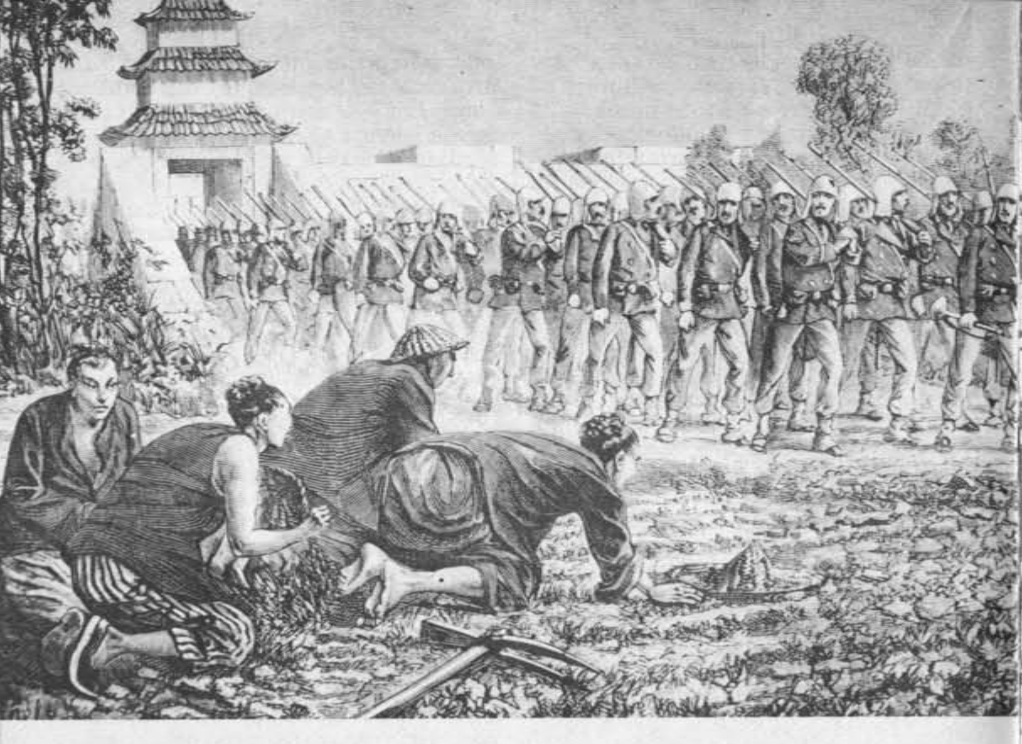
Indochina: conquista y reconquista

En un remoto valle entre las montañas del Noroeste del Vietnam se libró y se perdió a comienzos de 1954 una batalla que había de tener una influencia decisiva en el carácter de la segunda mitad del siglo XX. El número de los que intervinieron en la batalla era casi insignificante: en el bando vietnamita, unos 50.000 y en el francés –porque ellos eran el enemigo europeo implicado– no más de 18.000. El premio que logró el vencedor fue igualment poco considerable: la posesión de unas defensas de tierra apisonada, malamente erigidas y en esbozo y de un aeródromo provisional. La población local, nunca muy numerosa, había huido antes de que comenzara la lucha y sus escasos y débiles albergues fueron demolidos para obtener material de construcción con destino a las fortificaciones. Su existencia además había sido siempre marginal porque el valle producía poco y aunque dos caminos «importantes» corrían a lo largo de ese terreno, llevando el tráfico entre el Vietnam del Noroeste y el Laos del Nordeste, no existía ninguna ruta adecuada para vehículos a motor ni se esperaba que por aquellos caminos pasaran tales vehículos. La importancia de las rutas consistía en que indicaban un eje de comunicaciones y no porque sirvieran para un considerable desplazamiento de mercancías o de personas. Y, aún así, ese eje de comunicaciones era teórico y potencial más que real y presente ¿Por qué entonces el significado estratégico que cada bando concedió al valle de Dien Bien Phu y la ferocidad con la que habían de luchar por ese valle?

Las respuestas a estas preguntas se hallan ligadas a la cuestión general de la presencia europea en el Extremo Oriente y, en particular, al intento francés de volver a posesionarse de su imperio indochino tras su ocupación por parte de los japoneses, al final de la Segunda Guerra Mundial. Fundamentalmente, esas respuestas se corresponden con la cuestión del sentido del honor del Ejército francés, con la de su escocedora derrota en 1940 que la participación en la victoriosa campaña aliada no había aliviado y con su determinación de restaurar, al menos a sus propios ojos, su reputación de valentía y su tradición de victoria.

Francia puso el pie en Indochina a mediados del siglo XIX cuando, actuando en competencia con las otras dos grandes potencias imperiales, Rusia y la Gran Bretaña, para hallar rutas que llevaran al corazón comercial de China, comenzó una exploración militar de los ríos de Vietnam septentrional, o Tonkín, como se denominaba a esta provincia del imperio vietnamita de Anam. Los misioneros franceses habían trabajado en el imperio anamita desde el siglo XVII y la marina francesa había fundado realmente una pequeña colonia gala en el extremo meridional de Vietnam (Cochinchina) en 1863, tras una guerra de escasa importancia, concebida para castigar a unos funcionarios imperiales por los malos tratos infligidos a los religiosos franceses. Pero lo

Una batería francesa en Cochinchina, 1863.

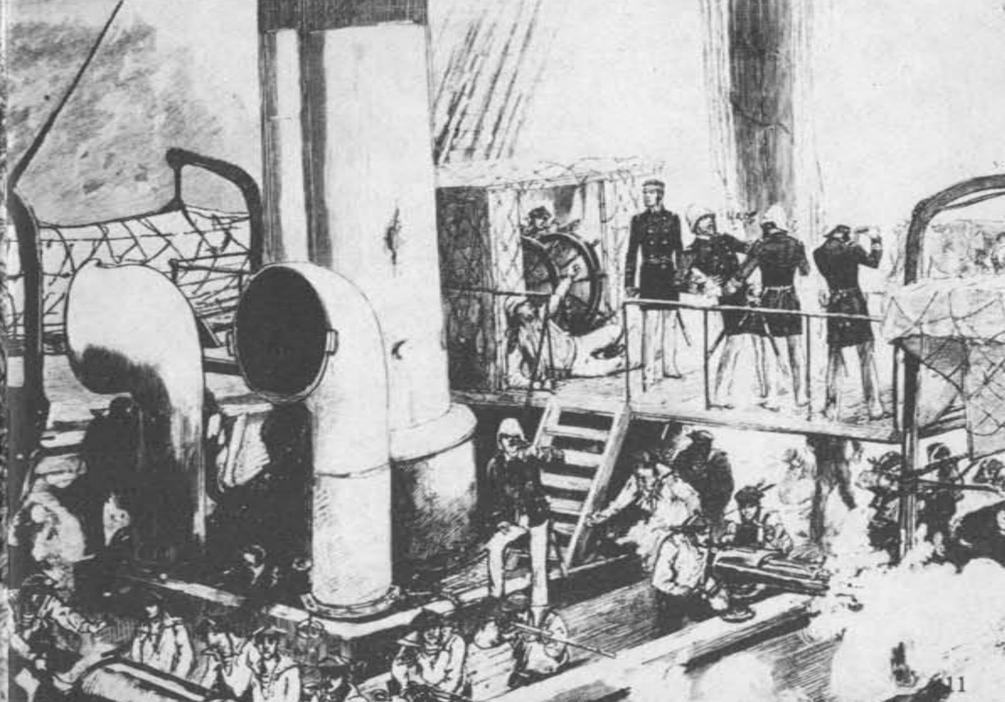


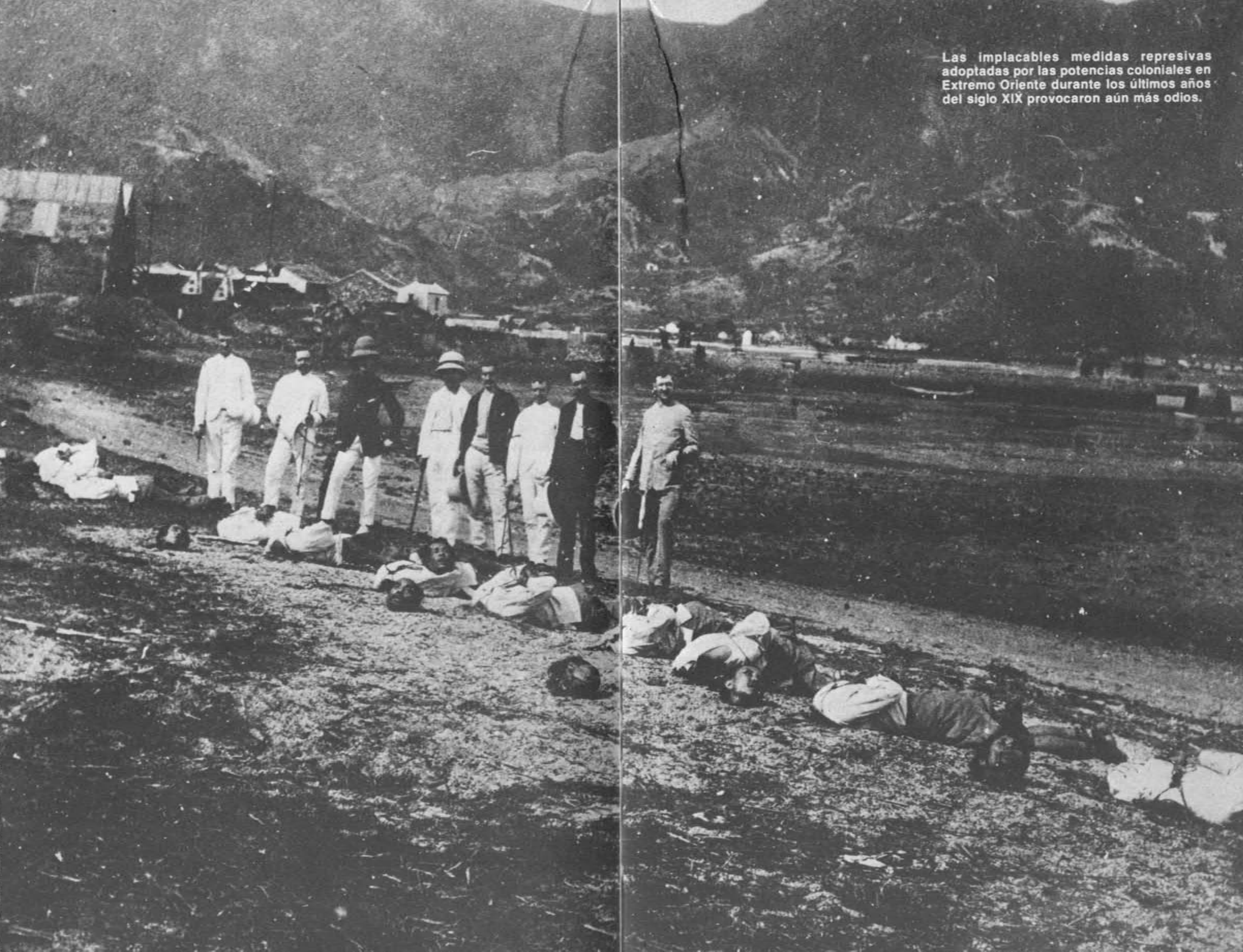
Arriba: **Los vietnamitas se postran ante las tropas coloniales francesas.** Abajo: **Un grabado francés de la época prensenta la emboscada tendida a Francis Garnier.**



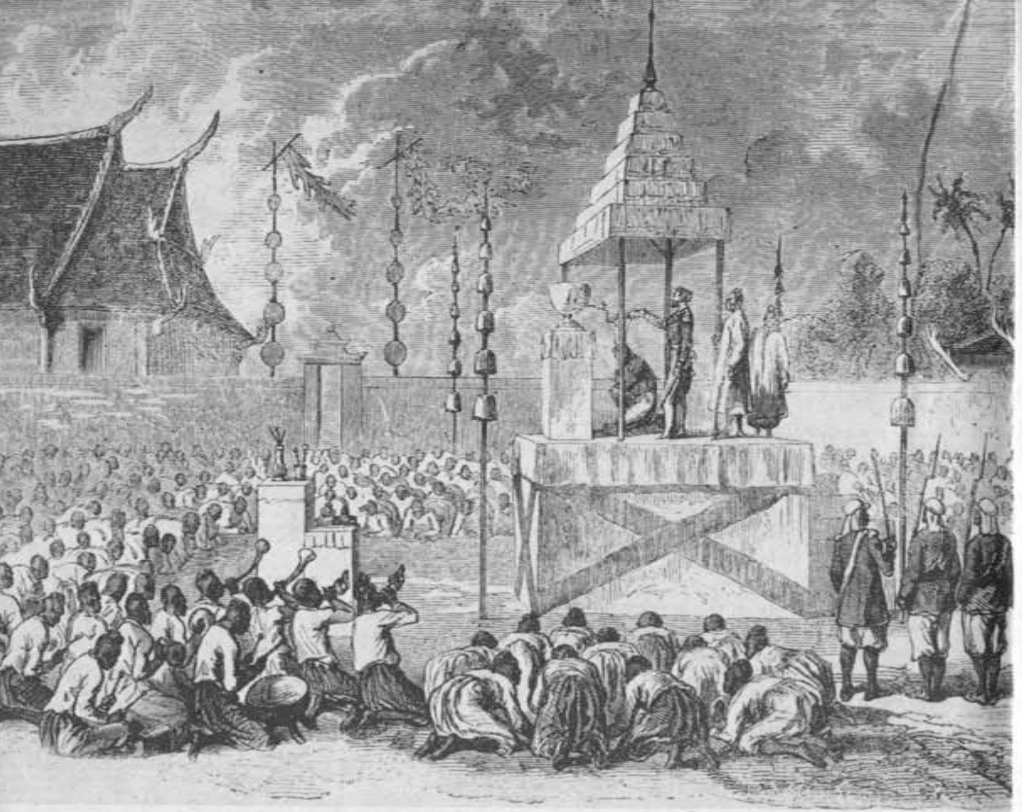
Arriba: **Soldados del 2.° de Infantería Colonial en combate contra los chinos de la «Bandera Negra».** Abajo: **Bombardeo naval francés de Fou-Chow, Tonkin.**







Las implacables medidas represivas adoptadas por las potencias coloniales en Extremo Oriente durante los últimos años del siglo XIX provocaron aún más odios.



La coronación del Rey de Camboya ante la Administración francesa del Reino.

que resultó decisivo fue la atracción de los ríos –el Rojo, el Negro y el Claro– tres grandes vías fluviales que según creían los franceses, permitirían penetrar desde Tonkín en las ricas provincias meridionales de China y ofrecerían así a Francia, eso pensaron sus marinos, las ventajas de unas comunicaciones comerciales equivalentes a las que Rusia disfrutaba por su frontera siberiana y a las que Gran Bretaña poseía gracias a su posesión de Hong Kong.

La exploración demostraría que los exploradores franceses se hallaban equivocados. Los ríos tonkineses dejan de ser navegables antes de que se llegue a las fronteras de China. En consecuencia, la ocupación de Tonkín resultaría una vía muerta desde el plano comercial. Pero, mientras hacían este descubrimiento, los franceses se vieron comprometidos en una guerra de ferocidad considerable con el imperio anamita y con su soberano, el imperio chino. Los anamitas, que habitualmente preferían negar o minimizar el vasallaje que debían a Pekín, tan pronto como aparecieron los franceses, reafirmaron apresuradamente sus juramentos y renovaron sus tributos. Así, cuando el escuadrón local de la Marina francesa, que actuaba casi independientemente de París, bajo el mando de un oficial joven, dinámico e imperialista llamado Francis Garnier, desembarcó una fuerza sin advertencia previa en el delta del río Rojo y cayó sobre Hanoi, el emperador anamita pudo no sólo pedir sino obtener ayuda material china. Poco después Garnier resultó muerto en una emboscada (sería el primero de los innumerables franceses que morirían en circunstancias análogas a lo largo de los ochenta años siguientes) y el gobierno francés, bajo la amenaza de que el conflicto se extendiera, decidió llegar a un acuerdo con el emperador anamita. Pero en 1884, a instigación de otro protagonista del Imperio, también oficial naval, llamado Rivière, Francia se encontró una vez más en guerra con Anam y esta vez también con China cuyos soldados, los llamados «Banderas Negras», penetraron bajo guisa de bandidos. La actitud de Francia respecto de Anam era ahora francamente imperialista. Aspiraba a sumar a este país a la creciente extensión de su Imperio de ultramar y, a pesar de la fiera oposición de anamitas y de chinos y de la considerable hostilidad que esta política despertaba en París, esto es lo que consiguieron en Indochina los soldados y marinos franceses –Rivière, que murió en el empeño, Courbet, Brière de L'Isle y Négrier– y Ferry, presidente del Consejo en aquel momento. La resistencia esporádica prosiguió tras el acuerdo con China en 1885 y Tonkín no estuvo sometido oficialmente a la autoridad de un Residente francés hasta 1897. Pero, para entonces, todo lo que en adelante sería conocido bajo la denominación de Indochina, se hallaba efectivamente bajo el poder de la administración francesa. Camboya y Laos, los dos reinos adyacentes, quedaron sometidos a la administración francesa en 1884 y en 1892 respectivamente.

Francia comenzó a regir su nuevo imperio oriental de una forma completamente diferente a la que, por ejemplo, utilizaban los británicos en la India. Mientras que la mitad del territorio del imperio británico de la India permaneció bajo la administración de sus dirigentes tradicionales –en los llamados estados principescos– en las zonas directamente administradas, los indios eran admitidos en los cuadros de funcionarios desde finales del siglo XIX; los franceses, por el contrario, erigieron en el Tonkín y en Anam (como se denomina diferentemente a las dos mitades del Vietnam) una estructura de gobierno análoga a la que los ciudadanos franceses conocían en su propio país. La Cochinchina, desde luego, fue tratada casi como si fuera un distrito metropolitano, con derecho a elegir un diputado con escaño en la Cámara de París. En el resto del territorio, una gran proporción de los puestos subalternos de la administración y de la judicatura, que en la India británica habrían sido ocupados por indios, eran desempeñados por individuos nacidos en Francia. Como compensación por esta suplantación, los vietnamitas recibieron la oportunidad de convertirse en franceses intelectual aunque no constitucionalmente. Los franceses fundaron en Hanoi y en Saigón universidades cuyas reglas y enseñanzas eran las de las universidades de la metrópoli. Y la complejidad del pensamiento y del lenguaje francés resultó tener un atractivo considerable para los vietnamitas, herederos sin embargo de una civilización propia, antigua y sutil.

La antigüedad y la fuerza de esta civilización habían de determinar, empero, que la dominación francesa nunca fuese completamente aceptada por los vietnamitas. Porque, pese a todas las promesas de igualdad intelectual que hicieron los franceses y los beneficios muy reales que su administración produjo en forma de carreteras, ferrocarriles, puentes y puertos, hubo en el sistema colonial francés en Indochina un elemento de explotación financiera demasiado predominante como para que pudiera ser pasado por alto. El gran poder en Indochina no era ni la administración ni las fuerzas armadas sino los bancos y las empresas productoras de bienes de consumo cuyas sedes estaban en París. El caucho, introducido por los franceses en Indochina, se convirtió en una exportación de enorme valor y sus ingenieros también descubrieron carbón y yacimientos minerales de los que las compañías francesas extrajeron una producción amplia y rentable.

Sin embargo, en los primeros días del siglo XX, la oposición vietnamita a la dominación francesa adoptó una forma necesariamente clandestina e indirecta. Y fue así sobre todo porque el pueblo vietnamita carecía de todo núcleo de lealtad nacional. Su propio emperador, aunque mantenido en su trono de Hué, se había convertido en un muñeco cuyo gobierno, teóricamente sólo «protegido» por los franceses, carecía de cualquier poder efectivo; y los sucesivos emperadores fueron destronados por los franceses casi a capricho. No existía, desde luego, estructura alguna de partidos políticos; y las religiones dominantes en el país, el budismo y el confucionismo, siendo muy pacíficas por su carácter, insistieron en la aquiescencia a la autoridad. Por eso, para que el poder francés resultara debilitado, los vietnamitas tendrían que hallar o recibir nuevos je-



El padre del emperador Bao Dai y Albert Sarrault, gobernador de Indochina.

fes o nuevas organizaciones de un carácter mucho más dinámico que el de los que poseían.

Los años comprendidos entre las dos guerras mundiales vieron surgir a varios. Bao Dai, coronado emperador en 1925, se había educado en Francia y realizó resueltos esfuerzos tanto para ganar de los franceses una mayor proporción de autonomía como para revitalizar aquellos organismos del poder imperial cuya existencia estaba permitida. Pero las esperanzas vietnamitas en su joven dirigente se vieron rápidamente decepcionadas porque, tras no obtener concesión alguna por parte de los frances, se sumió en un frustrado nominalismo. Otro agente de cambio, potencialmente más radical, sobrevino en 1927 bajo la forma del equivalente vietnamita del Kuomintang chino, el VNQDD, dedicado a la liberación nacional por la acción revolucionaria. Sus procedimientos fueron sin embargo poco firmes y rápidamente sufrió la infiltración de los servicios franceses de

Arriba: **Bao Dai, que llegó a ser emperador en 1925.** Abajo: **Los soldados japoneses ocupan Indochina tras el colapso de Francia.**

información política. Las primeras detenciones precipitaron el desencadenamiento de una mal concebida revuelta armada, a la que se conoció como el motín de Yen Bay, que fue prematura y resultó abortada. Aquel mismo año, 1930, se produjeron en el Anam septentrional disturbios más graves cuya represión costó casi dos años, la muerte de unos 10.000 vietnamitas y la cautividad de otros 10.000.

Estos disturbios eran obra del Partido Comunista indochino que, fundado en 1925 por un revolucionario errante llamados unas veces Nguyen Van Thanh, otras Van Cung, otras Tat Thanh y otras Ai Quoc y que eventualmente llegó a ser conocido con el nombre de Ho Chi Minh, había establecido en los cinco años que siguieron a aquél una red eficaz en las aldeas y en las pequeñas ciudades del delta del río Rojo. La derrota total de la rebelión y la subsiguiente desaparición de Ho Chi Minh de Vietnam, parecieron sin embargo poner fin a la importancia del Partido Comunista como fuerza nacionalista.

Desde luego, en la década de los años treinta y como movimientos populares existían dos extraños cultos religiosos que surgieron en el Anam meridional y cuya significación era aparentemente mucho mayor: el Cao Dai y el Hoa Hao. La última de estas dos sectas propagaba una forma simplificada del budismo que, aunque muy atractiva para los campesinos de la Cochinchina occidental no resultaba realmente subversiva respecto de la dominación francesa (pero la policía de seguridad tomó la precaución de confinar en un hospital psiquiátrico al jefe del movimiento). El Cao Dai, que atrajo rápidamente a unos 300.000 conversos, era un fenómeno más alarmante aunque solamente fuese porque afirmaba representar una síntesis de las grandes religiones del mundo, incluyendo al cristianismo (entre cuyos santos hacía figurar a Víctor Hugo, que sin duda hubiera sido el más sorprendido). Su templo de Tay Ninh fue llamado el más grande lugar de adoración del mundo entero y era ciertamente uno de los mayores, mientras que en su jerarquía, encabezada por un «Papa», figuraban cardenales del sexo femenino y más de un centenar de arzobispos y de obispos.

La desconfianza francesa hacia los motivos que impulsaban a las sectas fue avivada no tanto por pruebas concretas de sus inclinaciones sediciosas como por la dificultad de descubrir qué es lo que trataban de lograr si es que realmente aspiraban a conseguir algo. Los acontecimientos revelarían que las sectas estaban fundamentalmente interesadas en su propio engrandecimiento pero resueltas a pactar con los adversarios del régimen colonial y con los enemigos de Francia si estos les prometían propiciar sus fines.

A pesar de esos toques de alarma y de las manifestaciones de los años treinta, sólo retrospectivamente puede advertirse un significado en estas amenazas a la dominación francesa. Como los viejos habían de decir a los jóvenes en los agitados días de la postguerra, no existía hasta 1939 lugar alguno dentro de los tres reinos de Indochina por el que un francés no pudiera pasear solo y de noche, perfectamente seguro. Los campesinos, que constituían la abrumadora mayoría de la población vietnamita, se hallaban totalmente despolitizados y uncidos al ritmo de la vida en una aldea asiática; los camboyanos y los laosianos habían olvidado sus propios reinos; y los pueblos aborígenes de las montañas y de las selvas, a quienes los franceses apenas veían, no comprendían el mundo fuera de sus propios y diminutos sistemas tribales. Para la mayoría de los franceses, Indochina era un lugar maravilloso, un sitio en donde uno podía enriquecerse si era ésa su inclinación o donde podía practicar el arte de construir un imperio, estudiar una antigua civilización o difundir la fe cristiana entre uno de los pueblos más receptivos de Asia, recorrer los caminos de junglas que no figuraban en los mapas, convertirse en un dios para los cazadores de cabezas de la Edad de Piedra o sentarse sencillamente a esperar con tranquilidad la llegada de una jubilación, consolado quizás del alejamiento de Francia con una pipa de opio al atardecer.

Así podrían haber seguido siempre las cosas. Cuando finalmente se derrumbó este idilio no fue por obra de una fuerza



El USS Missouri **en la Bahía de Tokio durante la ceremonia de la rendición japonesa.**

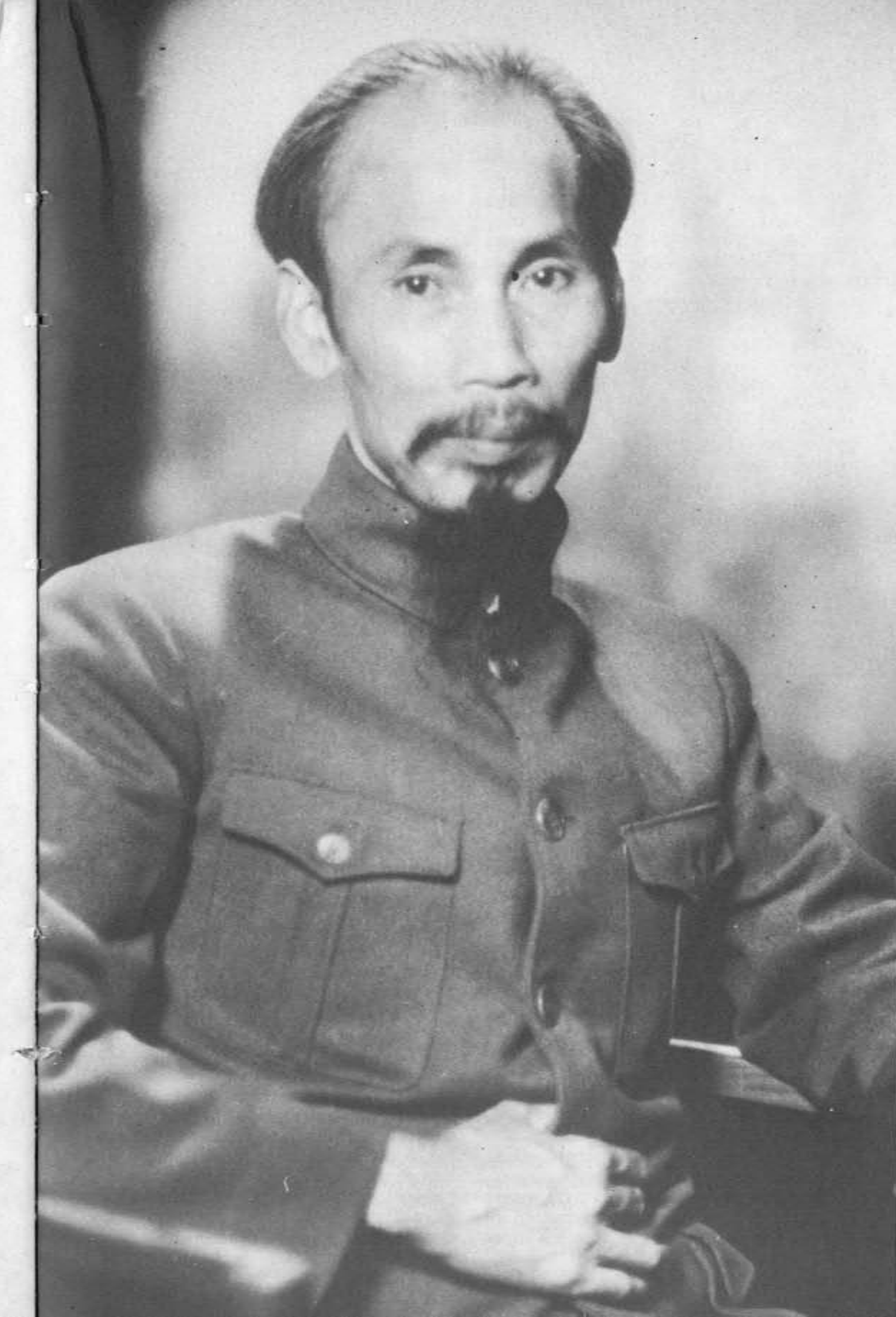
interna sino por la acción de una fuerza exterior. La caída del imperio francés del Extremo Oriente, como la del británico y la del holandés, fueron preparadas, no en Asia, sino en Europa. Procedían directamente de la derrota de sus ejércitos a manos de Alemania en mayo y junio de 1940. Aislado del menguado gobierno establecido en Vichy tras el colapso, el gobernador francés de Indochina aceptó, dado que carecía de fuerza para resistir, la petición que le hicieron los japoneses de que les permitiera supervisar el movimiento de suministros que por el puerto de Haiphong en la desembocadura del río Rojo llegaban hasta los ejércitos de Chiang Kaichek en la China meridional. Esta concesión convenció atinadamente a los japoneses de que podían convertir a Indochina en un estado títere sin tener que molestarse ni en conquistarla ni en gobernarla. Por eso, en fases sucesivas, obligaron a los franceses a permitir el paso por el Tonkín, camino de la China meridional, de las tropas niponas, a aceptar después la presencia militar japonesa en el territorio indochino y, finalmente, tras la destrucción de la flota norteamericana en Pearl Harbour, a colocar los recursos económicos de Indochina a disposición del Japón así como a garantizar su absoluta libertad de situar y desplazar tropas, buques y aviones a través de la colonia.

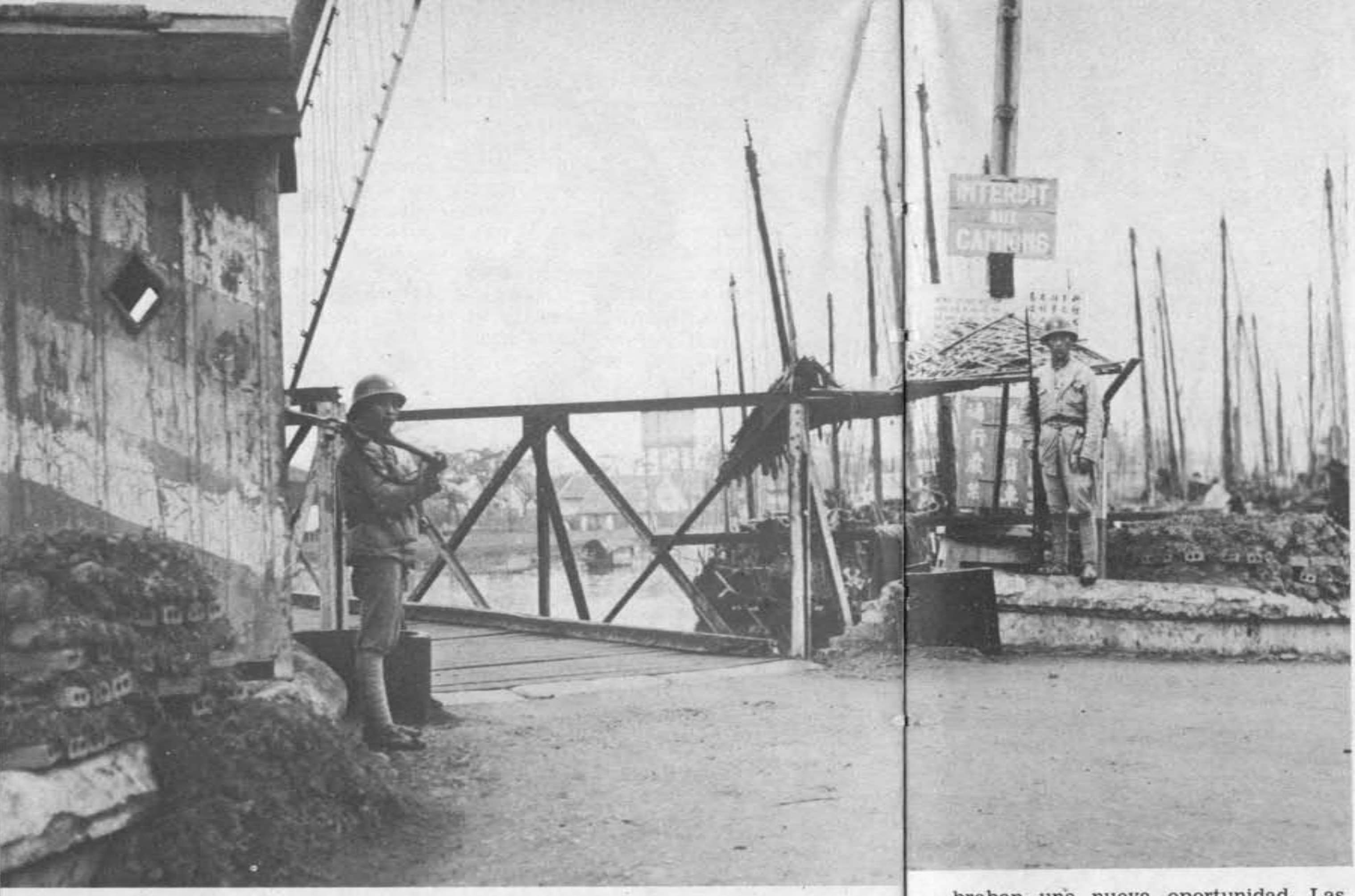
La guarnición francesa era demasiado débil para oponerse a los japoneses si el gobernador Decoux hubiera decidido rechazar alguna de sus exigencias. Había tropezado con serias dificultades en enero de 1941, con ocasión de una pequeña guerra fronteriza con Thailandia cuando este país trató de anexionarse una provincia camboyana tradicionalmente disputada; era impensable que los franceses hubieran podido ofrecer resistencia a los japoneses durante más de unos días, no sólo porque eran absolutamente más débiles sino porque carecían de medios para reemplazar las vidas y el material europeos consumidos en la lucha. Por eso, en aquellas circunstancias, la decisión de Decoux de colaborar con los japoneses resultaba comprensible; y aún más porque una política diferente habría significado arriesgar las vidas de cuarenta mil mujeres y niños franceses. Por añadidura, resultaba difícil establecer una distinción moral válida entre su comportamiento y el del gobierno de Vichy, cuyas relaciones con los alemanes y con los italianos, por mucho que se disculpen, eran también esencialmente colaboracionistas.

En términos prácticos, que eran los que contaban para los franceses residentes en Indochina, la política de Decoux tuvo la virtud adicional y decisiva de funcionar. Durante casi cuatro años, desde finales de 1941 hasta comienzos de 1945, la administración y la guarnición francesas permanecieron en libertad, desempeñando sus misiones y viviendo como si el poder francés no hubiese sufrido disminución alguna en todo el mundo. Sin embargo, hacia finales de 1944, llegó a noticias de los japoneses que emisarios de De Gaulle, que ahora controlaba el gobierno metropolitano, habían establecido un contacto clandestino con altos funcionarios de la administración de Decoux y llegaron a la deducción obvia de que en el momento adecuado y en un futuro no demasiado distante la colonia de Vichy se autoproclamaría avanzada de la Francia Libre, acción que podría resultar en perjuicio de los nipones. En consecuencia, pero subrepticiamente, reforzaron la muy escasa guarnición japonesa dentro de la colonia, trasladaron unidades a los puntos cruciales y el 9 de marzo de 1945 llevaron a cabo un *coup de force* que privó de sus poderes a la administración francesa y significó el internamiento de sus soldados. Tan sólo una columna logró abrirse camino por el Tonkín septentrional camino de la China nacionalista a donde llegó demasiado debilitada para tomar ulteriormente parte en la lucha.

Los japoneses permanecieron sin querer adoptar esfuerzo alguno por administrar Indochina. El año anterior habían devuelto el poder en Camboya a un funcionario del gobierno real y, de acuerdo con su *coup*, resolvieron hacer lo mismo en Anam y en Tonkín. Bao Dai, cuyo retiro de la política no había sido perturbado por la guerra, fue sorprendido tras el *coup* con una oferta de

Ho Chi Minh, tras anunciar la independencia nacional del Vietnan y el establecimiento de una república democrática.





Centinelas de la China nacionalista en Haiphong.

los japoneses para recibir todos los poderes gubernamentales a cambio de la promesa de actuar lealmente dentro de la «Esfera Japonesa de Coprosperidad», oferta que el emperador aceptó inmediatamente. Pero, como los acontecimientos habían de demostrar, la maquinaria del gobierno imperial era demasiado débil y estaba demasiado gastada para reemplazar a la administración francesa. Sufría la desventaja adicional de carecer de un aparato eficaz de fuerzas armadas.

Vietnam, en suma, se convirtió, como resultado del *coup* del 9 de marzo, en un vacío de poder. Mientras que los japoneses mantuvieron allí sus tropas, el que ellos habían nombrado seguiría disfrutando del título nominal. Por eso, temporalmente, el trono de Bao Dai se hallaba seguro. Mas resultaba obvio, incluso para los vietnamitas más aldeanos, por no decir nada de los que desde el exterior se interesaban en la cuestión, que los días del Japón estaban contados. Surgió allí una atmósfera de intrigas por el logro del poder. Los agentes de la Francia Libre conspiraban con los chinos nacionalistas para restablecer el control de París. Los chinos nacionalistas ocultaban sus propias intenciones. Los norteamericanos tenían también proyectos (que resultaban desfavorables para Francia). Los nacionalistas vencidos del Anam y de Cochinchina vislumbraban una nueva oportunidad. Las sectas iniciaban delicadas negociaciones con los aliados potenciales cuya utilidad compensaba su falta de penetración. Más significativas, como habían de demostrar los acontecimientos, eran las actividades del Partido Comunista indochino que, bajo la dirección de Ho Chi Minh, súbitamente reaparecido y con el apyo aparente de la Oficina norteamericana de Servicios Estratégicos, se había constituído rápidamente como la más importante de las fuerzas clandestinas que actuaban en el Tonkín y en el Anam septentrional.

Tan puntillosos en Indochina como en cualquier parte del Extremo Oriente, cuando llegó el momento de la capitulación, los japoneses, el 7 de agosto de 1945, anunciaron a los representantes del emperador en Saigon y a su virrey en Hanoi que le devolvían la soberanía completa, tras lo cual efectuaron su rendición. El gobierno de Bao Dai era totalmente incapaz de ejercer el poder que se le había confiado, como el mismo emperador fue uno de los primeros en reconocer, y, al saber que los comunistas (o más precisamente la coalición nacionalista del Vietminh que ellos controlaban) se había apoderado del poder en el Norte, que una confederación nacionalista (que pronto controlarían los comunistas) había establecido un gobierno provisional en el Sur y que un grupo escindido de Cochinchina amenazaba con proporcionar una base para el retorno francés, decidió abdicar. Es de significado vital el hecho de que el grupo que eligiera como más adecuado para el ejercicio del poder tras su abdicación fuese el Vietminh, al cual, el 30 de agosto, convirtió en Consejo Supremo. Tres días ms tarde, Ho Chi Minh proclamó en Hanoi la independencia nacional del Vietnam y la creación de una república democrática.

Como subsiguientemente han señalado los comentaristas con no pocas dificultades, la toma del poder por parte del Vietminh fue basada casi completamente en un «bluff» porque la nueva república era una creación de palabras y no de hechos.

Todo lo que el Vietminh había conseguido mediante sus conexiones con los aliados era poco más que una relación sin carácter formal con un solo centro de la Oficina de Servicios Estratégicos, al que en sí mismo y por mucha imaginación que se derrochara no cabía considerar nunca como órgano de elaboración de la política entre los aliados. Las fuerzas armadas del Vietminh eran mezquinas y su red política, aunque muy extensa en el Norte, carecía por completo del personal experimentado necesario para hacer funcionar con eficacia a un estado. Sin embargo el Vietminh contaba con una base para reivindicar el reconocimiento como gobierno legítimo del Vietnam. Bao Dai tenía legalmente derecho a abolir de forma unilateral las cláusulas del tratado de protección que le ligaban a Francia puesto que Francia había dejado de otorgarle su protección y no parecía



Llegan las tropas británicas e indias para reocupar Vietnam.

hallarse en disposición de reasumir sus responsabilidades hasta dentro de algún tiempo. Los norteamericanos se mostraban benévolamente inclinados a una declaración de la independencia vietnamita y eran *de facto* la potencia efectiva en el Pacífico occidental. El Vietminh podía, además, afirmar ser una coalición de grupos nacionalistas, representantes genuinos de un sentimiento político evolucionado dentro del país. Y sobre todo, estaban *in situ*.

Existían, empero, otras partes interesadas. La más destacada era la de los chinos nacionalistas que, además de mantener su reivindicación tradicional a ejercer la soberanía sobre las «provincias» de Anam y del Tonkín, experimentaban un gran interés por la riqueza de la región. Menos evidente era el interés de los británicos a quienes no agradaba ver el reconocimiento de la independencia de un movimiento indígena cuando sus propias posesiones del Extremo Oriente todavía no habían sido arrebatadas por completo a los japoneses. En deferencia a estas consideraciones, la Conferencia de las Grandes Potencias celebrada en Potsdam aceptó que Vietnam debería ser primeramente reocupado por las fuerzas aliadas cuya tarea preliminar sería la de recibir la correspondiente rendición de las fuerzas japonesas allí acantonadas. La mitad septentrional del país, hasta el paralelo 16, sería ocupada por los ejércitos nacionalistas del general Lu Han y la mitad meridional por una fuerza británica, eventualmente suministrada por la 20ª División india bajo el mando del general Douglas Gracey.

Pero los franceses estaban ya dedicados a la tarea de constituir una fuerza expedicionaria propia cuya misión consistiría en relevar a los británicos y a los chinos y restaurar la autoridad de París en el territorio. El general Leclerc, antiguo jefe de la 2ª División Acorazada que había liberado París y quizás la figura más brillante entre los generales gaullistas, salió de París el 17 de agosto para asumir el mando del Extremo Oriente, preparatorio de la arribada de las fuerzas. Pronto sería consciente de la necesidad de acelerar su llegada, desde



Los franceses que huyeron de la ocupación japonesa regresan a Saigón.

un punto de vista francés pero también desde un punto de vista humanitario porque a finales de septiembre tuvo noticias de una terrible matanza de cuatrocientos o quinientos europeos en Saigon.

La matanza había sido provocada por la insorportable actitud de la guarnición francesa, liberada de la cautividad pero no rearmada por la fuerza británica de ocupación. La presencia de los británicos, advertidos así de la hostilidad entre los franceses y los nacionalistas vietnamitas de la que no habían sido anteriormente conscientes, constituía una garantía contra una repetición de tales hechos, pero su principal misión seguía siendo la de recoger y evacuar las guarniciones japonesas de toda la Cochinchina, el Anam meridional, Camboya y el Laos meridional. No podían establecer planes a largo plazo para la pacificación del país.

Por eso, Leclerc dispuso que los elementos avanzados de su fuerza desembarcaran en Saigon a comienzos de octubre. Rápidamente llegó a un entendimiento con los británicos acerca de sus respectivos papeles. Así obtuvo libertad de acción en las zonas rurales de Vietnam del Sur, es decir en la Cochinchina y en el Anam meridional y, a finales de octubre lanzó a sus columnas acorazadas por la excelente red de carreteras coloniales para restaurar el control francés de las provincias. La dirección local del Vietminh, que había cometido el error de enfrentarse con las sectas, en particular con la Hoa Hao, pero también con una banda poderosa y numerosa de extorsionistas llamada de los Bandidos de Binh Xuyen, fue capaz de proporcionar una resistencia eficaz ante los carros de combate, los vehículos blindados y los soldados veteranos de la 2ª División Acorazada y de la 9ª División de Infantería Colonial, y a finales de diciembre de 1945 la «tricoleur» ondeaba de nuevo en un centenar de pequeños poblados al Sur y al Norte del Mekong. Las sectas, ansiosas frente a una fuerza superior de hacer olvidar su colaboración con los japoneses y el Vietminh, llegaron a un acuerdo con los representantes de la reocupación.



Los ciudadanos dan la bienvenida a los franceses que retornan, Hanoi 1946.

El general Leclerc brinda con el Presidente vietnamita.

Saigon, principalmente gracias a la acción británica, había quedado limpia de las fuerzas armadas del Vietminh. En Camboya se derrumbó el gobierno y se reimpuso el poder francés en la capital, Phnom Penh, a través de una confirmación de la «autonomía» que dejó en manos de los «consejeros» franceses todas las carteras ministeriales importantes.

Mediante una acción rápida, los franceses habían burlado las intenciones norteamericanas, sólo elaboradas a medias, de establecer un nuevo orden en Indochina. Todavía existía el peligro de que el Vietminh pudiera establecerse en el Norte, donde su fuerza era mucho más grande que en el Sur y donde además era más sólidamente comunista, una fachada de suficiente estabilidad como para provocar el reconocimiento por parte de los aliados. La actitud de los soviéticos, aunque matizada por su preocupación de no torpedear al Partido Comunista francés en sus asuntos internos resultaría lógicamente favorable a Ho Chi Minh y lo sería aún más si éste seguía controlando el Tonkín sin ser molestado.

Leclerc no tenía ostensiblemente la opción de realizar un *coup de main*, no sólo porque podía tropezar con la oposición de las fuerzas de ocupación de la China nacionalista sino en razón del amplio sector de población francesa que el Vietminh conservaba como rehenes de hecho. Leclerc se vio obligado por eso a proceder gradualmente en su propósito de reintroducir a los soldados franceses en el territorio, proyecto que, como él reconocía, sólo podría llevarse a cabo con el asentimiento de los chinos. Al final, Francia se vio obligada a pagar lo que en términos de la época anterior a la guerra hubiera significado un alto precio, la renuncia a los derechos de extraterritorialidad en los enclaves europeos de la China continental. Tras esta concesión, se estipuló que la fuerza expedicionaria debería entrar en la zona de Vietnam (y de Laos) ocupada por los chinos entre el 10 y el 31 de marzo de 1946; al finalizar este período las tropas francesas habrían reemplazado completamente a las chinas y asumido todas las responsabilidades que fueron conferidas a éstas por la conferencia de Potsdam.

La realización de este acuerdo no careció de dificultades, planteadas tanto por los jefes locales de la China nacionalista como por el Vietminh. Con los primeros llegó a producirse en algunos casos una lucha abierta y con los segundos se evitó por muy poco durante el desembarco en Haiphong. Sólo tras unas laboriosas negociaciones y el otorgamiento de promesas que no fueron precisamente sinceras consiguieron los franceses entrar en Hanoi el 16 de marzo sin hallar resistencia. Llegaron pisando los talones a Bao Dai en cuyo exilio a China había insistido Ho Chi Minh e inmediatamente establecieron contacto con el «gobierno» de éste. El 6 de marzo, como precio a su retorno al Tonkín, los franceses habían establecido con Ho Chi Minh un acuerdo preliminar por el que reconocían la independencia de la República de Vietnam.

Victoria fugaz

Cabía esperar quizás que difiriera lo que los franceses y el Vietminh pensaron que habían prometido y asegurado mediante el acuerdo del 6 de marzo. El Vietminh, por su parte, supuso que los franceses le habían concedido el gobierno de un Vietnam completamente soberano con sus propias fuerzas armadas y todo el aparato estatal. Los franceses lo juzgaban de una forma diferente. Se convencieron a sí mismos de la naturaleza provisional del acuerdo e insistieron sobre las condiciones, aparentemente aceptadas por el Vietminh, según las cuales la futura República del Vietnam formaría parte de la Unión Francesa (el nuevo nombre del Imperio francés) y de la Federación Indochina. Esta organización, que habría de estar integrada por los reinos de Camboya y de Laos (arrebatado a los secesionistas laosianos en mayo de 1946) y de la República independiente de Cochinchina (es decir, el territorio de Saigon y su entorno, al que en marz se concedió apresuradamente una falsa autonomía) y lo que restaba del Vietnam, tendría una superestructura gubernamental francesa con unos unos poderes que los franceses pretendían que llegaran tan lejos como para anular los concedidos al Vietminh. En suma, mientras que el Vietminh consideraba que había ganado la lucha por la independencia nacional, los franceses creían que se habían visto obligados a conceder todo lo más una autonomía interna.

Una sucesión de negociaciones en Vietnam no logró resolver estas diferencias de opinión sobre la naturaleza del acuerdo provisional ni llegar a un entendimiento que facilitara una base para un acuerdo en firme. Ho Chi Minh, suponiendo certeramente que los negociadores locales franceses eran más «colonialistas» que mandatarios del gobierno de la metrópoli, comenzó en consecuencia a presionar para que las sesiones se trasladaran a París, a donde fue eventualmente invitado a acudir en el mes de mayo. El viaje tuvo en cierta manera la atmósfera de un regreso a casa, puesto que, como muchos ideólogos e intelectuales vietnamitas, Ho se había formado durante parte de su juventud en París, aprendiendo allí el arte de la política y en París esperaba reunirse de nuevo con amigos. Pero, a pesar de sus sentimientos de simpatía por Francia y de la considerable cortesía de que hizo gala el gobierno francés, ambos fueron incapaces de llegar a un acuerdo satisfactorio que comprometiera a las dos partes. En el último momento, cuando el resto de la delegación del Vietminh había partido ya para Indochina, portadora de las noticias del fracaso, Ho se sintió impulsado sin embargo a llegar a un cierto tipo de entendimiento con Francia, aparentemente motivado por el deseo de evitar un choque armado, que fuese provocado por sus propios exaltados y que Ho suponía que acabaría con la victoria de los franceses. Por eso concedió mucho de lo que éstos deseaban.

Un soldado francés distribuye alimentos entre la población civil.



A su regreso, los jóvenes y los ultras del Vietminh se mostraron muy hostiles a su «démarche» aislada y persistieron en realizar actos de enfrentamiento ante los que los jefes y los soldados franceses se mostraban cada vez menos pacientes. En la cuarta semana de noviembre se produjo un serio estallido bélico en Haiphong a propósito del control del puesto de aduanas. Este choque concluyó con el bombardeo de un barrio vietnamita de la ciudad por parte de un crucero francés y la retirada al interior del país del grueso de las fuerzas del Vietminh. Para Giap, ministro de defensa de Ho, era evidente que ya no podía retrasarse una lucha hasta el final y, en consecuencia, acometió los preparativos para desencadenarla en el momento y en el lugar que le fueran favorables.

Giap, como refugiado político huído del Vietnam, aprendió los principios de la lucha de guerrillas y de la guerra revolucionaria en el cuartel general de Mao Tsé Tung en el Yenan y había logrado una experiencia práctica en la pequeña guerra de guerrillas que el Vietminh realizó contra los japoneses. Contaba por entonces con una fuerza de unos 31.000 soldados «regulares», a su disposición en el Tonkín y en el Anam septentrional, equipados con armas personales que pertenecieron a la Milicia francesa de la preguerra y con ametralladoras y morteros, comprados o chalaneados a los japoneses y a los nacionalistas chinos al final de la guerra. La experiencia militar de estos hombres era escasa y su formación muy deficiente, pero sus creencias políticas eran fuertes y su confianza en el mando era ilimitada. Giap, que más tarde se revelaría como un general de talento verdaderamente notable, no tenía en esta fase del conflicto apenas otra orientación que los «principios de la larga guerra» de Mao, conforme a los cuales operaba su mentor contra Chiang Kai-Chek, imponiéndose a éste. Sabía por eso que las operaciones contra una potencia «imperialista» superior tenían que ser organizadas a través de una serie de fases bien definidas: a) movili-

A su llegada a París, Ho Chi Minh es recibido por el ministro de los Territorios de Ultramar, Marius Moutet, a la derecha.


Giap, ministro de Defensa de Ho.

zación de las masas, b) guerra de guerrillas, c) larga guerra, d) guerra móvil, e) ofensiva general. Pero, bien fuera por no haber comprendido la situación o por simple impaciencia, Giap estaba aparentemente convencido de que el «Ejército regular» del Vietminh había pasado satisfactoriamente por las fases preliminares del programa y se hallaba ventajosamente dispuesto para lanzarse a la ofensiva general. Por eso ordenó que se realizaran preparativos para efectuar un ataque en toda regla contra la guarnición francesa de Hanoi (incluyendo la colonia civil) el 20 de diciembre. Este ataque había de ser coordinado con el asalto de todos los puestos del Tonkín y del Anam septentrional (juzgaba certeramente que la posición francesa en el Sur era demasiado firme como para que se pudiera realizar con éxito un intento de debilitarla).

Su plan fue traicionado en el último momento y los franceses aplastaron la revuelta con facilidad y al precio de muy pocas bajas. Los ataques en las provincias carecieron también de éxito y, enfrentado con un indiscutible fracaso, Giap siguió con dificultad a Ho, retiró a lo que quedaba de su ejército en las ciudades y en las llanuras del delta del río Rojo y se puso en camino de la impenetrable seguridad que le ofrecía la zona montañosa fronteriza con China. Este sector que sería conocido como el Viet Bac, había sido el punto de partida de la tímida campaña del Vietminh contra los japoneses y donde estableció a finales de la Segunda Guerra Mundial sus primeros contactos con los agentes de la OSS. Tras la expulsión de sus unidades de Haiphong un mes antes, Giap había tomado ciertas medidas para establecer allí una base segura. Durante los tres años siguientes allí estaría su casa, su terreno de entrenamiento y el teatro operacional del Ejército y del Partido.

Giap había cometido un error y muy grave. Pero no había perdido la guerra. El error que los franceses estaban a punto de cometer era creer que Giap había perdido la guerra, o más bien no lograron reconocer que tenían que habérselas con una guerra y no simplemente con la fase culminante de una fastidiosa revuelta colonial. Sólo poco a poco les convencerían los hechos de su error. Habían supuesto que al barrer al «Ejército» del Vietminh de las zonas pobladas, lograrían la inmediata pacificación de las ciudades y del campo y que recuperarían eventualmente el control como resultado de una bien organizada limpieza de las selvas. Llegarían a saber, a través de las crueles lecciones de la emboscada, de la *guerre des postes* y del *pourrissement*, que las cosas habían sucedido de otro modo.

El *pourrissement* –proceso de putrefacción– correspondía desde luego a la primera fase del programa de guerra revolucionaria de Mao y ésta fue la fase a la que regresó el Vietminh inmediatamente después de su derrota en Hanoi en diciembre de 1946. Los objetivos del *pourrissement* eran destruir las funciones del gobierno en cualquier área determinada y desplazar hacia la guerrilla la lealtad de la población. Los métodos eran multiformes: el asesinato de las autoridades nombradas por el gobierno, de maestros y de otros funcionarios locales; imposición de impuestos clandestinos y, parejamente, la interrupción del pago de impuestos al gobierno; la intimidación de los consejos de aldea; la redistribución –donde fuera posible– de la tierra de propiedad privada en favor de los pobres. En el aspecto positivo, cuya importancia recalcaba intensamente la teoría comunista, era preciso estimular el sentimiento nacionalista, extender la educación política, organizar servicios sanitarios y asistenciales y formar una milicia rural. Esta milicia tenía tres misiones: comprometer irrevocablemente a cada aldea en el bando comunista mediante la realización de actos de violencia contra los «imperialistas»; debilitar el poder militar del gobierno y proporcionar soldados para las nuevas unidades de las fuerzas armadas del partido.

Esas unidades, que habían de ser conocidas como «fuerzas regionales», serían mantenidas bajo las armas tan permanentemente como fuera posible y eran concebidas para realizar operaciones en una escala relativamente grande. En el contexto de Vietnam, esto significaba principalmente ataques contra los puestos militares franceses en las aldeas y a lo largo de las líneas de comunicación –carreteras, ríos y canales.


Manifestación del Vietminh contra la dominación francesa. Hanoi, diciembre de 1946.

Podía significar también la realización de emboscadas contra las patrullas y los convoyes militares. Muchos soldados franceses perdieron la vida de esta manera en los arrozales de los deltas. Pero, a comienzos de la guerra de Indochina, durante los años 1947-49, la mayoría de las emboscadas se produjeron muy al Norte de los deltas, junto a la frontera con China donde la necesidad de aprovisionar a una serie de poblados fortificados obligaba a los franceses a organizar convoyes regulares a lo largo de los desfiladeros montañosos y muy boscosos de la *Route coloniale* 4. La posesión de la RC 4, de quinientos kilómetros de longitud, era una cuestión de principio para los franceses puesto que demostraba que la guerra era un asunto «interno». En la práctica encajonó a muchos miles de soldados franceses en-



Una columna fancesa, tras una emboscada.



Combate en el Tonkín, al comienzo de la guerra de Indochina.

La tripulación de un carro de combate de la Caballería de la Legión Extranjera.

tre el territorio neutral -pero potencialmente hostil- de China y la fortaleza comunista de Viet Bac, en la que los franceses no podían penetrar pero a la que llegaba para entrenarse en la guerra «regular» una corriente de guerrilleros del Vietminh, formados en las milicias aldeanas y en las fuerzas regionales. El Ejército de Giap se vio así constantemente reforzado y formado continuamente en el tipo de operaciones que habían fracasado en diciembre de 1946; al mismo tiempo, el Ejército francés se vio encadenado a la decepcionante rutina de despejar carreteras, una de las más desgastadoras formas de operar que puede acometer un ejército.

Pero, a pesar del coste en vidas que tendrían que pagar los franceses durante los años 1947-48, sería error señalar que la guerra consumió rápidamente el espíritu del *Corps expèditionnaire*. Al contrario, siguió magníficamente vivaz. Tres fueron las razones de ello: El ejército tenía un fuerte sentido de unidad y de finalidad; seguía creyendo que podría ganar y no todos los aspectos de la guerra resultaban desagradables.

El carácter del ejército era quizás el factor determinante. Era una fuerza completamente regular y, hasta cierto grado, voluntaria. Las masas de reclutas de reemplazo que formaban el peso tradicional del Ejército francés no intervinieron ni al principio ni en ninguna fase de la guerra, una omisión que no estaba basada en consideraciones militares sino en la suposición estrictamente política de que los padres de Francia no se opondrían a pagar los impuestos con los que hacer frente al coste de la guerra pero no tolerarían que sus hijos muriesen a manos de un enemigo desconocido en el otro extremo del mundo y menos aún cuando podían salvarse sus vidas por la insignificante concesión de la independencia vietnamita.

Así, a los muchachos de dieciocho años se les dejó jugar a los soldados en Francia o integrar las guarniciones de la zona francesa de Alemania. Los que fueron al Este eran, o bien oficiales regulares y oficiales de complemento del Ejército nacional *-L'Armée du métropole-* o miembros de unidades completas de los otros dos ejércitos de Francia: *L'Armée d'Afrique* y *l'Armée coloniale*. Estrictamente hablando, el Ejército de Africa era una rama del Ejército metropolitano pero sus unidades casi nunca servían en la Francia metropolitana. Desde luego, a la más famosa de sus unidades, la Legión Extranjera *(Légion étrangère)* le estaba legalmente vedado servir allí excepto en tiempo de guerra mientras que para las demás -fusileros argelinos, marroquíes y tunecinos *(tirailleurs)*, infantería senegalesa del Africa occidental y los Spahis, los magníficos jinetes del desierto, envueltos en sus albornoces- Francia les habría resultado tan extraña como Vietnam. El Ejército colonial, por otra parte, se hubiera sentido completamente a gusto en Francia y sus unidades servían allí a menudo; porque muchos de sus regimientos estaban exclusivamente constituídos por ciudadanos franceses. Su verdadero papel, sin embargo, era formar las guarniciones del Imperio; sus clases de tropa *(les marsouins)* estaban consecuentemente compuestas por voluntarios de servicio prolongado y, en momentos de crisis imperial, se esperaba de tales unidades que estuvieran en primera línea.

Con este conjunto se constituyó la Fuerza Expedicionaria, tal como revela un vistazo a su orden de combate; allí se encuentran regimientos con nombres como *13eme Demi-brigade de la Légion étrangère (los héroes de Bir Hakeim), 1er Tirailleurs algeriens, 5eme Tabor* (los soldados irregulares marroquíes o *goums*, a quienes los alemanes llegaron a temer en las montañas de Italia), *1er Bataillon des parachutistes coloniaux, 3eme Spahis marocains, 10eme Régiment d'artillerie coloniale, Groupement de Fusiliers-Marins Commandos* (La Infantería de Marina francesa) y *26eme Tirailleurs sénégalais*. Pero, además de estas unidades procedentes de fuera del Vietnam, la Fuerza Expedicionaria también contó con centenares de uni-



Un puesto inundado.

dades indígenas, reclutadas, bien entre los vietnamitas o en las «tribus» de las montañas o de las selvas del interior. Algunas de estas «tribus», como los Thais de las tierras altas del Noroeste eran culturalmente poco retrasados con respecto a los pueblos vietnamitas de la costa y de los deltas; otras, designadas habitualmente por los franceses bajo el nombre colectivo de *Moi*, se hallaban formadas por verdaderos aborígenes, cuyo nivel de civilización variaba del de los cazadores de cabezas al del canabalismo y que, centenares de años atrás fueron expulsados de las tierras mejores por los invasores vietnamitas quienes les profesaban una inquebrantable hostilidad (que era correspondida) y por eso eran obvios y excelentes combatientes contra el Vietminh.

Quizás, en las primeras fases de la guerra, sin embargo, el elemento más importante de la fuerza expedicionaria no fue una unidad determinada sino un grupo de individuos –los comandantes de los *postes*. *«J'étais en poste à...»*; ¿Cuántas veces empiezan a contar sus recuerdos los veteranos de la guerra con estas mismas palabras? ¿Pero cómo podrían llegar a olvidar lo que significa estar *en poste*? Si hay una característica visual de la guerra de Indochina es la del *poste:* una empalizada cuadrada o triangular de bambúes hendidos y afilados, un foso en el exterior, unas fortificaciones de tierra en el interior, una plataforma de vigilancia alzada sobre bambúes en el interior en cuya cima ondeaba lánguidamente la bandera tricolor a la cálida brisa de la *rizière* y, a sus pies, la casa del comandante del puesto. A veces, curiosamente, uno de esos *fidèles du biftek-frites*, a quienes un destino aciago había arrebatado de algún confortable cantón de la Charente o del Var que era soldado tanto como policía y que, al firmar los papeles se había presentado como voluntario para servir al imperio en aquella encrucijada; pero la mayoría de las veces se trataba de un *sous-lieutenant*, un muchacho de mejillas sonrosadas, recién salido del fangoso campo de instrucción de Coëtquidan, a donde emigró St-Cyr tras la destrucción de su histórica residencia en un ataque aéreo norteamericano en 1944 (incidente que contribuyó al fuerte matiz de antiamericanismo en las actitudes del cuerpo de oficiales franceses).

Esta *guerre des postes* no era la lucha para la que Coëtquidan le había preparado. Allí, entre las deterioradas estatuas tríadas del viejo St-Cyr para recordar a sus nuevos hijos las glorias y los deberes de los que habían de ser herederos, habían sido formados en los principios de la clásica guerra europea, ilustrados con ejemplos extraídos de las campañas de Condé, Sajonia y Napoleón. Además, el momento más importante del año en Coëtquidan, casi tanto como el solemne «bautismo» de los novatos por parte de los veteranos con el penacho de rojas plumas *(«le cassoar»)* era la reconstitución de la batalla de Austerlitz, entre la cual y los combates de los deltas y las selvas del Vietnam había una diferencia casi tan grande como la que separaba en el tiempo y en el espacio a los dos teatros de operaciones. Pero sería erróneo suponer que el Ejército francés y sus jefes no estaban preparados por su experiencia o por su actitud para la *guerre de Indochine*. Aunque no decisivas en sus tradiciones profesionales, como era el caso del Ejército británico, las campañas coloniales eran una actividad en la que poseían una considerable práctica. Argelia, Madagascar, Túnez, Dahomey, Senegal y la misma Indochina, habían sido ganadas con la punta de la espada y muchos de los más famosos soldados franceses de los siglos XIX y XX –Joffre, Lyautey, Bourbaki, Marchand, Gallieni, Mangin, Bugeaud– habían logrado sus reputaciones en el imperio. Muchos de estos nombres serían doblemente familiares a los St-Cyriens, por haber sido adoptados como «títulos de promoción», siguiendo la costumbre de St-Cyr, según la cual cada una de las promociones asume el nombre de un héroe o de un acontecimiento heroico como designio colectivo: los nombres por los que se identificarían las promociones de los años de Indochina demuestran la voluntad de participar en la lucha. La primera promoción de la postguerra habría de llamarse *Indochine*, la de 1950 *Extreme-Orient*, la de 1952 *Union Française* y la de 1953 (que se graduó inmediatamente después del final de la tragedia) *Ceux de Dien Bien Phu*.

Estos nombres son significativos. Porque los St-Cyriens nunca han escogido a la ligera sus títulos de promoción. Fueron siempre concebidos como una solemne declaración de la finalidad con la que una promoción se embarca en su carrera militar. Al designarse corporativamente ellos mismos como *Indochine* o *Extreme-Orient*, por eso, los Cyrards de 1946–1954 proclamaban públicamente su devoción a la reconquista tanto en calidad de grupo como individualmente. Existía, empero, algo más que un simple entusiasmo de chiquillos por la tarea que, en cualquier caso, se extendía ante ellos. Estas promociones no se dedicarían sencillamente a ganar una guerra sino, a través de esa victoria, a devolver su buen nombre al Ejército francés. Porque, en el alma del Ejército francés y en cada soldado profesional francés existía, demasiado dolorosamente para que se manifestara en público, el reconocimiento de que en 1940 habían combatido o bien como cobardes o bien como tontos, y a veces de las dos maneras. El heroísmo de la Francia Libre en Africa del Norte y las victorias del Primer Ejército francés en Italia y en Alsacia-Lorena hicieron un tanto para mitigar el escozor de este recuerdo pero únicamente una victoria del Ejército francés luchando solo podría borrarlo por completo. La guerra de Indochina no era quizás la que ellos hubieran escogido pero, dado que era la única guerra con que contaban, lucharían con tanto valor, tanta destreza, tanto sacrificio propio y tanto nervio como hubieran mostrado en alguna parte los soldados franceses y más si era posible.

El *chef de poste*, solo tras su empalizada de bambú, en medio de los arrozales, no podía por eso ser considerado, ni él se consideraba, como un simple representante uniformado de la presencia francesa o como un policía colonial en el trance de acabar con un disturbio rural. Su concepción de sí mismo era mucho más positiva. Era un comandante en una guerra tan importante que exigía luchar durante veinticuatro horas diarias y con completo desprecio de su seguridad personal; era uno de una banda de hermanos, *«les copains de promotion»* a ninguno de los cuales po-

CHINA

Viet Bac

DIEN BIEN PHU

Hanoi

Gulf of Tonkin

Vientiane

LAOS

VIETNAM

THAILANDIA

CAMBOYA

(Cochin China)

Phnom penh

Saigon

Gulf of Siam

South China Sea

Los estados indochinos.



Soldados franceses en operaciones durante la reocupación.

día abandonarse y cuya opinión favorable de uno mismo valía mucho más que las medallas. Era el jefe instructor de su propio y diminuto ejército de soldados amarillos; era el señor de su pequeño feudo al que podía regir mientras que permaneciara con vida.

De ahí el carácter de la guerra en las tierras bajas. Fuera del *poste*, en las aldeas arroceras, entre los canales y brazos tributarios de los deltas vietnamitas, en cualquier lugar donde existieran vietnamitas (excepto en las regiones de las sectas y en los obispados católicos del Tonkín), el oficial o el sargento francés contaba con su contrapartida, el jefe de la Compañía del Vietminh que, vigilando incansablemente para detectar un error, se aprendería de memoria la rutina del francés. Sabría cuándo dormía el francés, a qué hora se levantaba, cuándo comía, cuándo pasaba revista a sus hombres, lo que les enseñaba, cuán buenas o cuán malas eran sus relaciones con éstos (casi siempre superlativamente buenas, era la repuesta), cuán fuerte o cuán débil era su voluntad de sobrevivir. Cuando el francés salía de patrulla eran seguidos sus pasos; cuando se detenía a hacer justicia en los poblados de su distrito o en la aldea a la que su *poste* protegía, sus palabras serían escuchadas y transmitidas, se buscaría su oculto significado y serían analizadas a la búsqueda de claves de su carácter. Cuando el jefe del Vietminh creyese que conocía a su hombre tramaría un golpe y trataría de matarle.

El francés que no se acomodase a este escrutinio no sobreviviría largo tiempo; incluso muchos de los que se tornaron hipersensibles ante esta implacable observación, de los que reaccionaron bruscamente o de los que se sumieron en la inactividad, llegaron a pagar en cualquier caso el precio de su error. Pero la mayoría se adaptó y con flexibilidad, una destreza y un entusiasmo notables. Aceptando que se les acechaba, aprendieron los trucos de la caza mayor y jamás patrullaban dos veces por la misma senda, variaban de vez en cuando su rutina, preparaban contraemboscadas a

sus perseguidores y sometían a los aldeanos a las mismas amenazas y lisonjas que empleaba el Vietminh, disputándose con sus enemigos la lealtad y el apoyo de las poblaciones. Tributo a la penetración y al nervio de esta generación de jóvenes oficiales franceses es el hecho de que el proceso de *pourrissement*, aunque incesante, progresara sólo muy lentamente en amplias zonas de Vietnam y que cuando llegara el mismo ınal de la guerra aun no hubiera concluído ni siquiera en los distritos donde habían desarrollado su actividad durante años grandes unidades del Vietminh.

En las tierras altas la ventaja estaba generalmente del lado de los franceses en ra∠ón de los sentimientos antivietnamitas del pueblo *montagnard*. La altiplanicie meridional de Anam, sin embargo, se convirtió muy pronto en campo de batalla, mientras que las montañas y las junglas del Nordeste del Tonkín, entre el delta del río Rojo y el Viet Bac y a lo largo de la RC 4 eran consideradas por ambos bandos y desde el comienzo por ambos lados, como teatro decisivo de operaciones y se convirtieron en escenario de violentos y a menudo continuos combates.

No todos estos combates se concentraban en el paso de los convoyes que se dirigían a las ciudades fronterizas. Allí los franceses luchaban en desventaja por estar determinadas sus rutas y ser previsible su calendario. Naturalmente, buscaron oportunidades para alterar esta situación en perjuicio del Vietminh, capitalizando su superioridad en ciertos atributos militares, especialmente en la posesión de armas pesadas, blindados y sobre todo de potencia aérea. Mediante esta ventaja, creían, podrían preparar situaciones en las que los comunistas no podrían enfrentarse con ellos en términos de igualdad y mediante las cuales les sería posible a los franceses organizar ataques imprevisibles muy a retaguardia de las líneas de los comunistas. La primera y más ambiciosa de estas operaciones, llamada en clave «Lea», fue desencadenada en el verano de 1947 y se conformó a una pauta que pronto sería la habitual. Los paracaidistas, transportados en Ju 52 de la ex-Luftwaffe, todo lo que tenía por entonces la fuerza aérea, fueron lanzados sobre objetivos del Viet Bac que, conforme a los datos del servicio de información y las suposiciones servían muy probablemente de albergue a los jefes comunistas y de almacenes de material. Al mismo tiempo, las columnas blindadas francesas comenzaron un rápido avance a lo largo de los caminos de la jungla de las tierras altas del Nordeste, con la misión de establecer contacto con los paracaidistas en cuanto les fuera posible. La operación «Lea», para la que el Vietminh no estaba preparado, fue casi un éxito. Los paracaidistas llegaron al edificio que había albergado a Ho Chi Minh y a su Estado Mayor sólo una hora después de que éste lo abandonara. Pero en este tipo de operación no existe diferencia entre estar casi a punto de alcanzar el éxito y el fracaso total. Si uno no triunfa completamente, tanto da una cosa como otra. Además, como habían de aprender los franceses, el fracaso supone un coste que hace escasamente atractiva la operación inicial porque la retirada a partir de la línea de avance se convierte en una agotadora marcha en combate, interrumpida sólo por grandes emboscadas.

Por eso, a pesar de su superioridad en armas modernas, los franceses no pudieron infligir graves pérdidas al Vietminh ni siquiera en las operaciones «convencionales». Les aguardaba, no obstante, algo peor porque en los últimos meses de 1949 desapareció su absoluto monopolio de equipos y suministros pesados. En octubre, la vanguardia del Ejército Rojo chino, vencedor en la guerra civil contra Chiang Kai-Chek, llegó a la frontera, a lo largo de toda la longitud de la RC 4 e inmediatamente estableció contacto con sus hermanos comunistas del Vietminh. Este hecho proporcionó a Ho Chi Minh un valioso aliento moral. El y su movimiento ya no eran una banda aislada, copada dentro del territorio de los imperialistas y apoyada sólo en esperanzas. Además del apoyo fraterno, los chinos proporcionaron también asesoramiento, preparación, armas y suministros. El vigor de la fuerza principal de Giap *(chu-luc)* era ahora de unos 100.000 hombres y comenzó a organizarla con esta ayuda en cinco divisiones de estilo europeo, de las que cuatro quedarían localizadas en el Viet Bac. Elaboró planes y un esqueleto



Arriba: **Una patrulla paracaidista trata de localizar una fábrica subterránea de armas para el Vietminh.** Abajo: **Los artilleros del Vietmihn cargan un lanzacohetes.**





El general Revers.

de equipo para una sexta división «pesada» que proporcionara el complemento artillero de su ejército.

Los franceses se mostraron aparentemente insensibles a la amenaza que este cambio en el equilibrio del poder estaba anunciando. El general Revers, jefe del Estado Mayor del Ejército, había recomendado, tras una visita a Indochina en mayo de 1949, que fuesen evacuadas las guarniciones fronterizas a lo largo de la RC 4 y fortificadas las fronteras del delta. No obstante, en septiembre de 1950, los franceses seguían librando tenazmente la guerra de los convoyes para reabastecer a unas guarniciones que no realizaban otra función que la de hacer ondear en sus fuertes la bandera tricolor. El 16 de septiembre Giap atacó y al cabo de un mes había expulsado de la RC 4 a los franceses que sufrieron inmensas pérdidas y una terrible humillación.



El jefe de un poste francés lanza a sus soldados vietnamitas a un contraataque.

Varios de los desastres que se abatieron sobre los franceses fueron obra de sus propios jefes, en especial el aniquilamiento de las guarniciones de Cao Bang y de That Mhe, a las que se había ordenado abandonar sus fuertes y retirarse en columnas abiertas por la RC 4. La humillación más grave siguió a la evacuación de Lang Son puesto que los acontecimientos pronto revelaron que la retirada había sido debida al pánico, lo que determinó que cayeran en manos del Vietminh municiones suficientes, entre otras cosas, para abastecer a todas sus piezas de artillería durante los dos años siguientes. Durante el mes de campaña en la frontera fueron 6.000 las pérdidas francesas en hombres. Constituyó una terrible derrota, aun peor por haber sido completamente inesperada.

Los responsables de tales hechos sufrieron inmediatamente el trallazo de la desazón oficial. El hombre enviado por el Gobierno francés para reconstruir la suerte de Francia en Indochina, el general Jean de Lattre de Tassigny, no sentía escrúpulos en manifestar cuál era la opinión que le merecían aquellos a los que consideraba incompetentes o cobardes. Esta era una característica por la que resultaba célebre y temido en todo el Ejército francés. Por esta razón le llamaban *le roi Jean*. Aristócrata, oficial de caballería que sobrevivió en 1914 a un sablazo casi fatal, de Lattre era fundamentalmente famoso, gracias a sus muchas proezas, por haber mandado victoriosamente el Primer Ejército francés en Italia y en las campañas de Liberación de 1944-45. Como muchos otros altos jefes del Ejército francés se había mantenido hasta entonces distanciado de la guerra en Indochina porque, al parecer, temía, como los demás, perder allí su reputación. Ese temor pudo haber entrado desde luego en sus cálculos pero sólo en una medida relativa. Porque, aunque fuera un enorme egocéntrico, reservaba su verdadera devoción, no a sí mismo sino a una idealizada visión del Ejército francés y de sus soldados. Entre éstos figuraba su único hijo, Bernard, teniente del *1er Chasseurs à Cheval*, que servía con su regimiento en el delta del río Rojo. Desde los dieciseis años, había luchado junto a su padre durante la Segunda Guerra Mundial y, trasladado a Indochina, le mantuvo informado en una sucesión de cartas, acerca del desarrollo de la campaña y de la condición espiritual de sus camaradas. Después de los desastres de la frontera, Bernard apeló directamente a su padre para que acudiera a rescatar moralmente a la fuerza expedicionaria cuyos jefes parecían inmovilizados por el pánico y cuyos oficiales jóvenes sucumbían a la desesperación. Para de Lattre el reto fue irresistible. Tras constituir a un grupo de subordinados en los que confiaba –el gigantesco general Cogny como jefe de Estado Mayor, Beaufre, un distinguido militar intelectual, como consejero estratégico– tardó diez días en llegar a un acuerdo con el Gobierno de París respecto de sus poderes (sería nombrado Alto Comisario así como comandante en jefe) y en familiarizarse con los acontecimientos. Despues se dirigió a Saigon. La forma en que llegó resultó completamente característica en él. Al hallar insatisfactoria la disposición de la guardia que se le formó destituyó en el acto al jefe de la guarnición de Saigon. Y cuando llegó a Hanoi, residencia de los jefes que habían dirigido la guerra de la frontera, barrió los despachos un ventarrón de ira. Ordenó a coroneles y a generales que le dieran un informe personal de lo que estaban haciendo y a la primera respuesta insatisfactoria señalaba al interpelado: «El barco para Francia, monsieur», destituídos y devueltos a la vida civil con una sola frase, una turba de hombres desconsolados, se apresuró a abandonar el Tonkín.

Pero su humillación no era peor que la que aquellos hombres habían causado a todo el Ejército francés del Norte. Ya se habían dado órdenes para evacuar a las esposas y a los hijos de todos los miembros de la Fuerza Expedicionaria y a todos los civiles de Hanoi. Había planes para abandonar Vietnam hasta zonas tan meridionales como el cinturón central. De Lattre las revocó inmediatamente. Ordenó a su Estado Mayor que trazara nuevos planes para la defensa del río Rojo y concentró su atención en la tarea que era condición previa para invertir la corriente de los acontecimientos: la regeneración de la moral de las tropas. Se dirigió en primer lugar y



Arriba: **El general Cogny, jefe del Estado Mayor de de Lattre.** Abajo: **El general de Lattre conversa con unos jefes militares en Lai Chau.** Derecha: **El general Beaufre.**

preferentemente a los oficiales jóvenes porque, en opinión de de Lattre, de la misma manera que eran pocos los altos jefes militares capaces de actuar atinadamente, eran también pocos los tenientes y capitanes que pudieran actuar mal. Siempre hizo un culto de la juventud. Bajo el régimen de Vichy, al que temporalmente sirvió, trató también de estimular en los jóvenes franceses el orgullo y la confianza en sí mismos, dentro de una organización para la formación al aire libre *(les Chantiers de Jeunesse)*. Evocó el mismo espíritu en la formación de los reclutas a partir de 1945 con los *camps legers*. Ahora recurría directamente a los «magníficos» subalternos del Cuerpo Expedicionario, casi por encima de las cabezas de sus superiores. En el futuro, les prometió, por mal que fueran las cosas, estarían «mandados» –con lo que daba a entender que serían conducidos positivamente por hombres en los que podrían tener una confianza total.

Esa confianza sería puesta a prueba en un plazo muy breve porque el 13 de enero de 1951, sólo veintisiete días des-

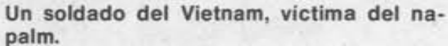


Los comandos franceses patrullan por la peligrosa área al Norte del paralelo 17.°.



Bajo el mando de de Lattre, el Ejército francés demuestra su superioridad.





Un soldado del Vietnam, víctima del napalm.

pués de la llegada de de Lattre a Indochina, Giap inició su temida ofensiva contra las defensas del mismo delta. Se había traído sus cinco divisiones del Viet Bac y había prometido estar en Hanoi para el *Tet*, el Año Nuevo vietnamita, que cae en febrero.

En el poco tiempo de que había podido disponer, de Lattre, había despojado a Indochina de soldados para hacer frente al ataque. Procedían no sólo del Anam y de Cochinchina sino de Laos e incluso de Camboya y había sido capaz de constituir con los refuerzos cierto número de nuevas formaciones llamadas *groupes mobiles* con los que proyectaba actuar en la campaña. Estos consistían en uno o dos batallones de infantería, un regimiento blindado y un grupo de artillería, constaban de unos 3.000 hombres y habían sido concebidos para realizar un rápido contraataque. En tres batallas distintas pero estratégicamente ligadas que se libraron entre enero y junio de 1951, sufrirían una terrible sangría. Pero, temporalmente al menos, alterarían el curso de la guerra en Indochina.

Giap había asignado un objetivo similar a cada una de estas batallas, Vinh Yen, 13-17 de enero, Mao Khe, 23-28 de marzo y el Río del Día 29 de mayo-18 de junio: penetrar en el delta y en el proceso, destruir la capacidad combativa y la voluntad de luchar del Ejército francés en el Tonkín. Estos eran, desde luego, objetivos militares clásicos y demuestran cual era la visión que Giap tenía de la guerra en Indochina. Como perfecto discípulo de las enseñanzas comunistas, no había abandonado los principios que le enseñaron los chinos en el Yenan. Todavía se aferraba a la creencia de que la guerra tenía que pasar por las «fases» prescritas. Pero consideraba que ahora le correspondía acometer la fase quinta y final, la de la «ofensiva general».

Como le sucedió en Hanoi en 1946, fue un error de cálculo. El Ejército francés todavía disponía de una gran capacidad combativa y aprovechó la oportunidad que le dio Giap de enfrentarse con la fuerza principal del Vietminh en campo abierto donde pudieron desarrollar toda su potencia las armas pesadas francesas y sobre todo su fuerza aérea. A finales de junio de 1951 Giap, tras haber perdido 9.000 soldados muertos en combate y un valioso y considerable equipo había aprendido lo que el napalm podía hacer con formaciones concentradas; habiendo visto cómo el Ejército francés le demostraba que la «ofensiva general» era una forma de guerra en la que superaba al Vietminh, regresó a su refugio de Viet Bac. Estaba resuelto a no volver a salir de allí con el grueso de sus fuerzas excepto para luchar en términos inconfundiblemente propios.

La copa de la victoria resultó emponzoñada para de Lattre por una tragedia personal. El 29 de mayo, en Ninh Binh, su hijo Bernard que mandaba una compañía de auxiliares vietnamitas, resultó muerto en un ataque comunista. Las circunstancias de su muerte eran heroicas, lo que proporcionó algún consuelo al general, pero no obstante sus efectos sobre él fueron catastróficos. Su salud había sido mala durante un cierto tiempo y ahora parecía haber perdido la

Interrogatorio de un soldado del Vietmihn, capturado por los franceses.

voluntad de vivir. Acompañó el cuerpo de su hijo para que fuera enterrado en París pero, a su retorno, fue incapaz de hacer revivir el dinamismo con el que había galvanizado al Cuerpo Expedicionario durante sus seis primeros meses de mando. Para enero de 1952 estaba ya muerto a consecuencia de un cáncer que se extendió con rapidez tras la terrible pérdida sufrida.

Pese a su brevedad, el período de mando de de Lattre en Indochina resultó crucial. Además de establecer tres importantes innovaciones militares, los *groupes mobiles*, el programa de comandos, que intentó revertir la situación creada por el Vietminh creando «antiguerrillas» mandadas por oficiales franceses y la protección del delta del río Rojo mediante un cordón fortificado, la Línea de Lattre, había devuelto la vida al esfuerzo francés en el Tonkín. A su llegada, el Alto Mando estaba preparado para considerar al Norte tan *pourri* (podrido) que ya no podría ser



conservado y se disponía a concentrar al Cuerpo Expedicionario al Sur del Paralelo 17º, en aquellas zonas donde la población, si no sinceramente profrancesa, al menos no había sido completamente subvertida por el Vietminh. Las hazañas de de Lattre terminaron con esta opción. Consiguió una victoria a medias que obligaba a sus sucesores a tratar de completarla. Fue, en suma, el que abrió el camino que conduciría a Dien Bien Phu.

El cortejo fúnebre del general de Lattre.

El general de Lattre con su hijo Bernard, que moriría en un combate.

Preparando la trampa

El primer heredero de la victoria a medias de de Lattre fue un soldado colonial *par excellence,* el general Salan. Pero su arquitecto había comprometido ya su creación con el fracaso de una operación, la batalla de Hoa Binh, concebida para aprovehar la ventaja ganada al Vietminh y por eso Salan nunca disfrutó de todo el valor de su legado. Además, tras la batalla de Hoa Binh, Giap pudo aprovechar la oportunidad para tomar una iniciativa a la que no hubiera debido tener derecho, estando tan reciente el castigo recibido. Esta iniciativa, un avance hacia el Oeste, partiendo del Viet Bac y llegando hasta las tierras altas del extremo más alejado del río Rojo era certeramente considerada por los franceses como una grave amenaza dado que suponía llevar la guerra a las tierras de sus aliados, los montañeses Thai y, a sólo un paso, prefiguraba la invasión de Laos. La respuesta de Salan fue indirecta: un ataque al Viet Bac, siguiendo la pauta de las operaciones de 1947-49 y a la que se denominó Operación Lorraine. No dejó de registrar éxitos pero, como todas las penetraciones profundas por carretera en territorio del Vietminh, supuso graves pérdidas en la fase de retirada. Giap, por su parte, había infligido pérdidas y renovadas humillaciones a los franceses en su avance hacia el Oeste; su éxito resultó sólo templado por su incapacidad de apoderarse de una base francesa abastecida por el aire, en Na San, casi en la frontera de Laos.

En los primeros meses de 1953 volvió a ejercer presión sobre las tierras altas y la frontera de Laos. Durante la pausa del Año Nuevo había dejado en la orilla más alejada las tres divisiones con las que cruzó el río Rojo y con esta bien situada fuerza pudo abrirse fácilmente paso a través de las débiles defensas francesas y llegar a menos de 35 kilómetros de Luang Prabang, capital de Laos. Los franceses trasladaron rápidamente por vía aérea unos einte batallones de primera clase. Pero la eventual retirada del Vietminh se debió tanto a la acción militar francesa como a sus dificultades de abastecimiento en un territorio con el que no estaban familiarizados y que no resultaba amigo, a centenares de kilómetros de sus bases de partida.

Su retirada coincidió con la marcha del general Salan. El, *le chinois,* caracterizado en el Ejército colonial francés por la inclinación oriental de su mente, fue reemplazado por un general metropolitano, de mentalidad quizás aun más sinuosa. Navarre, aunque soldado con una respetable hoja de servicios en combate, recientemente estaba más identificado con las actividades del servicio francés de información y era más conocido como jefe de información de una sutileza y una percepción notables. Abundan las descripciones de su carácter. Incluso antes de que su nombre quedara ligado inextricablemente a la derrota el aspecto afable pero felino de su personalidad era comentada públicamente en la prensa de Francia. Se re-

De izquierda a derecha, los generales Salan, Ely y Cogny.



Oficiales franceses capturados durante un intento de penetrar en el territorio del Vietminh, octubre de 1952.

conocía también su fuerte capacidad estratégica. Probablemente en razón de su aguda inteligencia y a pesar de su duplicidad fue elegido para desempeñar el alto mando en Indochina en un momento en que la opinión general reconocía que la guerra se aproximaba a una crisis.

La situación que heredó Navarre era inmensamente compleja. Políticamente, los franceses habían complicado tanto la cuestión de la independencia de Indochina que podía disculparse a los funcionarios civiles responsables si ignoraban los poderes que habían otorgado, a quienes se los habían dado y cuáles eran los poderes que todavía conservaban. Desde junio de 1948 Vietnam poseía el estatuto de Estado Asociado Independiente dentro de la Unión Francesa; Cochinchina se había visto privada de su espúrea autonomía y fundida con los dos protectorados del Tonkín y de Anam en un solo estado bajo la égida de Bao Dai que había renunciado a su título de emperador y asumido el de jefe del estado. Laos y Camboya fueron reconocidos igual y simultáneamente como estados asociados bajo sus respectivos reyes. No se había creado una estructura general en Indochina para ocupar el puesto de la antigua administración colonial francesa; se suponía por eso que las relaciones entre los tres estados tenían que contar, mediante la diplomacia y la negociación, con la intervención de Francia como cuarta parte soberana. Como todos, incluyendo a Navarre, eran bien conscientes, el poder efectivo dentro de Indochina permanecía en manos de los franceses y en Laos y en Camboya, se hallaba directamente bajo su control. En Vietnam, muchas de las funciones interiores habían recaído en un gobierno nativo pero sus miembros consideraban sus cargos especialmente como medio de enriquecerse y de ajustar cuentas. Por lo que a los franceses concernía, el beneficio más importante que se derivaba de la nueva situación era el establecimiento de un Ejército nacional vietnamita, a través de cuyo desarrollo vislumbraban la perspectiva de desembarazarse del coste y de las pérdidas de la guerra. Lo peor de estas esperanzas era que los jóvenes vietnamitas, especialmente de la clase de la que deberían salir los oficiales, no deseaban arriesgar sus vidas en el ejército de un estado ficticio.

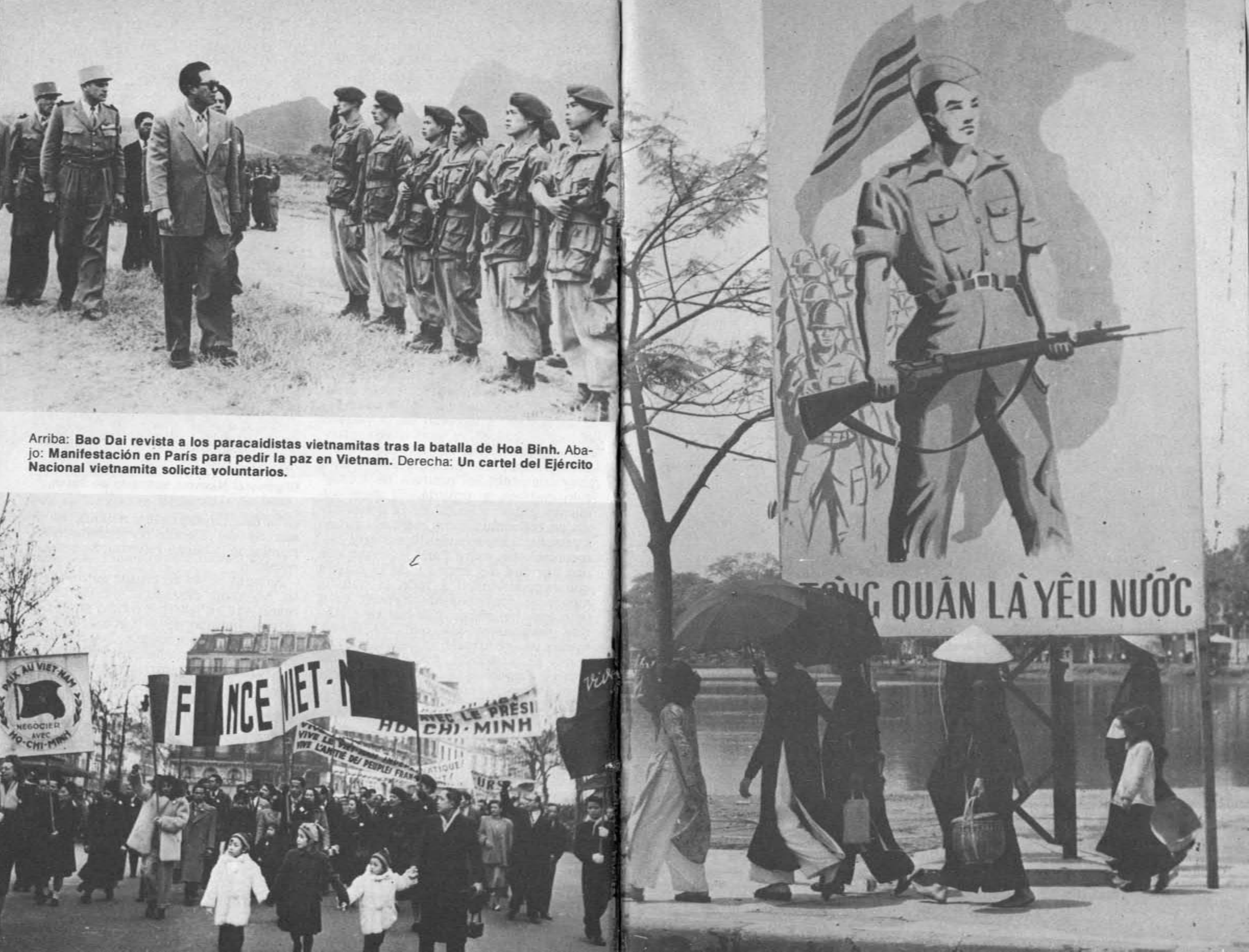
Como Navarre sabía también muy bien, o llegaría a saberlo poco después de tomar posesión de su cargo, la actitud de la población francesa de la metrópoli respecto de la guerra era asimismo un factor que influía cada vez más en la forma de realizarla. El Partido Comunista francés, que ya no formaba parte del gobierno metropolitano como en la época de la ruptura con Ho Chi Minh, era ahora libre de atacar a la Fuerza Expedicionaria y así lo hizo mientras que sus afiliados saboteaban a placer en fábricas y ferrocarriles los bagajes que se enviaban a Indochina. Un ulterior golpe psicológico fue la desaprobación formulada por el Partido Socialista francés respecto de la política oficial en Indochina, aun más contundente porque esa desaprobación fue acompañada de desagradables pero muy comprobados rumores de corrupción pública y privada. El reconocimiento gubernamental de la importancia de Indochina como mercado indujo a permitir transacciones financieras casi incontroladas entre París y Saigon con una paridad del franco y de la piastra que proporcionaba a todo el mundo, menos al contribuyente francés, unos fabulosos beneficios; y lo que resultaba más vergonzoso era que los beneficiarios de ese arreglo no resultaban ser, como se pretendía, los soldados del Cuerpo Expedicionario sino los bancos y las compañías comerciales.

No fueron solamente sectores de la opinión pública francesa los que mostraron su disgusto por las deshonestidades políticas y financieras de la guerra de Indochina. Norteamérica también las desaprobó. Y las actitudes norteamericanas contaban porque –desde comienzos de 1950– sus créditos militares y sus envíos de bagajes eran los que mantenían a flote a la fuerza expedicionaria. Washington se mostraba especialmente ansioso de advertir un verdadero progreso en la liberación del Vietnam de las faldas de Francia y otorgaba una importancia particular al desarrollo del Ejército vietnamita como prueba de la buena voluntad francesa al respecto.



El general Navarre, sustituto de Salan.

Navarre se vio así cogido en un aprieto. No había deseado el puesto de comandante en jefe que recayó en él porque el «equipo de de Lattre», del que Salan era el más antiguo, llegaba ya al límite de sus posibilidades. No entendía a Indochina, tampoco entendía a aquellos soldados que combatían y se sentía inseguro en sus relaciones con el gobierno metropolitano del que, como muchos franceses, sospechaba que era capaz de buscar una salida de la guerra mediante una comunicación clandestina con el Vietminh. Sobre esta base de incertidumbres y con el material improvisado de que disponía había conseguido sin embargo elaborar un plan que supondría la continua llegada de créditos norteamericanos, la integración en la lucha de un Ejército vietnamita efectivo, el otorgamiento del tiempo necesario al Gobierno de Bao Dai para asu-



Arriba: **Bao Dai revista a los paracaidistas vietnamitas tras la batalla de Hoa Binh.** Abajo: **Manifestación en París para pedir la paz en Vietnam.** Derecha: **Un cartel del Ejército Nacional vietnamita solicita voluntarios.**



Paacaidistas franceses en el depósito de armas del Vietminh en Lang Son, julio de 1953.

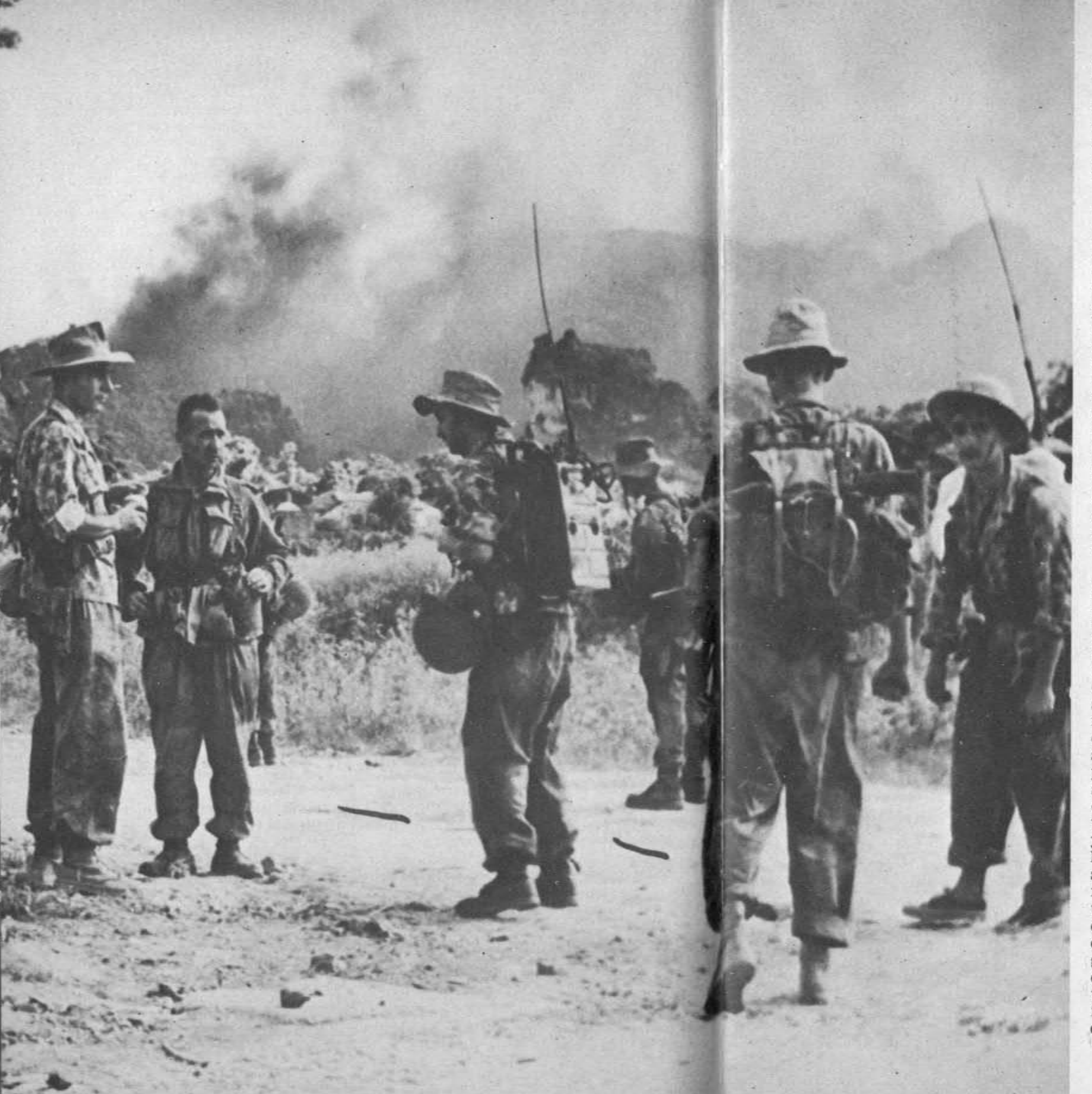
mir todas sus responsabilidades y la conservación de la moral de la Fuerza Expedicionaria francesa manteniendo a raya al Vietminh (si era posible, tanto en Laos como en las zonas pobladas de Vietnam) y logrando alguna esperanza convincente de imponerse en la ofensiva de modo decisivo. Y todo ello sin elevar para Francia el coste económico de la guerra o exigir refuerzos en gran escala.

El Plan Navarre que, tras unas investigaciones iniciales y unas largas conversaciones en París, había sido aceptado por el gobierno, era notable al menos por la reconciliación de la mayor parte de estas exigencias. Suponía, empero, el envío de otros diez batallones a Indochina y no garantizaba la protección de Laos contra una segunda invasión del Vietminh si Giap se decidía a lanzarla. Y no prometía un giro favorable de los acontecimientos hasta 1955, cuando el Ejército vietnamita, bajo el acicate de una independencia genuina, se hubiera lanzado con todo su peso, tal como se esperaba. Mientras tanto proyectaba sólo crear un número adicional de formaciones móviles francesas, retirando soldados de las defensas estáticas de la línea de Lattre para frenar las ofensivas del Vietminh que él preveía para la temporada bélica de octubre de 1953 a abril de 1954 (el período entre las estaciones de las lluvias en el Tonkín) y para mejorar la posición francesa dentro de las zonas supuestamente sometidas a su control.

¿Cuáles fueron los pasos que condujeron desde el apoyo a este programa moderado a la arriesgada decisión de combatir en Dien Bien Phu? La respuesta, desde luego, se encuentra en la bien conocida tendencia a la transformación que sufren los planes a través de las acciones del enemigo. Navarre comenzó bien, actuando estrictamente dentro de los límites que se había fijado y, en cierto número de operaciones de menor importancia, especialmente en Lang Son, en julio de 1953 donde un ataque audaz de los paracaidistas provocó la destrucción de 5.000 toneladas de depósitos enemigos, en Hué durante otro ataque en agosto y en otro que realizó también en agosto en Na San, donde toda la guarnición de la base, hasta entonces aprovisionada exclusivamente desde el aire fue evacuada sin pérdidas, se puso de relieve una cierta capacidad táctica que la fuerza expedicionaria había perdido desde la muerte de de Lattre. Otras operaciones tuvieron menos éxito, revelando de nuevo la endiablada habilidad del Vietminh para huir de las ocasiones de peligro y su filosófica disposición a abandonar a su destino a cualquier unidad de pequeña importancia a la que los franceses, para su suerte, hubieran podido copar. Y como la fuerza atacante de Navarre se componía tan sólo de ocho grupos móviles y de siete batallones de paracaidistas mientras que el Vietminh tenía cinco divisiones en el campo, sus posibilidades de obligar a éste a una guerra de desgaste resultaban extremadamente remotas en tales circunstancias.

Para octubre de 1953 Navarre comenzaba a sentirse preocupado por el realismo de su plan. Le obsesionaba Laos, país con el que los franceses habían firmado el primero de los tratados de completa autonomía que había sido prometida a todos los estados asociados. Ahora cabía esperar que el Vietminh repitiera sus éxitos de la campaña anterior y avanzara hacia Luang Prabang. Su fuerza crecía en las tierras altas del Noroeste donde ahora contaba con una base avanzada y el estímulo de una carretera por la que fluían desde China los suministros. Parecía que, a menos que se hiciera algo positivo contra la región pronto se perdería como se perdió el Viet Bac. Había dos maneras de actuar: intervención directa en el área mediante la fuerza o un ataque indirecto a la retaguardia del movimiento comunista en el Noroeste, orientado hacia sus bases del Viet Bac.

Esta última opción tenía buenos augurios gracias al éxito de la Operación *Hirondelle* contra Lang Son en julio. Pero Navarre se sentía inclinado a creer, tras haber visto cómo Giap abandonaba a sus unidades acosadas en el delta, que éste no se apartaría de sus propósitos por obra de una simple amenaza contra formaciones subordinadas, por hostigadas que estuvieran. La única contrame-



,Los soldados abandonan Lang Son tras el éxito de la Operación Hirondelle.

dida segura a una invasión de Laos era en su opinión un movimiento directo y de bloqueo y se dedicó por ello a estudiar las posibilidades que le ofrecía el terreno del Noroeste.

Obvio centro desde el cual acometer operaciones contra la invasión era Lai Chau, la «capital» de los montañeses Thai, quienes se mostraban sólidamente francófilos y cuya lealtad se halla fortalecida por la presencia de soldados franceses entre ellos. Pero las desventajas de Lai Chau constituían un factor compensador. Se hallaba lejos de la carretera principal que llevaba a Laos y era difícil de abastecer por el aire. Los suministros aéreos serían la clave de la suerte de la operación que se estaba gestando en la mente de Navarre. Mucho más satisfactorio como centro de lo que los franceses llamaban una *«base aèro-terrestre»* era el valle de Dien Bien Phu, situado más al Sur, el valle más amplio en la frontera con Laos y a horcajadas de la ruta más natural de comunicación entre el Viet Bac y Luang Prabang.

Dien Bien Phu, donde existía una pista francesa de aterrizaje, había estado en manos comunistas durante algún tiempo. Como paso preliminar de cualquier decisión ulterior, Navarre ordenó que fuese capturada de nuevo y, tras un vivo ataque que tuvo lugar el 20 de noviembre de 1953, fue ocupada por seis batallones. Esta operación, denominada en clave *Castor* fue efectuada con escasas pérdidas y apenas halló resistencia por parte del Vietminh que permitió a los franceses atrincherarse sin ser hostigados. Los del Vietminh, como Navarre, necesitaban un poco de tiempo para recuperarse de la sorpresa y de la facilidad con que esa operación había sido ejecutada. Cuando Navarre se recuperó, formuló muy rápida y muy firmemente la importante decisión relativa a la explotación del éxito de la operación. El 3 de diciembre, Navarre, dio al jefe de las operaciones en el Norte, general Cogny –que estaba en servicio desde que llegó con el general de Lattre– unas órdenes que establecían la forma de su estrategia para la próxima campaña en las tierras altas. «He deci-



Izquierda: **Los paracaidistas franceses aguardan la orden de descender sobre Dien Bien Phu durante la Operación** Castor. Arriba: **Un paracaidista se dispone a entrar en acción tras la llegada al suelo.** Abajo: **Un ayudante sanitario atiende a los civiles heridos durante el ataque.**



Arriba: **En acción un cañón francés, sin retroceso, de 75 mm.** Abajo: **Un mortero francés de 120 mm. en Dien Bien Phu.**





Soldados del Vietminh capturados durante la Operación Castor.

dido aceptar batalla en el Noroeste», escribió, «bajo las siguientes condiciones generales»; consistían en centrar la defensa de las tierras altas precisamente en Dien Bien Phu, en la evacuación de Lai Chau cuando fuera necesario y en la total dedicación de la fuerza aérea francesa al apoyo de la base aero-terrestre. El «guión» de la batalla era, tal como lo preveía Navarre, un movimiento en fases que se extendería a lo largo de varias semanas mientras que el Vietminh avanzaba hasta la base, una semana o diez días para su reconocimiento y unos pocos días finales de batalla de la que resultaría la derrota total del Vietminh.

A la vista del probado poder combativo del Vietminh y de su evidente capacidad para recorrer vlozmente largos trechos de terreno difícil, tanto el calendario como el resultado de la lucha, tal como fueron previstos por Navarre tenían que haber parecido discutibles incluso de antemano. A tales objeciones Navarre podía responder que mientras el Vietminh era capaz de desplazarse con rapidez cuando no se veía abrumado por una pesada impedimenta, la necesidad de reunir artillería contra Dien Bien Phu reduciría y frenaría su movilidad; además su inherente inferioridad en medios de transporte garantizaba que, por mucho que lo intentara, no sería capaz de hacer frente al peso de las armas francesas y que por eso estaría condenado a perder cuando realizara su ataque. Ante la pregunta más fundamental acerca de los motivos que podría tener el Vietminh para tomarse la molestia de atacar Dien Bien Phu, Navarre explicaría que la guarnición de esta base obligaría a los comunistas a concentrarse contra ella, iniciando irritantes incursiones de comandos contra sus posiciones en las tierras altas y contra las líneas de comunicación del Vietminh. La «base aero-terrestre» no iba a ser el centro de una defensa puramente pasiva. Navarre recalcó firmemente que su estrategia era ofensiva y



Construcción de la carretera del Vietminh que conduce a Dien Bien Phu.

que los comunistas no podrían sustraerse al funcionamiento de semejante estrategia.

A este respecto, acertó en la previsión de las reacciones comunistas. Aun hoy sólo podemos suponer el camino exacto por el que Giap llegó a su decisión de aceptar batalla en Dien Bien Phu. Pero la aceptó y por razones entre las que probablemente figuraban algunas de las siguientes: primera y básicamente estaba buscando una oportunidad de elevar la guerra a la fase de «ofensiva final» –tal como desastrosamente trató de hacerlo en 1946 y 1951– pero ahora pensaba que podría realizar el intento con seguridad; en segundo lugar, su eje de operaciones se extendía ahora en la dirección de Dien Bien Phu, en el territorio por el que habría de pasar para invadir nuevamente Laos; en tercer lugar, sus ingenieros, con ayuda china, habían construido recientemente una carretera utilizable en todas las estaciones y que llegaba casi hasta Lai Chau (la capital de los montañeses Thai) y había reunido en esa ruta una considerable cantidad de camiones; en cuarto lugar, pensaba que la posición de Dien Bien Phu constituía una trampa potencial para los franceses, en la que podrían ser arrollados por el peso del número y de la potencia de fuego.

Si Navarre hubiese conocido todas las razones que respaldaban el propósito de Giap de aceptar batalla, podría haberse inclinado por el abandono del plan. Porque la justificación de la Operación *Castor* residía en la creencia francesa de que el Vietminh sería incapaz de proporcionar un serio daño a la guarnición del «campo atrincherado» y de que, en especial, sería incapaz de colocar o, en cualquier caso, de municionar a un complemento artillero de cualquier potencia. Las secciones del servicio de información francés tanto en Hanoi como

Tras el éxito de la operación, el general Navare condecora al general Cogny. Al fondo, el general Gilles.



Realización de fortificaciones en el perímetro.

en Saigon continuaban ignorando, al parecer, la existencia de la nueva carretera del Vietminh y de su equipo de camiones mientras que subestimaban considerablemente la capacidad del porteo humano, el método tradicional de abastecimiento del Vietminh para enviar bagajes en grandes cantidades y a ritmo rápido a lugares alejados y por caminos difíciles.

Por eso, durante los primeros dos meses de 1954, prosiguió a gran ritmo la extensión del campo. La prioridad primera era la reconstrucción del aeródromo porque la ecuación con la que los planificadores franceses habían concebido demostrar su invencibilidad en la próxima lucha tenía su elemento más importante en la posesión de un monopolio de la potencia aérea. Mientras que el Vietminh –señalaba esta argumentación– pugnara por emplazar y reaprovisionar sus fuerzas a lo largo de los senderos de las montañas, donde un viaje a pie llevaría a un hombre varias semanas entre la ida y la vuelta, los franceses se verían inundados por un continuo abastecimiento de armas y bagajes que les aportarían los aviones en vuelos constantes desde Hanoi, a sólo hora y media por vía aérea. Cualesquiera que fuesen las bajas que sufriera la guarnición, y se esperaba que fuesen pocas, serían evacuadas cuando regresara el siguiente avión y recibirían adecuado tratamiento en los hospitales centrales. Por eso era necesario construir dos aeródromos que exigían la entrega de 500 toneladas de planchas de acero taladrado con las que montar unas pistas. La dispersión de las instalaciones necesarias para los aviones exigían la construcción de puentes Bailey sobre el pequeño río del valle (también precisos para el paso de los carros de combate ligeros) y todo el proyecto de ingeniería requería los servicios de maquinaria para el allanamiento del terreno y de todo un batallón de ingenieros *(31e Gènie)*.

Aun siendo la más urgente de las

Un puesto de mando subterráneo de la fortaleza.



Tendido de las redes de alambradas en torno al centro del campo.

tareas, no era la que consumía más tiempo, más trabajo y más materiales. Este privilegio correspondía a la construcción de blocaos y trincheras y al tendido de alambradas para la guarnición, su mando y sus servicios. Era esencial instalar bajo tierra un puesto de mando y un hospital y también resultaba imprescindible disponer de plantas para el filtrado del agua (la disentería amebiana era endémica en la zona y suponía mayor desgaste que las operaciones comunistas), estaciones generadoras, talleres de mantenimiento y reparación de carros de combate y polvorines y almacenes de equipo. En torno de éstos, que ocupaban el centro del campo, era necesario tender toda una red de alambradas y excavar una red de trincheras. Al exterior se alzarían los fortines del sistema principal. Cuando el jefe de ingenieros realizó sus primeros cálculos acerca del tonelaje de madera, acero y cable que se necesitaría para fortalecer la posición hasta que alcanzara los niveles normales operativos experimentó su primera sensación de intranquilidad respecto del resultado de la batalla. Porque proporcionar puestos a prueba de granadas y las alambradas necesarias para las tropas combatientes exigiría unas 30.000 toneladas de material. Los envíos diarios de los ochenta aviones que constituían toda la fuerza del subequipado y superatareado *Armée de l'Air* en Indochina sólo podrían proporcionar diariamente unas 150 toneladas y, antes que eso, habrían de transportar comida y municiones. En consecuencia, el jefe de zapadores de Dien Bien Phu hubo de resignarse a una reducción del material disponible y, limitándose a los elementos esenciales, decidió solicitar 3.000 toneladas de alambre espinoso, para lo que no podía hallarse sucedáneo en el lugar. La ex-

Las tropas reciben suministros de municiones.



Arriba: **El valle de Dien Bien Phu con el campo francés.** Abajo: **El vicepresidente Nixon y el general Cogny visitan el campo.**



Sendero Pavie
Ford
Nam Yum River
Carretera 41
Ban Keo
Beatrice
Anne-Marie
Gavilán
Francoise
Eliane
Claudine
Ban Ong Pet
Ban Hong Lech Cang
Ban Na Loi
Ban Pape
Ban Ten
Ban Palech
Ban Bom La
Ban Nhong Nhai
Ban Kho Lai
N
Pista Auxiliar de Aterrizaje
1000 0 500 1000
Yards
Isabelle
Ban Hong Cum

Las defensas del valle el Día-A, 13 de marzo de 1954.

periencia del Cuerpo Expedicionario le había enseñado que ante la táctica de oleadas del Vietminh, las unidades a la defensiva necesitaban absolutamente de las alambradas para su supervivencia.

Desgraciadamente, los recursos del valle tampoco proporcionaban casi ningún otro sustitutivo para todos los demás elementos que requería la construcción militar: no había cemento, no había arena, no había piedra, no había ladrillos y, por extraño que pueda parecer, casi no había madera. Porque el suelo del valle estaba casi totalmente desprovisto de árboles mientras que en las laderas del bosque faltaban los caminos. La corta de troncos no podía realizarse por eso allí donde hubiera sido necesario, en tanto que la presencia de las patrullas del Vietminh en el bosque hiciera en cualquier caso azarosa la tarea de talar árboles. La madera que había allí era la que constituía los techos de las casas de los campesinos y, en consecuencia, los paracaidistas se vieron obligados a asegurarse el odio de los aldeanos por la demolición de sus casas y al incorporar ese material a sus fortines. Muy rápidamente, antes de que empezara lucha alguna, el valle cobró el aspecto de un campo de batalla con la desaparición de todas las edificaciones civiles, los campos de cultivo cortados por trincheras y senderos y la volatilización de todos los matorrales que fueron a alimentar las cocinas de la guarnición.

Desprovisto de su ropaje, el valle revelaba a un observador situado en las alturas –y las alturas estuvieron pobladas por observadores desde el primer momento en que llegó la guarnición– su nueva geografía militar. En el centro, la antigua pista aérea, ahora ensanchada y prolongada, se hallaba rodeada por un anillo de fortines que protegían el puesto de mando y los servicios esenciales. Los fortines principales eran cinco en total, cada uno denominado con un nombre de mujer: Anne-Marie, Claudine, Dominique, Eliane, Huguette; a 1.800 metros al Norte de Anne-Marie se alzaba un fortín aislado sobre una pequeña altura, Gabrielle y a 1.350 metros al Nordeste de Dominique, también sobre una pequeña elevación del terreno



De izquierda a derecha: El coronel Piroth y los generales Castries y Cogny.

pero junto a alturas mayores estaba Beatrice; a 5.400 metros al Sur de Claudine, protegiendo una pista aérea auxiliar y la aproximación desde el Sur, se alzaba Isabelle, que completaba así la secuencia alfabética.

En teoría, la posición resultaba extremadamente fuerte. Pero, en relación con su contexto geográfico era una trampa potencial. Tenía dieciocho kilómetros de longitud, cinco kilómetros de anchura máxima y estaba dominada por colinas densamente cubiertas de vegetación y escarpadas que se elevan hasta unos 600 metros de altura sobre el suelo que, a su vez, se encuentra a unos 300 metros sobre el nivel del mar. Destacadas del límite de la selva existen cierto número de pequeñas alturas, algunas de las cuales habían sido incorporadas al sistema defensivo francés mientras que hubo que prescindir de otras por falta de hombres que las de-

Un obús francés de 105 mm. en posición.




Miembros de los Tirailleurs marocains **durante uno de los primeros combates en Vietnam.**



Las quebradas y boscosas colinas que dominan el valle y en las que el Vietminh reunió y preparó a sus fuerzas.

fendieran. La posición se hallaba así, en el lenguaje militar «vigilada» desde todas partes y, en varios puntos, especialmente cerca de Gabrielle, Béatrice y Anne-Marie, «dominada». Esto no hubiera importado en manera alguna si el Vietminh no fuera capaz de llevar armas que pudiera instalar en las posiciones que dominaban a las ocupadas por los franceses y, sobre todo, a la pista aérea. Pero el principio cardinal del plan francés era que cualquier ofensiva del fuego enemigo quedara inmediatamente ahogado de los cañones de 105 y 155 mm. emplazados en la zona defensiva central.

El coronel Piroth, que mandaba la artillería de Dien Bien Phu, resumía su credo en estas palabras que repetía a cada visitante destacado del campo: «En primer lugar, el Vietminh no logrará traer hasta aquí a su artillería; en segundo lugar, si lo consigue, le aplastaremos; en tercer lugar, aunque lograra mantener su fuego, sería incapaz de proporcionar a sus piezas municiones suficientes para hacernos ningún verdadero daño». Fundaba en parte su optimismo en la dominante incredulidad del Estado Mayor respecto de la movilidad estratégica del Vietminh y en parte también en las dimensiones y en el calibre de su propia artillería. Esta se hallaba constituída por dos *groupes*, cada uno de los cuales contaba con doce obuses de 105 mm, una batería de cuatro obuses de 155 mm., de mayor alcance y calibre que cualquiera de los cañones que se suponía que tenía el Vietminh, tres compañías de morteros pesados y una batería de cuatro «cuatro cincuenta», ametralladoras antiaéreas de cuatro cañones de 50 pulgadas, que resultaban mortales contra las concentraciones humanas.

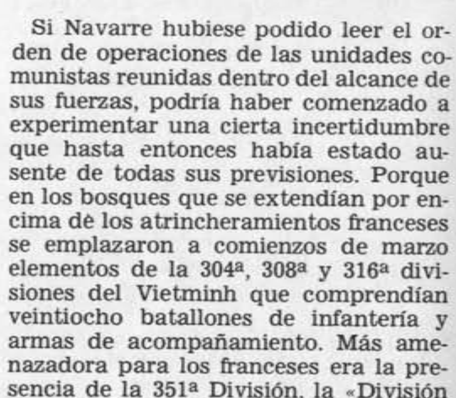
El Alto Mando contaba principalmente con estas armas para destruir el ataque del Vietminh cuando sobreviniera. El papel de la infantería, en cierto sentido, consistía por eso en proteger los cañones y para el 13 de marzo había doce batallones desplegados en el Valle. Dos eran de paracaidistas, el *1er Bataillon étranger de parachutistes* (BEP –el «bep», como era normalmente denominado) y el *8e Parachutistes de Choc* (8 BPC), ambos excelentes unidades. Había otros cuatro batallones de la Legión, el 1º y el 3º de la *13e Demi-Brigade* (1/13, 3/13 DBLE), el 1º del *2e Régiment étranger* (1/2 REI) y el 3º del *3e Régiment étranger* (3/3 REI), dotados todos de un fuerte contingente alemán y considerados, sin lugar a dudas también por el Vietminh, como unidades de excelente calidad. Menos conocidos fuera del Ejército francés, pero muy estimados en su seno, eran los soldados musulmanes de los cuatro batallones norteafricanos, el 3º del *3e*, el 5º del *7e* y el 2º del *1er Tirailleurs algériens* (3/3, 5/7, 2-1 RTA) y el 1º del *4e Tirailleurs marocains* (1/4 RTA). De más dudosa calidad eran los dos batallones tribales, *2e* y *3e* Thai (2, 3 BT). A cada uno le fue asignada la defensa de un fortín, en ambos casos en compañía de otro. La distribución final era la siguiente: Anne-Marie, BT 3; Béa-

Ametralladores alemanes de la Legión Extranjera.

trice, 3/13 DBLE; Claudine 1/13 DBLE; Dominique, 3/3 RTA; Eliane 1/4 RTA y BT 2; Gabrielle, 5/7 RTA; Huguette, 1/2 REI; e Isabelle, 3/3 REI y 2/1 RTA. Françoise fue inicialmente defendida por algunas compañías de comandos Thai. Los dos batallones de paracaidistas fueron situados en la reserva central como fuerza de contraataque.

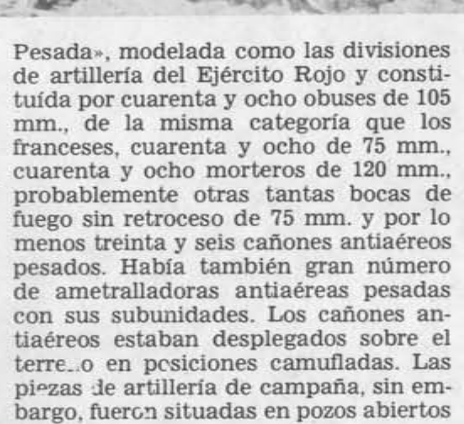
Pero, en el plan inicial de Navarre, la infantería había recibido un papel algo más que simplemente defensivo. Para hacer frente a los que advertían que el Vietminh podía desviarse sencillamente de Dien Bien Phu en su camino hacia Laos, como hizo con Na San el año anterior, respondió que la guarnición le obligaría a concentrarse contra el valle. realizando operaciones de comando contra sus líneas de abastecimiento. Y desde luego, entre mediados de diciembre y principios de marzo, se produjeron varios intentos de interrumpir el tráfico rodado de los comunistas y de provocar levantamientos entre las tribus de su retaguardia. Sin embargo, ninguno tuvo un éxito efectivo, aunque habían costado vidas mientras que la única interrupción seria de las comunicaciones fue la realizada por el mismo Vietminh que obligó a los franceses a pagar un alto precio por la evacuación de la población Thai y francesa de Lai Chau a Dien Bien Phu, acometida en diciembre. Hacia la última semana de 1953 la guarnición sabía ya que no se podía permanecer con seguridad fuera del valle y durante enero y febrero descubrió que tenía que dedicar cada vez más esfuerzos a conservar el derecho de libertad de movimientos dentro del valle. Invisibles unidades del Vietminh, firmemente aferradas a los fortines, establecieron posiciones sobre las alturas menores del suelo del valle y hostigaban a cualquier unidad lo suficiente audaz como para penetrar en los bosques de las alturas dominantes. El establecimiento de la «base aero-terrestre» había logrado, pues, evidentemente uno de sus objetivos, la atracción de considerables unidades enemigas. Lo que quedaba por ver en el futuro era si la guarnición podría ganar la batalla que ahora parecía próxima a estallar.





Si Navarre hubiese podido leer el orden de operaciones de las unidades comunistas reunidas dentro del alcance de sus fuerzas, podría haber comenzado a experimentar una cierta incertidumbre que hasta entonces había estado ausente de todas sus previsiones. Porque en los bosques que se extendían por encima de los atrincheramientos franceses se emplazaron a comienzos de marzo elementos de la 304ª, 308ª y 316ª divisiones del Vietminh que comprendían veintiocho batallones de infantería y armas de acompañamiento. Más amenazadora para los franceses era la presencia de la 351ª División, la «División





Pesada», modelada como las divisiones de artillería del Ejército Rojo y constituída por cuarenta y ocho obuses de 105 mm., de la misma categoría que los franceses, cuarenta y ocho de 75 mm., cuarenta y ocho morteros de 120 mm., probablemente otras tantas bocas de fuego sin retroceso de 75 mm. y por lo menos treinta y seis cañones antiaéreos pesados. Había también gran número de ametralladoras antiaéreas pesadas con sus subunidades. Los cañones antiaéreos estaban desplegados sobre el terreno en posiciones camufladas. Las piezas de artillería de campaña, sin embargo, fueron situadas en pozos abiertos en las laderas de las montañas, desde donde podían alcanzar las posiciones francesas, situadas más abajo pero sobre todo la pista aérea, sin que pudieran observarse los fogonazos. Una mano invisible había quedado por eso suspendida sobre los franceses, que negaban que pudiera hallarse donde se encontraba y que, si se veían forzados a admitir su existencia, afirmaban, porque así se lo habían dicho sus jefes, que sería cortada tras un solo contraataque. No era ésta una buena disposición de espíritu para enfrentarse en una batalla de decisión.

Se cerró la trampa

Durante la segunda semana de marzo empezaron a manifestarse los síntomas que anunciaban a la guarnición de Dien Bien Phu que se aproximaba su prueba. El bombardeo de la artillería, esporádico a lo largo de varias semanas durante las que produjo escasos daños, comenzó repentinamente a crecer en intensidad. El 11 de marzo se produjo una seria escaramuza en las fortificaciones exteriores de Gabrielle y al día siguiente, cuando llegó Cogny para realizar la que sería su última inspección del campo y completar así una serie de visitas de distinguidos huéspedes franceses y extranjeros, su avión fue atacado por la artillería comunista y él abandonó la pista con peligro de su vida. Fueron incendiados varios aviones y destrozadas algunas planchas de acero taladrado que hubo que soldar bajo el fuego enemigo. Existía también una prueba menos tangible, pero que preocupaba más de la capacidad del Vietminh y que señalaba que los comunistas estaban dispuestos a lanzar una ofensiva. La criptografía francesa había revelado recientemente que el enemigo había reunido en la zona depósitos de 15.000 granadas del calibre de 105 mm., 30.000 granadas de mortero y 5.000 cargas de munición de las ametralladoras antiaéreas ligeras, prueba inmediata de que la incredulidad francesa respecto de la capacidad comunista para desplazar sus bagajes a largas distancias no se hallaba bien fundada y que el duelo de artillería se establecería probablemente en términos de mayor igualdad de lo que había previsto el equipo planificador. Táctica y estratégicamente, las noticias eran ominosas.

Las incertidumbres que restaban se despejaron en la tarde del 13 de marzo. Sin que los franceses lo supieran éste había sido el día escogido por Giap para desencadenar la ofensiva; su plan inicial consistía en arrollar a las posiciones exteriores del Norte de la pista aérea –Anne-Marie, Béatrice, Gabrielle– y, hecho esto, lanzar un ataque decisivo contra las posiciones situadas en torno al aeródromo. Al mismo tiempo, el propio aeródromo tendría que ser inutilizado y habría que destruir en el suelo tantos aviones como fuera posible. En este último grupo de objetivos se incluían no sólo los aviones de reconocimiento y los transportes aéreos, que estaban destacados en la base, sino también los once cazas del grupo «*Saintonge*» asignados al valle como escalón permanente de apoyo aéreo. Tan importante habían considerado los franceses su intervención en la futura lucha que habían construído para cada uno un bunker de sacos terreros.

Poco después de las tres de la tarde los disparos iniciales del primer bombardeo pesado del Vietminh demostraron la futilidad del esfuerzo que había supuesto su construcción. Mientras las granadas caían por todas partes, tres de los cazas Bearcat consiguieron llegar a la pista y despegar. Los demás resultaron incendiados uno tras otro, mientras la superficie de la pista aérea era

El general Cogny inspecciona el campo.



Arriba: **Soldados del Vietminh transportan municiones.** Abajo: **Dakotas y cazas Bearcat en la pista de Dien Bien Phu.**



Arriba: **Cazas del grupo «Saintonge» dañados por el fuego artillero del ataque del Vietminh, marzo de 1954.** Abajo: **Evacuación de los heridos en helicóptero tras el comienzo de la batalla.**



firmemente atacada hasta el punto de tornarse peligrosa para el aterrizaje o el despegue de cualquier avión que no fuese un helicóptero (de los que los franceses sólo poseían cinco en Indochina). A las cuatro, la diminuta torre de control emitió la señal internacional de llamada prohibiendo los aterrizajes. En realidad, y durante otra semana, los aviones seguirían arriesgándose a aterrizar entre los disparos de la artillería; varios serían destruídos y la pista sufriría nuevos deterioros. Al cabo de una semana Dien Bien Phu quedaría aislada del mundo exterior, a excepción del enlace por radio y sólo podría ser abastecida por paracaídas. Día tras día sería aún más evidente cuán desesperada era la situación de los defensores.

Pero éste no sería el final de la obra realizada por la artillería del Vietminh el 13 de marzo. Gabrielle, el más septentrional de los puestos avanzados, fue sometido al final de la tarde a un intenso fuego de mortero y cuando cayó la oscuridad fue atacado por la infantería del Vietminh. Los asaltos fueron rechazados pero, cuando se extinguió la tormenta en los flancos de sus posiciones, los defensores vieron que al Sudeste, Béatrice sufría un bombardeo de dimensiones aniquiladoras. Béatrice era el más expuesto y el más dominado de todos los fortines. La jungla se aproximaba hasta unos pocos centenares de metros de sus alambradas y las colinas boscosas dominaban los montecillos sobre los que había sido construído. Pero Béatrice cubría tanto la aproximación al aerodromo desde el Nordeste como la salida más importante del valle, la Carretera 41 que, en su otro extremo, más allá del río Negro, enlazaba con las bases comunistas de aprovisionamiento en el Viet Bac. Tácticamente, su posesión resultaba vital, porque la artillería del Vietminh, colocada en su punto más alto, podría disparar directamente al corazón del campo. Por ello su defensa fue confiada a uno de los mejores batallones del Valle, el *3/13 Demi-brigade de la Légion ètrangère*. Totalmente europeo (a diferencia de los batallones coloniales, que estaban ahora intensamente vietnamizados) y aproximadamente medio alemán, su fuerza había quedado reducida de 750 a 500 hombres por las escaramuzas diarias libradas en las últimas semanas en torno del perímetro, pero todavía poseía una relevante fuerza combativa, protegida en blocaos y trincheras bien concebidos y bien construídos.

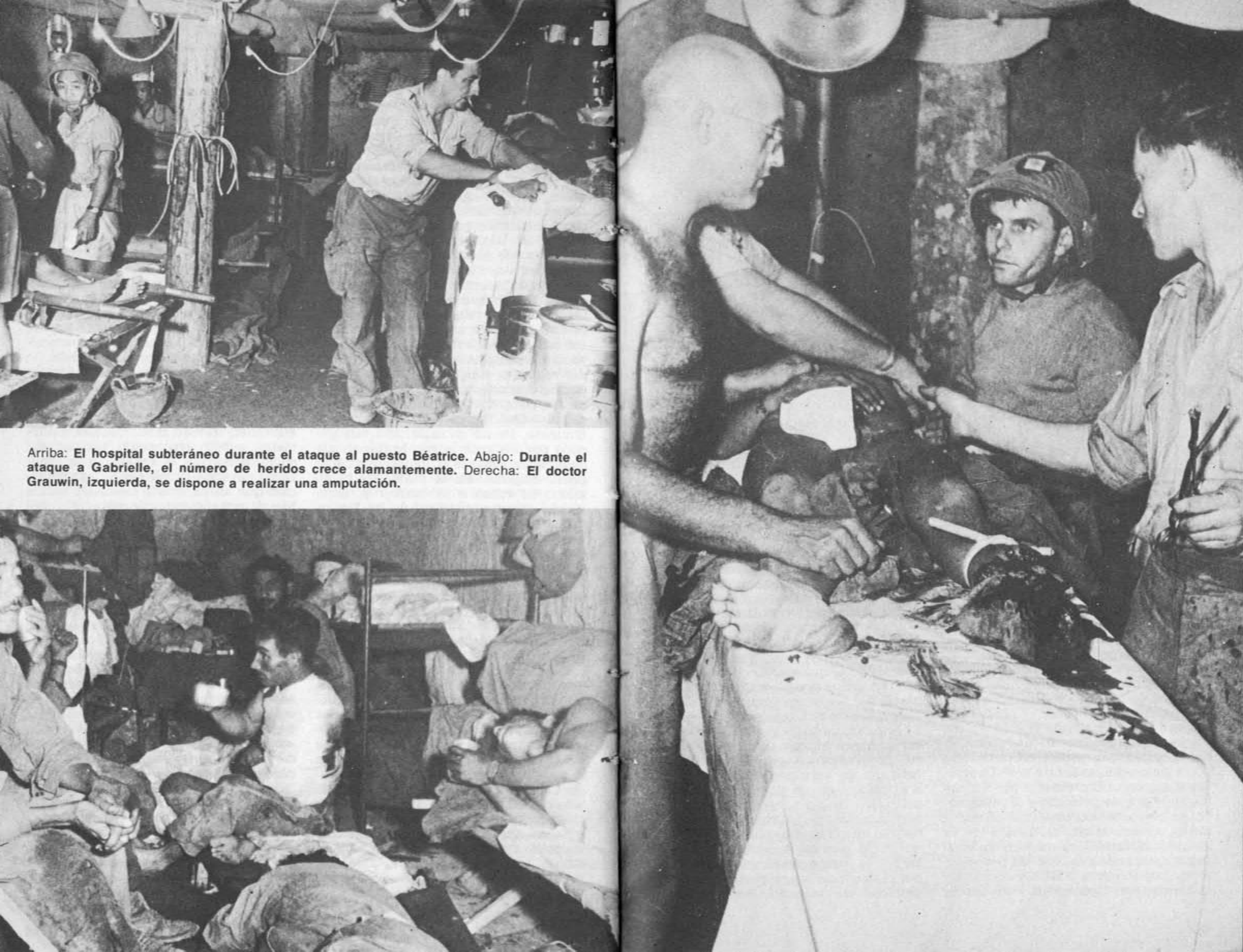
Poco después de las seis de la tarde su jefe pidió fuego directo sobre sus propias alambradas, tan intensa era la presión que sufrían sus compañías. Poco podía hacer aquel bombardeo para rechazar a los «Voluntarios de la Muerte» del Vietminh que realizaban su misión de destrozar las alambradas, lanzándose ciegamente hacia delante y haciendo estallar las cargas explosivas que llevaban sobre sus cuerpos. La artillería comunista, en cualquier caso, apuntaba directamente contra las baterías francesas emplazadas en el centro del campo y destrozó a los pocos minutos de entrar en acción a dos obuses de 105 mm. También infligió graves pérdidas a los artilleros senegaleses. A las seis y media el jefe de la posición de Béatrice y su plana mayor fueron muertos por un impacto directo sobre el puesto de mando y las compañías combatieron a partir de entonces separadamente. De las tres que estaban en posición, dos enmudecieron entre las ocho y media y las nueve de la noche. La tercera siguió transmitiendo hasta poco después de media noche cuando el radiotelegrafista resultó muerto por una granada francesa lanzada sobre su bunker a petición propia. A las dos se extinguió el fuego de las armas ligeras. Béatrice había caído completamente en manos de los comunistas.

No todo el 3/13 había sucumbido aunque 300 de sus hombres resultaron muertos, terrible proporción para la que es preciso remontarse a la Primera Guerra Mundial con objeto de hallar un paralelo. Unos doscientos, muchos de ellos heridos, consiguieron salir de la posición en el último momento, hallando refugio en la jungla, desde donde lograron abrirse camino hasta el campamento principal al día siguiente. Aquellos hombres fueron distribuídos entonces en diversas unidades de la guarnición pero no resultaba sorprendente que su moral hubiese quedado tremendamente debilitada por la matanza de sus camaradas. En el plazo de un mes doce de los supervivientes se pasarían al enemigo, lo que los legionarios casi nunca hacían. No eran sólo los supervivientes de aquella posición los desmoralizados. La intensidad del bombardeo, amén de matar en su bunker al jefe del sector central y de la *13ᵉ Demi-brigade*, coronel Gaucher, había aterrado tanto a los dos batallones de reserva, el 1º y el 8º de paracaidistas, que no estaban en condiciones de ejecutar el contraataque proyectado contra cualquier posición amenazada o tomada. Había desquiciado también a Piroth, el segundo comandante del campo y jefe de su artillería, cuyos superoptimistas cálculos condenaban claramente ahora a la guarnición a librar la batalla con una desesperante inferioridad en armas pesadas y sin los medios para evacuar a los heridos. Los 150 cuerpos gimientes y sangrantes que yacían hacinados en todos los rincones del raquítico hospital subterráneo del doctor Grauwin eran la terrible prueba de las consecuencias de este error de cálculo. Casi incoherente en su remordimiento, Piroth no se sintió tranquilizado por los ánimos que le dieron sus camaradas, quienes le dijeron que nadie podía culparle. En la tarde del 15 de marzo se retiró a su bunker y, escogiendo compartir el final de los Voluntarios de la Muerte ante quienes su artillería no proporcionaba respuesta, hizo estallar una granada contra su cuerpo.

Para la guarnición en general, el 14 de marzo fue un día de respiro. El Vietminh había ofrecido una tregua temporal y local que fue aceptada. Así pudieron ser recogidos los heridos abandonados en Béatrice que eran sólo doce. Aquella misma tarde, posteriormente, los defensores disfrutaron de la estimulante visión de todo un batallón de paracaidistas, el 5º Vietnamita (5 BPVN), descendiendo sobre el perímetro para reemplazar al destruído 3/13. El Vietminh disparó contra aquellos hombres que, sin sufrir serias pérdidas, lograron llegar a tierra en el Centro de Resistencia –CR– como la guarnición llamaba ahora al área que rodeaba a la pista. Se esperaba que por la noche se renovarían los ataques del Vietminh, probablemente contra la más aislada del resto de las posiciones exteriores, Gabrielle, y la sospecha quedó justificada. Estaba a punto de comenzar una lucha aún más dura que la librada por Béatrice y que duraría hasta bien entrada la mañana siguiente.

Gabrielle se hallaba defendida por argelinos. los *tirailleurs* del 5/7 RTA. Soldados con largos años de servicio, miembros de una raza belicosa y no afectados todavía por los sentimientos separatistas que habrían de lanzar a su patria contra Francia al cabo de menos de un año, justificaban completamente la apasionada fe de sus oficiales en su tenacidad y en su lealtad. Para apoyarles en la futura lucha contaban con una excelente compañía de morteros de la Legión –ocho tubos de 120 mm– y se les había prometido un firme y preciso fuego de artillería y la constante iluminación desde un Dakota que volaría en círculos sobre Gabrielle durante todo el ataque nocturno, lanzando en paracaídas potentes bengalas de magnesio. Se consideraba esta posición la mejor construída de la fortaleza y, aun siendo la más alejada del recinto interior, se hallaba mucho menos dominada de lo que había estado Béatrice. Los comunistas habían reconocido tácitamente su fortaleza por el esfuerzo que realizaron cavando trincheras de aproximación que ahora, más o menos, la rodeaban a una distancia de sólo 150 o 250 metros.

Poco después de las seis de la tarde, a la llegada de la noche, se inició una barrera artillera sobre los flancos de Gabrielle. Pero esta vez no sería seguida por ataques de oleadas humanas. La infantería progresaba arrastrándose tras la barrera artillera y forcejeaba en las alambradas sólo donde veía la oportunidad de abrir brecha a un precio relativamente bajo. La encontró alrededor de las diez en el sector de la 4ª Compañía donde los bunkers de mando y de las armas de apoyo habían sido destruídos por sus granadas. Las fuerzas del Vietminh comenzaron a penetrar en la posición. Su volumen era, al parecer, ocho veces superior al de los franceses y establecieron rápidamente un punto de apoyo. El fuego defensivo francés era más eficaz que el de la noche anterior y bajo su protección, los jefes del batallón, comandantes de Mecquenem y Kah, pudieron reorganizar un contraataque. Saltando de agujero en agujero y disparando a todo lo que parecía humano,



Arriba: **El hospital subterráneo durante el ataque al puesto Béatrice.** Abajo: **Durante el ataque a Gabrielle, el número de heridos crece alamantemente.** Derecha: **El doctor Grauwin, izquierda, se dispone a realizar una amputación.**



Un carro francés Chaffee fuera de combate tras su intento de detener la penetración del Vietminh.

El general Navarre condecora al guión del 6.° de Paracaidistas Coloniales, que sostiene el jefe del regimiento, Bigeard.

dos secciones, una de argelinos y otra de Thais, que habían sido enviadas a la colina como auxiliares, recuperaron la mayor parte del terreno perdido y estabilizaron la situación.

A las dos y media de la madrugada siguiente, el ataque comunista concluyó repentinamente. Una hora más tarde comenzó de nuevo y con mayor fiereza todavía. La 1ª Compañía se había reorganizado al Nordeste de la colina y dio por bueno lo sucedido. Pero el Vietminh había hallado un camino hacia la cumbre a través del sector de la 4ª Compañía y avanzaba firmemente por allí, infligiendo graves pérdidas a la retaguardia de las posiciones argelinas. Mientras tanto, sin embargo, el mando de la guarnición decidió montar un contraataque que partiría del CR. Su propósito sería el de aliviar al 5 RTA y asestar un golpe decisivo al enemigo. Para ello se extrajo de la reserva central a una compañía de los paracaidistas de la Legión y al recientemente llegado 5 BPVN y esta fuerza mixta, encabezada por siete carros de combate ligeros Chaffee, se puso en marcha en la oscuridad a través del campo para invertir la situación.

Los carros, pertenecientes al *1er Chasseurs à Cheval,* el Regimiento de Bernard de Lattre, son un elemento de la guarnición al que rara vez se menciona. Los vehículos fueron transportados en piezas por vía aérea y montados al aire libre antes de que comenzara la batalla. El Alto Mando tenía mucha fe en su eficacia. Ahora habían de justificarla. En su progresión hacia Gabrielle, la columna de refresco fue intensamente hostigada y en un punto ya fuera del perímetro, de no haber sido por la impermeabilidad de los carros de combate habría quedado clavada al terreno y destruída. Aun así, tres compañías del 5 BPVN se vieron totalmente detenidas por el shock de la sorpresa que les proporcionó el Vietminh. Pero los legionarios y los carros presionaron fuertemente y, con las primeras luces del alba, pusieron pie en la colina de Gabrielle. Llegaban muy a tiempo. Los dos jefes superiores de los argelinos habían sido gravemente heridos y habían resultado capturados. Los morteros de la Legión habían quedado inutilizados. Media colina había sido ya ocupada y la resistencia de la otra mitad ya no se hallaba coordinada. Aprovechando la oportunidad y confundidos por un mensaje de radio que les llegó del CR, los supervivientes de la guarnición corrieron pendiente abajo y tomaron posiciones en torno de los carros para retirarse en combate hacia el interior del perímetro.

El resultado de estos dos terribles días de lucha significaba un terrible retroceso para los franceses. Habían infligido pérdidas sangrientas a sus atacantes, matando quizás a 2.500 o a 3.000 infantes del Vietminh pero ellos mismos habían perdido un batallón y la mayor parte de otro, los cuales figuraban entre sus mejores, varias piezas de artillería de campaña y un carro y habían disparado sobre un depósito propio de granadas de 105 mm. Quizás aun peor que la pérdida de la vida era la de dos fortines que significaba un peligro de muerte para toda la guarnición. Con Gabrielle y Béatrice en manos enemigas, el Vietminh podía hacer avanzar sus trincheras hasta el borde de la pista de aterrizaje y someter el interior de la fortaleza al fuego directo de las armas ligeras y de los morteros. Lo peor de todo era el efecto que tales retrocesos habían tenido en la moral francesa. El jefe del Estado Mayor del comandante del campo, que anteriormente se había retirado a su refugio subterráneo, sucumbió ante una crisis nerviosa y tuvo que ser relevado. Varios oficiales de carrera y de complemento del 5 BPVN tuvieron que ser destituídos en razón de su cobardía durante el contraataque en



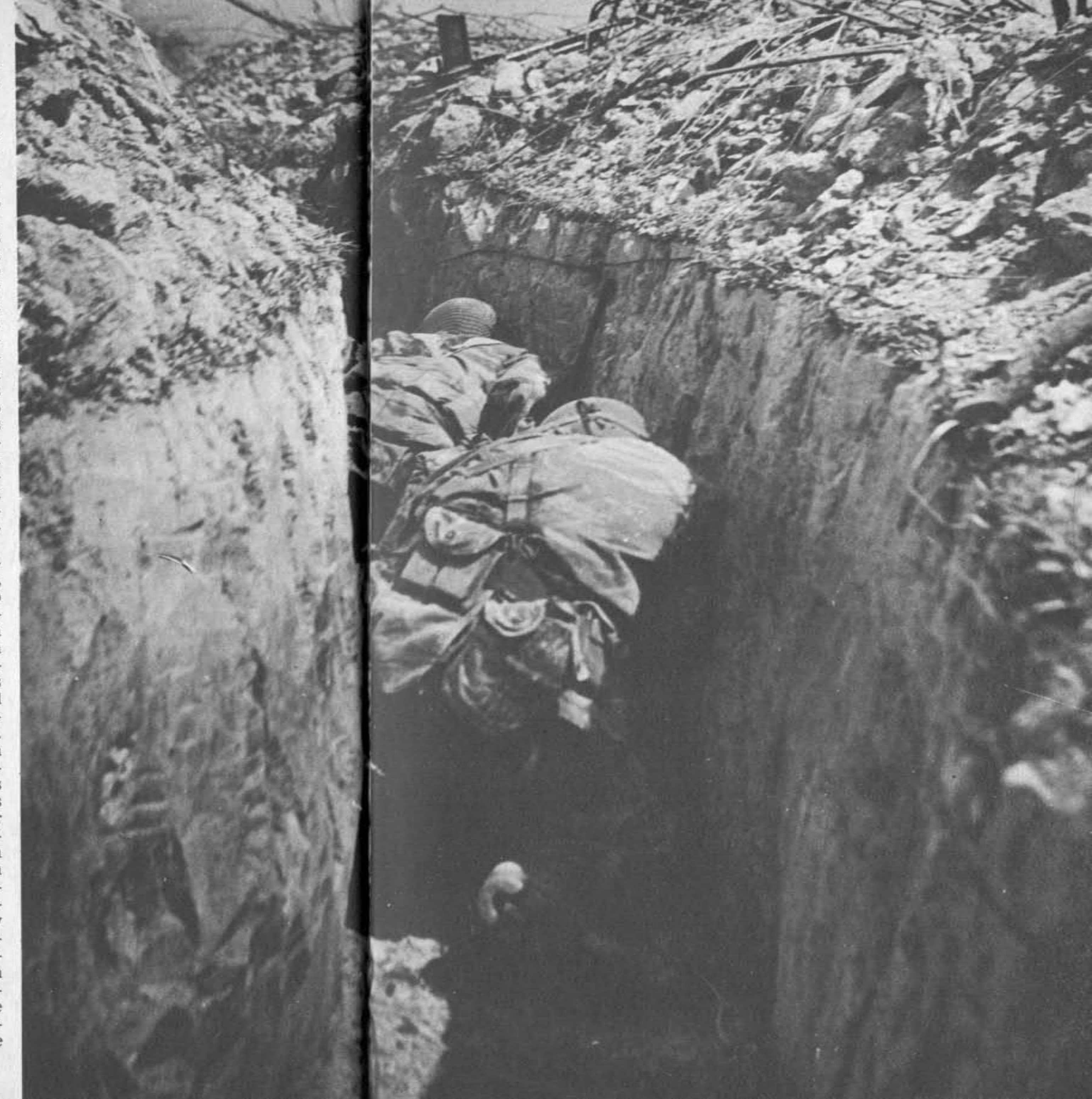
Los servidores de una ametralladora en posición durante el intento de reabrir la ruta a Isabelle.

Gabrielle y enviados a trabajar como peones. El espíritu de todas las unidades combatientes, incluso el de los paracaidistas y el de la Legión, se había visto seriamente mermado. Lo que hasta entonces había sido certidumbre del éxito había sido reemplazado por la comprensión de que se hallaban en una situación demasiado desesperada como para que pudiera salvarles nada que no fuese una masiva intervención desde el exterior. La aparición el 16 de marzo del 6º Colonial de Paracaidistas mandados por el legendario comandante Bigeard contribuyó a resucitar algo el optimismo pero no fue bastante para impedir que una de las compañías Thai destacadas en Anne-Marie, se deslizara al otro lado de las alambradas a espaldas de sus oficiales. Nunca más se la volvió a ver. Al día siguiente se sumaron a los desertores el resto de los Thai del BT 3 mientras que sólo la vigilancia de los marroquíes que compartían la defensa de Eliane con el BT 2, impidió que este batallón, desmoralizado y sin posibilidad alguna de reanimarse como unidad combativa, escapara también. La partida de los Thai, que podía haber sido prevista proque éste era su país pero en manera alguna era también su tipo de combate, privó a los franceses de un quinto de su fuerza combativa nominal y obligó a una reorganización de las defensas. Anne-Marie desapareció como nombre de los mapas de operaciones y la parte que los franceses todavía podían defender fue incorporada al sistema defensivo de Huguette. Por neto que pareciese el mapa nuevamente trazado, traicionaba sin embargo la evidencia de que el extremo septentrional de la pista aérea, donde aterrizaba cada noche un avión para evacuar a los heridos, resultaba más claramente dominado que nunca.

Afortunadamente, la semana del 18 al

Los paracaidistas de Bigeard llegan para refozar a la desalentada guarnición.

Los soldados franceses se desplazan a lo largo del perímetro de trincheras de la posición pincipal.



24 de marzo fue un período de relativas tranquilidades tras las tempestades letales de los primeros días del asedio. Los comunistas mantuvieron un esporádico fuego de artillería pero no realizaron ningún ataque deliberado sobre las posiciones de la guarnición. Los hombres de ésta, respondiendo a la tranquilidad, comenzaron a aventurarse fuera de sus alambradas y el domingo y el lunes, 21 y 22 de marzo, montaron una considerable operación para reabrir el camino hasta Isabelle, que no había padecido todavía un ataque serio. Sufrieron algunas bajas pero barrieron a dos compañías enemigas que les cerraron el paso. Dentro del perímetro los franceses se entregaban en aquellos momentos a una pugna mucho más importante. Era la relativa al mando de la batalla y se decidiría gracias a una rápida, eficaz y absolutamente impropia intervención de los oficiales de los batallones paracaidistas contra la autoridad constituída.

El mando del campo, desde los primeros días de la reocupación del valle, había sido ejercido por un distinguido jefe de *groupe mobile,* el coronel Christian de Castries. Perteneciente al arma de caballería y miembro de una antigua y famosa familia militar, había propagado entusiásticamente las opiniones optimistas de Navarre acerca del papel agresivo que Dien Bien Phu desempeñaría en la «Batalla de las tierras altas». En consecuencia, poco era lo que había realizado en beneficio de las fortificaciones del campo y cuando los ataques comunistas comenzaron a arrollar a sus puestos avanzados, se mostró al parecer tan mal preparado moralmente como físicamente lo estaban los franceses para desembarazarse de aquella tormentosa situación. Sus titubeos en el lanzamiento de un rápido contraataque contribuyeron a la pérdida de Béatrice y había mostrado una falta similar de decisión cuando llegó el momento de auxiliar a Gabrielle dos días más tarde. En realidad, casi había abdicado del mando. Para ser justos, hay que decir que se sentía desorientado por las bajas sufridas en su Estado Mayor. Keller se



El coronel Christian de Castries en su puesto de mando subterráneo.

hallaba mentalmente incapacitado, Gaucher, el comandante del CR, había muerto. Pero tal vez nunca fue el hombre adecuado para semejante puesto. Cuando Navarre todavía creía que Dien Bien Phu todavía podía ser un «centro de operaciones agresivas», estaba algo justificado que estuviera mandado por un militar de caballería, con un historial de éxitos en un *groupe mobile*. Una vez que la base se había convertido en una fortaleza asediada, se exigían capacidades muy distintas. Y tal vez una perspectiva y un estilo diferentes. Nadie ponía en duda el valor personal de de Castries; su historial y sus heridas eran indiscutible testimonio de ese valor pero, aunque había logrado escapar de un campo alemán de prisioneros y aunque había combatido durante toda la campaña de Liberación no pertenecía temperamentalmente en realidad al «nuevo» Ejército. Como muchos valientes y competentes militares franceses, entre los que cabía incluir quizás al propio de Lattre, suscribía una filosofía del combate en donde el respeto por las convenciones y las virtudes caballerescas eran, en definitiva, más importantes, que la cuestión de la victoria.

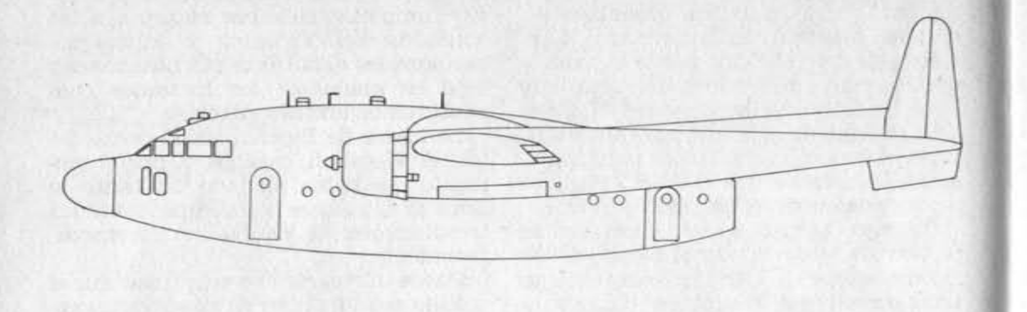
Esta era una actitud que nada significaba para el mayor y más importante grupo de oficiales dentro del recinto, los del *Groupement aéroporté 2*, los paracaidistas. Socialmente, muchos de ellos procedían de estratos muy diferentes al de de Castries. Bigeard, quizás el más famoso comandante de batallón en Indochina, era hijo de un ferroviario. Había ascendido desde la clase de tropa gracias al despliegue de un notable valor y de una capacidad de mando innata. Otros, como de Seguin-Pazzis, el jefe del Estado Mayor del GAP 2, eran miembros de familias de tradición militar pero todos estaban infectados del espíritu «para» –nacido en los años del exilio de Francia y que sólo conocía un objetivo– el de derrotar al enemigo. Una «derrota honrosa» era un término que no formaba parte de su vocabulario y la sensación de que de Castries les encaminaba ahora hacia ese desenlace les impulsó a actuar. El 24 de marzo, Langlais, jefe del GAP 2 y, desde la muerte de Gaucher, jefe también del Centre de Resistance, en unión de otros oficiales de paracaidistas, se presentó ante Castries en su bunker y, cortés pero firmemente, le informó que el GAP 2 dirigiría a partir de entonces las operaciones.

Castries aceptó su suplantación al parecer sin formular objecciones. Resulta curioso que él y Langlais mantuvieran unas excelentes relaciones durante y después del asedio. Lo mismo sucedería también entre él y Bigerard, que se convirtió en el intermediario a través del cual las decisiones del GAP 2 eran comunicadas a Castries cada mañana para su transmisión en nombre de de Castries, al exterior, hasta llegar a Hanoi. El *coup* de los paracaidistas reavivó empero, y al menos temporalmente, el espíritu agresivo de de Castries porque en la tarde del 27 de marzo llamó a Bigeard y le dio órdenes para la preparación de un contraataque que habría de llevarse al efecto en la mañana siguiente sobre las nuevas posiciones en donde se había instalado la artillería comunista al Oeste de la pista de aterrizaje. Allí, a unos 2.000 metros de Claudine y de Huguette, varias baterías antiaéreas ligeras y medias alzaban barreras contra los aviones que se aproximaban para abastecer a la base; tan intensas eran tales barreras que la altura del lanzamiento hubo de ser alzada desde los 750 a los 2.000 metros. Como la guarnición dependía ahora completamente de su reabastecimiento por paracaídas y del adecuado lanzamiento de éstos, resultaba claramente vital apartar a los cañones comunistas de la línea de vuelo de los Dakota y de los C-119. En consecuencia, Bigeard pasó toda la noche elaborando un plan; pasaría de la misma manera muchas noches de las semanas siguientes después de que Langlais le nombrara su segundo para la realización de los contraataques. A la mañana siguiente Bigeard se lanzó hacia adelante con el 6º y el 8º de Paracaidistas, cubiertos por el fuego de doce piezas del 105, doce morteros pesados y dos piezas de 155 mm. y apoyados por las secciones de carros de combate, tanto desde el CR como desde Isabelle. El ataque fue un éxito completo que cogió completamente por sorpresa a los soldados del Vietminh y a sus superiores, les expulsó de sus posiciones y dejó en manos de los franceses gran cantidad de armas antiaéreas.

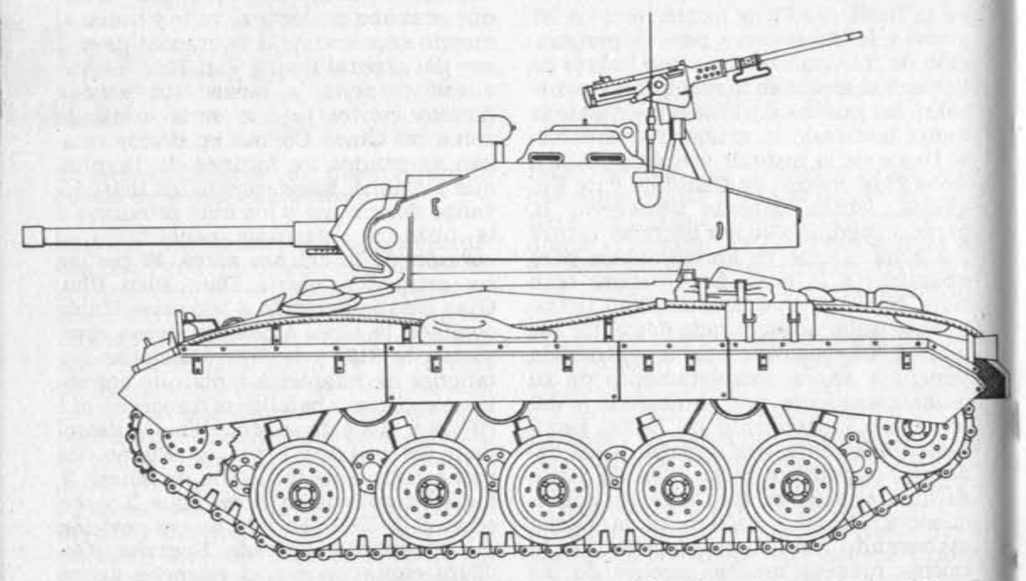
La fuerza de Bigeard sufrió pocas bajas; el Vietminh, muchas y, por el momento, se había aliviado un tanto la dura prueba que tenían que sufrir las tripulaciones de los aviones de reabastecimiento.

Puede afirmarse con seguridad que el mando del Vietminh se mostró sorprendido por aquella demostración de agresividad por parte de los franceses ya que proyectaba por entonces una operación de gran importancia, basada en el supuesto de que los franceses se hallaban tan próximos al colapso físico como al colapso moral y que su resistencia podría quebrarse con un solo golpe. Tras el aniquilamiento de los puestos exteriores de Béatrice y Gabrielle, Giap, que acababa de llegar al valle y tomar el mando supremo de la operación de manos del general Hoang Van Thai, estaba ahora resuelto a lanzar un ataque directo contra lo que sería conocido como las Cinco Colinas en donde estaban asentados los fortines de Dominique y Eliane. Estos, siendo los más elevados del campo y los más próximos a la pista de aterrizaje constituían el corazón de la defensa aérea. Si podían ser ocupados, caería Dien Bien Phu. Giap estaba decidido a tomarlos Había confiado la tarea a dos divisiones completas, la 312ª y la 316ª. Dieciocho batallones de infantería tenía que enfrentarse con cinco batallones franceses: el 5 BPVN y el 1/4 de marroquíes que defendían los puestos 1 y 4 de Eliane, los paracaidistas de la Legión en Eliane 2, los 3/3 argelinos en Dominique 2 y con ellos, el 2º Thai. En una nueva posición de retaguardia llamada Epervier (Gavilán) contaban con el estrecho apoyo de dos de las ametralladoras cuatro cincuenta y de una batería de 105 mm. Quedaban en reserva los carros de combate y los últimos paracaidistas.

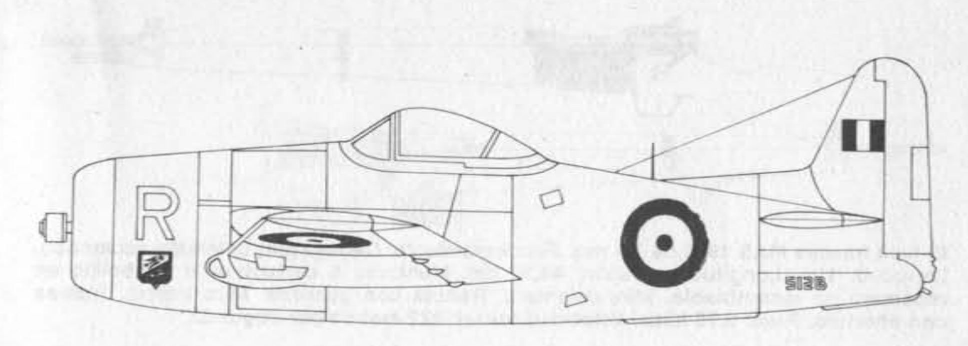
Serían necesitados casi inmediatamente. Porque el ataque comunista fue terrible. Sus oleadas de asalto se habían constituído en las pendientes opuestas



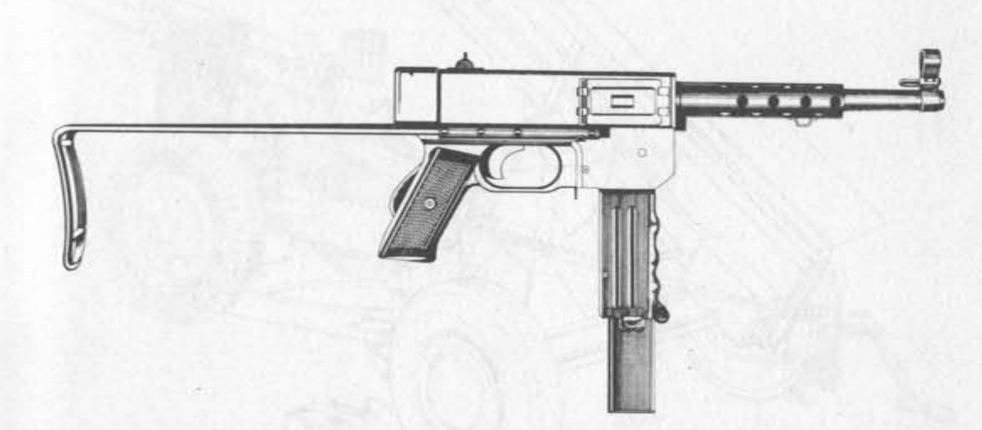
El transporte norteamericano Fairchild C-119G Flying Boxcar. Motores: **Dos Pratt and Whitney R-3350-85 radiales, de 2.220 hp cada uno.** Capacidad: **tripulación de 4 y 62 soldados.** Velocidad: **450 km/h. a 5.400 metros de altura.** Techo: **6.700 m.** Autonomía: **2.900 km.** Peso vacío/cargado: **18.000/38.500 kgs.** Envergadura: **33,30 m.** Longitud: **26,20 m.** Altura: **7,90 m.**



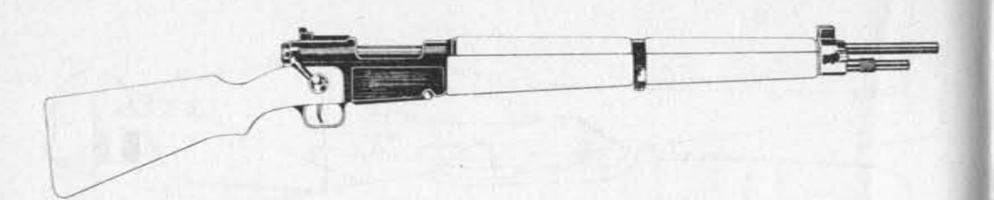
El carro de combate ligero norteamericano Chaffee M24. Peso: **18 toneladas.** Tripución: **5.** Armamento: **Un cañón M6 de 75 mm. con 48 disparos, una ametralladora Browning M2 de 5 pulgadas con 420 disparos y 2 ametralladoras Browning M1919A4 de 3 pulgadas con 4.125 disparos.** Blindaje: **Plancha frontal y en la parte superior de los laterales 25,4 mm. laterales inferiores y parte posterior 19 mm. cubierta, 12,7 mm. y bajos 10 mm.; mantelete de la torreta 38 mm. laterales 25,4 mm. y techo 12,7 mm.** Motores: **Dos Cadillac modelo 44T24 de gasolina, con un total de 220 hp.** Velocidad: **48 km/h.** Autonomía: **160 km.** Longitud: **5,5 m.** Altura: **2,5 m.** Anchura: **2,95 m.**



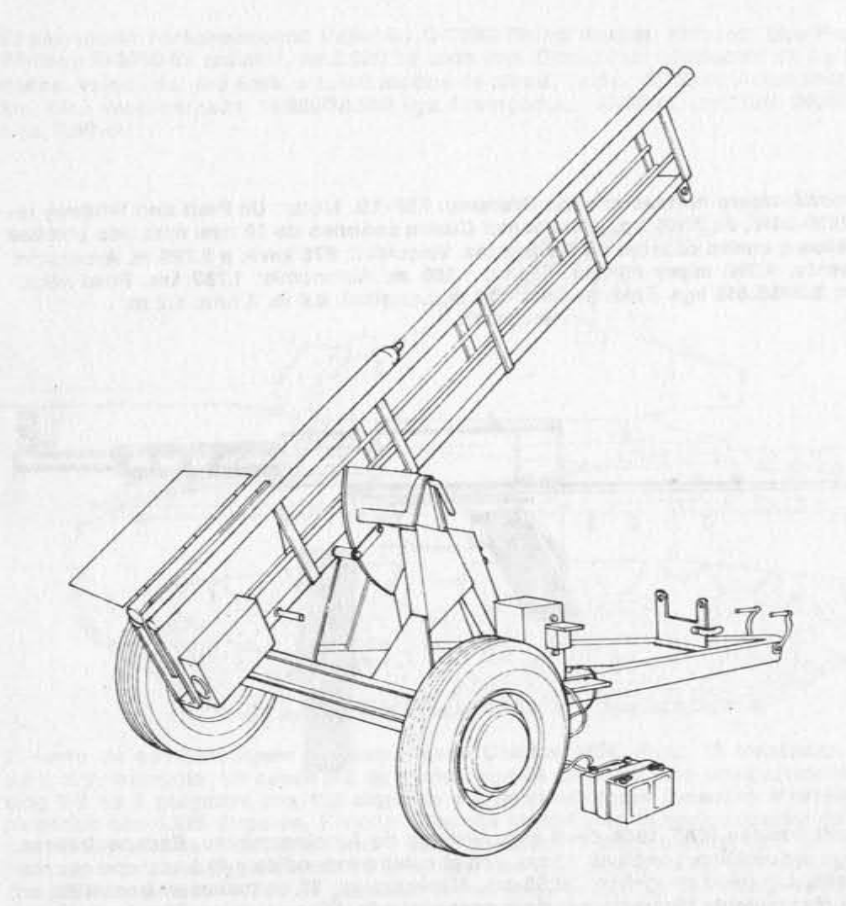
El cazabombardero norteamericano Grumman F8F-1B. Motor: **Un Pratt and Whitney radial R-2800-34W, de 2.100 hp.** Armamento: **Cuatro cañones de 20 mm. más dos bombas de 900 kilos o cuatro cohetes de 5 pulgadas.** Velocidad: **675 km/h. a 5.790 m.** Ascensión: **Inicialmente, 1.390 m/por minuto.** Techo: **1.800 m.** Autonomía: **1.780 km.** Peso vacío-cargado: **3.200/5.865 kgs.** Envergadura: **10,9 m.** Longitud: **8,6 m.** Altura: **4,2 m.**



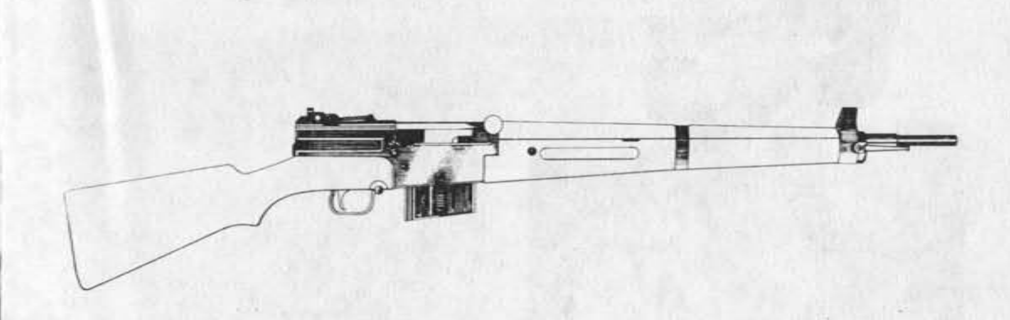
El subfusil francés MAT 1949 de 9 mm. Sistema de funcionamiento. **Escape trasero, sólo fuego automático.** Longitud: **71 cm. con el culatín extendido y 46,5 cm. con el culatín plegado.** Longitud del cañón: **22,98 cm.** Alimentación: **32 cartuchos al tresbolillo en depósito recambiable** Mira anterior: **Hoja encapuchada.** Mira posterior: **Tipo L con aperturas de 100 y 200 m.** Peso: **4,26 k.** Rendimiento de fuego: **600 disparos por minuto.** Velocidad inicial: **377 metros por segundo.**



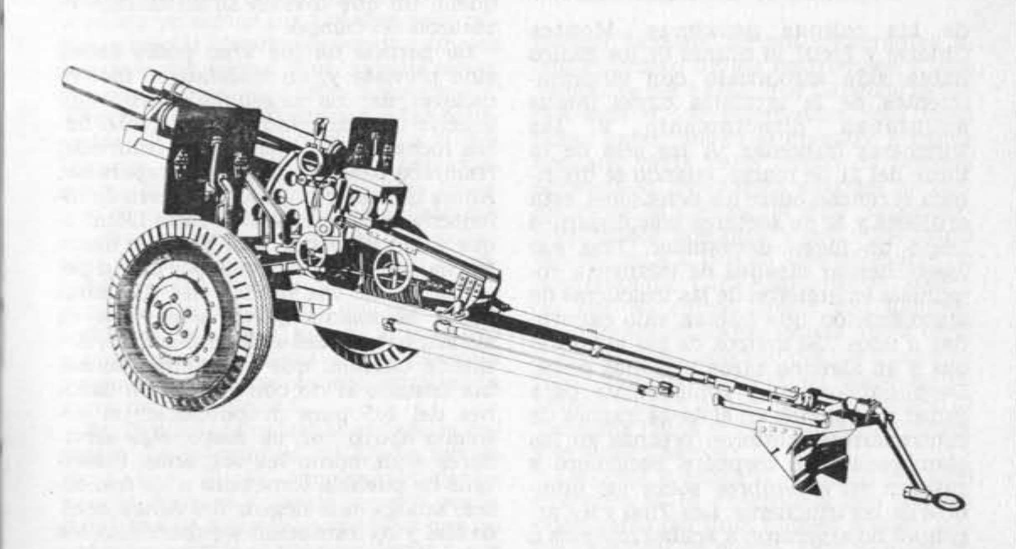
El fusil francés MAS 1936 de 7,5 mm. Funcionamiento: **Cerrojo manualmente accionado.** Longitud: **1 m.** Longitud de cañón: **44,25 cm.** Munición: **5 cartuchos al tresbolillo en recámara no recambiable.** Mira delantera: **Ranura con guardas.** Mira trasera: **Rampa con abertura.** Peso: **3,75 kilos.** Velocidad inicial: **822 metros por segundo.**



Un lanzacohetes móvil desarrollado a partir de un chasis para prácticas antiaéreas. Los modelos posteriores fueron dotados de varias rampas.



El fusil semiautomático francés de 7,5 mm. MAS 1949. Funcionamiento: **Gas, sólo fuego semiautomático.** Longitud: **1,1 m.** Longitud del cañón: **0,58 m.** Munición: **10 cartuchos al tresbolillo, depósito recambiable.** Mira delantera: **Hoja con protectores laterales.** Mira trasera: **Rampa con abertura.** Peso: **4,71 kilos.** Velocidad inicial: **824 metros por segundo.**



El obús norteamericano de 105 mm. M2A1. Peso en posición de transporte: **2,2 toneladas.** Peso del proyectil: **16,3 kilos.** Alcance: **10.236 m.** Cadencia de fuego: **4 disparos por minuto.** Elevación: **−5 a +65 grados.** Giro: **Total 45,5 grados.** Longitud: **6 m.** Altura: **1,8 m.** Anchura: **2.13 m.**



El coronel Langlais.





Paracaidistas franceses y un carro de combate durante un contraataque.

de las colinas próximas –Montes Chauve y Fictif, el último de los cuales había sido atiborrado con emplazamientos de la artillería cuyas piezas apuntaban directamente a las trincheras francesas. A las seis de la tarde del 31 de marzo, cuando se distribuía el rancho entre los defensores, esta artillería y la de sectores más distantes inició un fuego devastador. Tras ese fuego, densas oleadas de infantería comunista emergieron de las trincheras de aproximación que habían sido excavadas a unos 150 metros de las alambradas y en algunos casos aun más cerca. Desplazándose muy rápidamente para evitar ser cogidos en el fuego francés de contrabarrera, abrieron brechas en las alambradas con torpedos Bangalore y cayeron en enjambres sobre los hombres de las trincheras. Los Thai y los argelinos no esperaron a acabar muertos o a librar la lucha que podría haberles salvado. Ante el horror de quienes les observaban desde Eliane y Gavilán, se precipitaron ladera abajo de Dominique y, a la carrera, buscaron refugio en las cavernosas orillas del Nam Yum, el pequeño río que dividía sinuosamente el corazón del campo.

La partida de los Thai podía haber sido prevista y, en realidad, lo fue. El colapso de los argelinos, cuyo regimiento hermano tan heroicamente había luchado en la defensa de Gabrielle, resultaba inesperado y casi irreparable. Ahora no había en absoluto fuerza de infantería en la que confiar entre Dominique y las orillas del Nam Yum. La única fuerza que podía impedir por allí la penetración de las hordas del Vietminh hasta la misma pista aérea, era la aislada batería del 40 Regimiento de Artillería Colonial que anteriormente había cruzado el río con sus cuatro cañones del 105 para proporcionar un estrecho apoyo con su fuego. Sus servidores eran, como los argelinos, miembros de pueblos sometidos a los franceses, senegaleses negros del Africa occidental y su formación y experiencia les capacitaban para desempeñar tan sólo un papel auxiliar. Ni siquiera el oficial artillero más agresivo y exigente podría esperar nunca de sus hombres que resistieran cuando había huído la infantería encargada de proteger a la artillería. Y, en definitiva, la misión de los artilleros consiste en salvar sus cañones para poder combatir otro día en vez de morir en torno de sus piezas. Pero aquella tarde, los senegaleses olvidaron la prudencia. Apuntando en la oscuridad a las esbozadas siluetas de Dominique 1 y 2, dispararon en tiro directo e incesantemente granadas muy explosivas hasta que las columnas de asalto del Vietminh se desintegraron y huyeron como habían huído los argelinos. Fueron perseguidas por los fuegos de las ametralladoras cuatro-cincuenta del Gavilán y sufrieron bajas aun peores al penetrar en un campo de minas cuya existencia desconocían y que estaba emplazada cerca de Dominique 6.

En Dominique se había evitado el desastre. La guarnición de Eliane aguardaba una batalla igualmente desesperada. Empezó de mala manera por la debilidad de algunos marroquíes que no supieron resistir al parecer frente a sus alambradas las primeras oleadas del Vietminh. El 5 BPVN, empero, se mantuvo bien, hasta el punto de refutar la opinión que los paracaidistas europeos habían formado de sus integrantes y, con el grueso de los marroquíes y una compañía del 1 BEP que Langlais había prestado a los marroquíes sólo unas horas antes, obligó al enemigo a ganar con sus vidas cada metro de terreno conseguido. Pero poco después de medianoche, la Compañía BEP había perdido tantos hombres y con ellos tanto terreno de E 2, que se hizo necesario un contraataque. Otra compañía del BEP y un par de carros, junto con algunos marroquíes, atacaron ladera abajo de E 2, en el lugar conocido por los franceses como Champs Elysées en razón de su amplia y llana superficie y empujaron al Vietminh hasta el valle entre este sector y el Mont Chauve.

Langlais y Bigeard –y cualquier otro miembro de la guarnición que supiera cuán cerca del final habían estado– podían respirar de nuevo. Pero sólo por un momento. Ahora los comunistas ocupaban demasiado terreno de Eliane y de Dominique para que pudiera ser ya factible la defensa del campo a largo plazo.



El avance de los paracaidistas durante el contraataque sobre Eliane.

Era preciso recobrar ese terreno antes de que el enemigo tuviera tiempo de instalar armas pesadas de fuego directo en las cumbres. Huguette, sometido también a un ataque, tendría que aguardar su turno para compartir las defensas del contraataque hasta que se hubieran recobrado D 2 y E 1. Tales reservas habían quedado reducidas al 8º y al 6º de paracaidistas, una fuerza tan pequeña en proporción al volumen de la tarea que Langlais y Bigeard decidieron que el 3/3 y la sección de carros del distante Isabelle se reunieran con el grupo. Vana esperanza; la barrera comunista alzada en el camino entre el campo principal y su puesto avanzado meridional era ahora tan fuerte que el 3/3 no sólo no logró franquearla sino que sufrió tantas bajas en el intento como hubiera podido esperarse que hubiese padecido en el propio contraataque. Regresó a Isabelle donde pasaría el resto del asedio en total aislamiento. El 6º y el 8º de Paracaidistas tuvieron por eso que lanzarse casi solos al ataque al mediodía del 31 de marzo.

Casi pero no completamente; el 5 BPVN acompañó al 6º (muchos de cuyos paracaidistas eran también vietnamitas) hasta Eliane 1 de donde expulsaron al enemigo con una inesperada facilidad. El 8º, contraatacado en cuanto limpió la cima de Dominique 2, sufrió pérdidas mucho más graves. Tras una hora en la cima, no pudo resistir más y Bigeard lo retiró. Su partida dejó al 5 BPVN y al 6 BPC tan expuestos en E 1 que ordenó que fueran también retirados. Las vidas perdidas en estos dos audaces contraataques fueron considerablemente sacrificadas en vano.

De la futilidad de los combates de aquel día no era responsable ninguno de los que estaban en el valle sino el Estado Mayor de Hanoi que no logró advertir primeramente cuán inmediata era la necesidad de refuerzos que experimentaba Dien Bien Phu y que después recurrió a subterfugios en lo que atañía al método de lanzarlos desde el aire. Las normas del paracaidismo exigían que se utlizaran para la recepción de paracaidistas zonas adecuadamente señaladas y de una determinada superficie mínima, que los hombres fueran lanzados desde una altura prescrita y en grupos de un señalado volumen. La reducción de las dimensiones del campo y el hostigamiento de la artillería antiaérea del Vietminh significaba ahora que si se observaban tales normas, las pérdidas de aviones crecerían rápidamente hasta alcanzar un nivel insoportable. Los cazas de la fuerza aérea francesa y del portaviones francés *Arromanches* sumaban ya un número muy reducido. Si a los Dakota, más lentos, se les obligaba a volar sobre el valle, conforme a las normas prescritas, sufrirían pérdidas aun peores.

Hanoi, sin embargo, insistía en que se aplicaran tales normas. El resultado era que los refuerzos lanzados cada noche no podían cubrir las pérdidas sufridas cada día; y su consecuencia más crucial era que Bigeard carecía sencillamente de las reservas necesarias para consolidar las ventajas obtenidas en sus contraataques. El 1 de abril, durante la oscuridad de las primeras horas de la mañana y frente a un violento ataque del Vietminh pudo defender lo que todavía le quedaba de Eliane 2, aunque fuese al precio de la pérdida de un carro. Pero tanto él como Langlais eran ahora conscientes de que a menos de que obtuvieran instantáneamente refuerzos –y un gran reabastecimiento de municiones– el campo caería ante el próximo ataque comunista. Los batallones se habían quedado sin granadas de mortero, la artillería había disparado durante las últimas veinticuatro horas el increíble total de 13.000 granadas (casi un millar por cañón) y los batallones de élite se habían quedado reducidos a unidades de 400 hombres cada una.

En Hanoi estaba dispuesto un excelente batallón de paracaidistas, el 2º del *1er Régiment de Chasseurs parachutistes* (II/1 RCP). Pero cuando los aviones que lo transportaban aparecieron sobre el valle tras el amanecer del 1 de abril, el oficial de la fuerza aérea que mandaba la operación se atuvo estrechamente a las normas prescritas para el lanzamiento que sólo pudo descender una compañía antes de que se diera por concluída la misión. Lo mismo sucedería en cuatro días sucesivos, de tal forma que hasta el 6 de abril no tuvo reunidos a todos sus hombres el II/1 RCP –y entonces gracias a que Langlais había obligado, ceñudo, al jefe de la fuerza aérea, a que permitiera un lanzamiento disperso por toda el área del campo.

Muchos de los paracaidistas (incluyendo el creciente número de voluntarios que venían a ocupar puestos de especialistas y que realizaban su primer salto en paracaídas) aterrizaron en medio de la lucha porque del 1 al 6 de abril el Vietminh presionó en su ofensiva sin descanso. Su fuego de contrabatería contra la artillería del campo fue inmensamente eficaz porque no sólo destruyó siete de los quince 105 que quedaban en el Centre de Resistance sino que acabó con sus servidores a un ritmo más rápido que el de los reemplazamientos; en los lanzamientos nocturnos, los artilleros tenían ahora prioridad incluso sobre la infantería. Y prosiguieron, quizás menos intensamente, los asaltos de la infantería del Vietminh contra las Cinco Colinas, donde los comunistas habían sufrido pérdidas aun más terribles que las de los franceses, e incrementaron su presión contra Huguette, al otro lado del campo. Este fortín se hallaba fundamentalmente defendido por el *I/2e Régiment étranger* que todavía se mantenía fuerte pero tenía que defender un perímetro inmensamente largo.

Las dos zonas más expuestas de este fortín eran la H 6 y la H 7; la primera correspondía al extremo de la pista aérea, a la sombra de Anne-Marie que, desde la deserción de los Thai se hallaba en manos de los comunistas. El sector H 7, más distante, fue intensamente atacado el 2 de abril y, aunque pudo ser conservado, quedó tan devastado que Langlais decidió abandonarlo. En la noche anterior había retirado también las fuerzas que defendían Françoise y estas dos cesiones de territorio situaron a los comunistas apreciablemente más cerca del corazón de la fortaleza. El 3 de abril atacaron H 6 y fueron rechazados sólo gracias al empleo de los últimos tres carros de combate de guarnición. El 4 de abril fue más



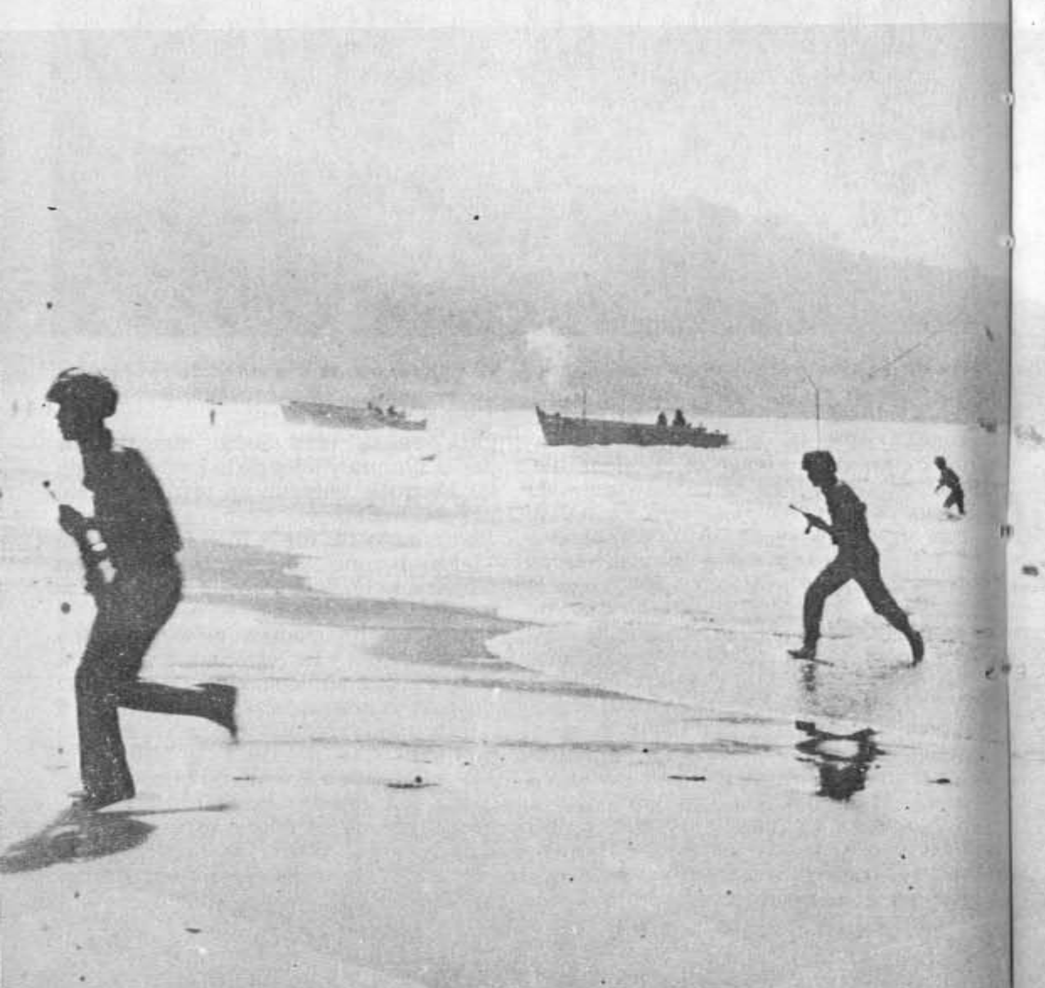
Llegan refuerzos a la mitad de la ofensiva del Vietminh. Abril de 1954.

tranquilo pero a la noche, los comunistas volvieron al ataque con ímpetu redoblado. Afortunadamente, el grueso del II/1 RCP se hallaba ahora concentrado, lo que aumentó considerablemente el potencial de contraataque de Bigeard. Los hombres de esta unidad, con algunos del I/13 DBLE y apoyados por los carros de combate (mandados ahora por un sargento que tenía el apellido espléndidamente evocador de Ney), entablaron un duro combate contra la infantería del Vietminh durante las horas que precedieron al amanecer del día 5 de abril. Cuando salió el sol fueron reforzados por los restos del 6º y del 8º de Paracaidistas y en pleno día su tenacidad se vio premiada con un intenso ataque aéreo. Los comunistas, que habían reunido a 3.000 hombres para realizar otro asalto, diseminados por la llanura y lejos de la protección de los bosques, pagaron un terrible precio por su intrepidez. Después de que el Regimiento 165 (de la 312ª División) del Vietminh concluyó su retirada llegaron a contarse en este sector y frente a Huguette 6 hasta 800 cadáveres.

Bombarderos B-26 en acción de apoyo durante el contraataque.

Aunque no podían advertirlo, los paracaidistas y los legionarios, gracias a su valor y a su capacidad de sacrificio durante la semana del 30 de marzo al 5 de abril habían ganado una especie de victoria. Las pérdidas infligidas al Vietminh, que se elevaban quizás a dos o tres mil muertos, obligaron a Giap a hacer una pausa. Durante unos pocos días la calma volvió al valle. Cuando se reanudara la batalla adoptaría una forma diferente.

Fin del imperio

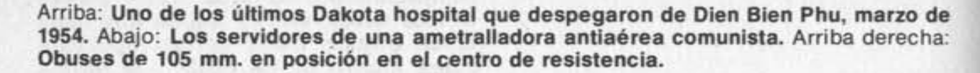


Aunque la atención de los franceses primero, y del mundo después, se había concentrado en Dien Bien Phu, esta batalla no había determinado la interrupción de las operaciones en curso en el resto de Indochina. Los franceses acababan precisamente de concluir una gran operación de limpieza y rastreo en el cinturón central, denominada en clave «Atlante» que había exigido recurrir intensamente a las reservas disponibles de tropas móviles. Y ahora se veían forzados a comprometer sus reservas en todas partes en respuesta a las iniciativas del Vietminh. Giap demostraba ahora que no sólo era un táctico sino un estratega. En diciembre, había infiltrado tropas regulares de sus formaciones, en el Sur del delta, cerca de Vinh, al otro lado de la «Cadena Anamita» de altas colinas calizas que separan Vietnam de Laos, había ocupado Thakhet, en el río Mekong y amenazado Savannakhet, un movimiento que cortaba la comunicación entre el Norte y el Sur de Laos y que fue contrarrestado con la instalación de un terminal aéreo en Seno. A finales de enero, en réplica a la Operación Atlante, Giap inició otra ofensiva de diversión en la meseta meridional de Anam, amenazando Kontum, Pleiku y An Khe, nombres que el Ejército norteamericano habría de aprender muy bien tan sólo una docena de años más tarde. Y en febrero, recurriendo a las reservas reunidas en torno de Dien Bien Phu y preparadas para la batalla, realizó un relampagueante ataque en dirección a la capital real laosiana de Luang Prabang. Para frenarlo, los franceses se vieron obligados a retirar más soldados y más aviones de su principal fuerza operacional. Al comienzo de marzo, cuando la batalla de Dien Bien Phu estaba a punto de iniciarse, los franceses se vieron así comprometidos en otros cuatro teatros bélicos subsidiarios y tenían que mantener quince bases aéreas operacionales, cuatro de las cuales –la misma Dien Bien Phu, Pleiku, Seno y Xieng Khouang, cerca de Luang Prabang– eran verdaderos terminales aéreos, totalmente dependientes para su aprovisionamiento del transporte por aire.

Estas operaciones de diversión acometidas por Giap supusieron, además de la dispersión de las fuerzas móviles de los franceses, un extraordinario desgaste de la fuerza aérea de éstos. Incluso en los momentos álgidos de la batalla de Dien Bien Phu había sólo un centenar de Dakotas disponibles en toda Indochina y treinta grandes C-119, tripulados por voluntarios norteamericanos. No todos estos aviones podían ser utilizados en el reabastecimiento de la asediada guarnición. La media de aviones empleados oscilaba entre 65 y 80. Y a medida que se veían obligados por el fuego antiaéreo comunista a prescindir de algunos lanzamientos o a efectuarlos desde alturas cada vez superiores y a medida también que el área del campo se reducía, las cantidades de víveres y bagajes que recibía la guarnición eran a

Operaciones francesas de desembarco en Indochina al comienzo de «Atlante».





Arriba: **Uno de los últimos Dakota hospital que despegaron de Dien Bien Phu, marzo de 1954.** Abajo: **Los servidores de una ametralladora antiaérea comunista.** Arriba derecha: **Obuses de 105 mm. en posición en el centro de resistencia.**





menudo inferiores al mínimo teórico de 300 toneladas que se precisaban para su supervivencia. La media diaria de lanzamientos llegó a totalizar desde luego unas 175 toneladas. Una apreciable proporción, quizás el veinte por ciento, caía fuera del perímetro y era recogida por el Vietminh para su propio uso; el día 6 de abril, dieciocho toneladas de municiones de 105 mm. fueron lanzadas sobre las posiciones comunistas por un error de vuelo de los C-119, proporcionando al enemigo granadas para sus propias piezas, idénticas a las que estaban utilizando los franceses.

Giap, por eso, estaba venciendo en los niveles en donde la planificación francesa siempre le había considerado más débil que los propios franceses, en el nivel logístico y en el estratégico. En el nivel táctico, además, parecía -sobre el papel, al menos- dispuesto para la victoria. Contaba con unos 35.000 soldados de infantería, 12.000 artilleros y zapadores y quizás unos 50.000 culíes en o cerca del valle y tantos víveres y municiones como necesitaba. Su artillería desplegaba un centenar de obuses de 105 mm.; en un día cualquiera el número de las piezas de este calibre que tenían en servicio los franceses oscilaba entre diez y dieciocho y las sustituciones tanto de los cañones como de sus servidores figuraban siempre a la cabeza de la lista de prioridades en el abastecimiento (afortunadamente, el cañón del 105 podía ser desmontado y lanzado en partes separadas). Y los observadores de la artillería del Vietminh, desde las ya ocupadas alturas de Béatrice, Gabrielle y los sectores exteriores de Eliane, disfrutaban de una visión ininterrumpida del corazón de la fortaleza. Los franceses, por su parte, podían contar en la fortaleza principal con sólo siete batallones de infantería seguros, cinco de paracaidistas y dos de la Legión Extranjera, cada uno reducido a unos 300 hombres y con un incierto número de Thai y marroquíes, todavía de fiar. El total de efectivos de la infantería (excluyendo los de la aislada guarnición de Isabelle), era así de unos 2.600 hombres pero la fuerza aérea tenía que abastecer también a unos mil heridos cuya situación se había convertido en la mayor angustia del asedio, y, de hecho, también a los desertores de la guarni-



Heridos, camino de los refugios de Dien Bien Phu.

ción, porque estas «Ratas del Nam Yum», que pasaban muy bien del millar, abandonaban de noche sus cuevas de la orilla del río para apoderarse de los fardos a medida que eran lanzados en paracaídas. No fueron ellos el último de los factores que complicaron la situación de los abastecimientos. Otro, a veces el más importante, era el tiempo. De marzo a agosto es la temporada del monzón en el Tonkín, durante la cual cae en las tierras altas Thai una media de lluvia de metro y medio. Esta situación no sólo significaba que los defensores, especialmente los de las zonas bajas al Oeste del campo y los de Isabelle, tenían que luchar en condiciones que recordaban horriblemente las de las trincheras de Flandes en sus peores momentos; también suponía que con frecuencia los aviones de abastecimiento y de apoyo no podían distinguir el suelo que, si no totalmente invisible por obra de las nubes del monzón, quedaba a menudo oscurecido por el *crachin*, una especie de niebla blanca y seca característica de la zona alta del Tonkín en cualquier momento del año.

Giap podía calcular con seguridad, por eso, que el equilibrio de la ventaja material continuaría inclinándose en su favor; de igual forma sucedería con el equilibrio del número. Cogny contaba sólo con cinco batallones de paracaidistas a los que todavía podía recurrir. Uno, el 1º laosiano, resultaba inútil; dos, el 1º y el 3º vietnamitas habían sido rotundamente rechazados por Langlais; así quedaban solamente el *2e Bataillon étranger de parachutistes* y el *1er Bataillon de parachutistes coloniaux.* Aunque ambos hubieran sido inmediatamente lanzados no compensarían las pérdidas de efectivos porque no podrían devolver su fuerza a las depauperadas unidades que había sobre el terreno. Para que así fuera, éstas necesitaban reemplazamientos individuales, y no sólo para la infantería o para la artillería. También se necesitaban radiotelegrafistas, carristas, chóferes (era considerable el problema de la recogida y distribución de los fardos lanzados en paracaídas *dentro* del perímetro, mecánicos, cocineros y toda clase de personal





La fuerza laboral de los prisioneros del Vietminh pasaba de los 2.000 hombres.



Un soldado francés ayuda a un camarada vietnamita herido durante la batalla de las Cinco Colinas.

sanitario. No existió, al menos, escasez de voluntarios para ocupar estas vacantes. Más de 2.500 soldados (de los que 450 eran árabes o africanos y 100 vietnamitas) se presentaron voluntarios durante el asedio para ser lanzados sobre la fortaleza aunque carecían de preparación como paracaidistas y casi 700 de éstos fueron lanzados, la mayoría sin haber podido contar con una práctica preliminar del salto. Estos se sumaron a los 3.600 paracaidistas calificados que fueron lanzados, bien formando unidades enteras o para reponer huecos en las unidades que combatían en el terreno.

Estas cifras de voluntarios constituyen un notable tributo al estado de la moral de la Fuerza Expedicionaria; y debe recordarse también que más de la mitad de los soldados de los batallones lanzados como unidades completas eran vietnamitas, que prosiguieron luchando tan eficazmente como sus camaradas franceses hasta el mismo final. Cabe preguntarse si habrían resistido la posibilidad de desertar previamente, de haber conocido las condiciones reinantes dentro del perímetro, en particular en el «hospital». Concebido para albergar a cuarenta y cuatro camas, en el período del 1 al 15 de abril admitió a 751 heridos que se sumaron a los diversos centenares que habían ingresado anteriormente. Muchos de los heridos eran dados de alta tras el tratamiento pero el resto, menos aquellos que morían, tenían que ser acomodados en alguna parte. El 31º de Ingenieros trabajaba constantemente extendiendo los refugios en los que yacían los heridos y a éstos se destinaron también otros refugios subterráneos, en un principio reservados a unidades de la guarnición pero que Langlais había juzgado que no valía la pena conservar (como los refugios del grupo de información). Pero el número de heridos siempre reclamaba más espacio y el espacio que podía concederse incluso a los heridos más graves era una reducida litera metálica sobre una base de adobe, bajo la mínima protección de unas tablas y de tierra, que caía sobre el herido cuando estallaba una granada demasiado cerca. A menudo, el techo se hundía; muchos heridos resultaron heridos de nuevo, o muertos, mientras recibían tratamiento en el hospital. Muchos heridos se negaban a ir al hospital, prefiriendo curarse ellos mismos, si era posible, y permanecer con su batallón. Y los que recibían heridas leves eran tan desesperadamente necesitados en sus puestos que no se les permitía darse de baja. Bastantes de los soldados «útiles» habían sido heridos levemente en varias ocasiones.

Esta guarnición de inválidos y moribundos (que también tenía que destinar hombres para vigilar a más de 2.000 prisioneros del Vietminh que realizaban trabajos en el campo) podía parecer un adversario fácil para Giap. Es casi seguro que no habría resistido un ataque general y firme de la escala de los acometidos contra Béatrice, Gabrielle o las Cinco Colinas. No obstante, ahora, en la segunda semana de abril, estaba ya a punto de rechazar la opción de presionar para lograr una decisión. Durante el siguiente mes sus tácticas serían gradua-



En un contraataque, los franceses avanzan sobre una posición defendida por los comunistas.

les, progresivas y de desgaste, las tácticas del asedio tradicional más que las del *coup* de main. Es sorprendente que decidiera volver a esta forma de prolongar las operaciones cuando la victoria parecía tan aparentemente cercana ¿Cuál fue la explicación?

Resulta verdaderamente claro que ni él, ni en menor grado sus propios hombres, podían aceptar la proporción de bajas que los franceses les habían infligido durante el primer mes de la batalla. El Ejército Popular sufrió hasta entonces unos 10.000 muertos y heridos, casi la mitad del total eventual de bajas de la batalla. De esos diez mil, los muertos sumaron entre tres o cuatro mil. Este precio no sólo constituía un retroceso físico; se reflejaba también en la moral del Vietminh. Y tanto a través del miedo de ser herido como a través del miedo a resultar muerto. Porque, aunque la situación de los heridos franceses parecía desesperada, tenían al menos la certidumbre de ser tratados con medicamentos modernos y por cirujanos de destacada categoría. Grauwin, el primero de los médicos, emerge de todos los relatos de Dien Bien Phu como un hombre de heroica estatura, lleno de compasión por los heridos, fuente de inspiración para sus compañeros de profesión (de los que había dieciocho) y maestro en la improvisación o medios prácticos para lograr que su osario siguiera funcionando como un hospital. Los hombres del Vietminh estaban mucho menos atendidos. Contaban sólo con un cirujano y otros seis médicos entre 50.000 hombres y siempre se hallaban escasos del tipo de elementos -sangre, plasma, anestésicos y penicilina- que eran diariamente lanzados en paracaídas sobre la fortaleza.

Abril se convirtió por eso para los franceses en el mes del asedio, o, más bien, en el mes de aprendizaje del combate de asedio. Pero, tras varios días de tranquilidad, realizaron un retorno muy eficaz a las tácticas del contraataque. El 9 de abril fue lanzada al campo la 1ª Compañía del 2º Batallón de Paracaidistas de la Legión Extranjera, dando a Bigeard suficiente fuerza adicional para acometer al día siguiente la reocupación de Eliane I, que había proyectado desde hacía algún tiempo. La unidad que escogió fue la suya, el 6 BPC, o lo que quedaba del batallón y, con la pérdida de una tercera parte de los hombres que le quedaban, logró llegar a la cima. Pero se vio entonces tan intensamente bombardeado y contraatacado que sólo logró mantenerse *in situ*, comprometiendo en la operación al I/2 RCP, al 1 BEP, al 5 BPVN y, eventualmente, a parte del recientemente llegado 2 BEP. La lista de bajas de la operación totalizó 150 hombres pero los franceses, aunque no lo sabían habían recuperado sólidamente Eliane I. No serían expulsados de allí hasta el final del asedio. Tras este éxito, como si hubiera sido una celebración de la proeza, Castries fue ascendido a general, Langlais a coronel y Bigeard a teniente coronel.

Como hemos visto, la verdadera razón sin embargo de la tolerancia del Vietminh ante la reocupación francesa de Eliane I era su propio cambio de táctica. Las noticias que los puestos avanzados enviarían cada mañana al Centre de Resistance durante las tres semanas siguientes hablarían de «intrusión»: la ex-



Jefes franceses en su puesto de mando subterráneo. De izquierda a derecha: Botella, Bigeard, Tourret, Langlais y Seguin-Pazzis.

tensión y multiplicación de trincheras en torno y hacia sus posiciones. Desde el aire, estas fortificaciones pronto adoptarían una forma muy conocida de los soldados del siglo XVIII; un cinturón de continuos atrincheramientos a alguna distancia del perímetro del campo («las líneas de circunvalación») y, en dirección al campo una serie de trincheras que terminaban ante o eventualmente dentro de las alambradas francesas. Esas trincheras convergían alrededor de los fortines franceses en enclaves subterráneos, bien para proporcionar una protección a los atacantes o para servir como cámaras para la explosión de minas. Muchos de los hombres del Vietminh en el sector de las Cinco Colinas eran trabajadores de las minas de carbón, que ahora comenzaban a excavar túneles bajo Eliane y Dominique con objeto de hacer estallar por los aires a estos dos fortines. En


Descanso de los soldados en la jungla durante un intento por crear una maniobra de diversión que alejara de Dien Bien Phu a las fuerzas del Vietminh.

otros lugares, especialmente en torno de todos los sectores de Huguette, los comunistas combinaron su ofensiva de excavación con constantes y pequeños ataques de la infantería contra los defensores para reducir su número y limar el área de sus posiciones.

La terminación de todos los ataques generales y la impresión de haber recobrado algo contribuyó poderosamente en este período a restaurar la moral francesa dentro de la fortaleza y a mantener viva la fe en alguna especie de victoria final. Fortalecía también mucho su espíritu el inquebrantable apoyo de las escuadrillas, especialmente las del portaviones *Arromanches,* a las que se reconocía que corrían más riesgos que las del *Armée de l'Air.* El ejemplo personal de varios de los jefes, de Langlais y Bigeard especialmente, pero también de Tourret (8 BPC), Vadot (Legión Extranjera), Guiraud (1 BEP), Chenel (cuyos Thai se habían esfumado) y Bréchignac (II/1 RCP), animaban a quienes mantenían contacto con ellos –como era el caso del grueso de la guarnición «combatiente«, en el curso de las visitas diarias de estos hombres a sus unidades.

Fuera del valle, sin embargo, la moral francesa se hallaba deprimida y las intenciones francesas resultaban confusas. Cogny y Navarre sabían con una certidumbre felizmente negada a quienes se hallaban en Dien Bien Phu, cuán poco restaba de las fuerzas disponibles con lo que pudiera invertirse el giro de los acontecimientos. Existía en reserva un buen batallón aerotransportado, el 1 BPC; otro, el recientemente creado, 7 BPC, no había arribado todavía a Indochina. Las unidades aéreas habían llegado al límite de sus fuerzas. Las fuerzas móviles no aerotransportadas estaban demasiado comprometidas en las operaciones terrestres en curso en el delta y en la meseta meridional como para ser capaces de crear movimientos de diversión que atrajeran a las fuerzas del Vietminh lejos de Dien Bien Phu. Si el clima estratégico había de cambiar en su favor, Navarre y Cogny reconocían que sólo sería posible apoderándose de la iniciativa en una región donde los comunistas todavía no superasen en número a los franceses o aumentando dramáticamente la fuerza que se pudiera desplegar en y sobre Dien Bien Phu.

Tenían un plan para una iniciativa en una nueva zona. Se llamaba en clave Condor y estaba encaminado a la creación de una amenaza contra la retaguardia de las posiciones comunistas en torno de Dien Bien Phu mediante una aproximación desde Laos. Se había meditado y preparado cuidadosamente la operación; y el plan, sobre el papel, resultaba prometedor. En la práctica fracasó por dos razones convincentes. En primer lugar, el elemento aéreo necesario para el transporte y el abastecimiento de los ocho batallones que requería sólo podría obtenerse reduciendo en un tercio los vuelos a Dien Bien Phu y empujando así a la guarnición a una prematura capitulación. En segundo lugar, la mayoría de los soldados que habrían de ser empleados eran laosianos, sumisos al mando pero sin comparación con los del Vietminh quienes, en cualquier caso, les superarían en número. Sin embargo, Condor fue acometida en una escala reducida. Pero ni sus jefes ni el Estado Mayor de Hanoi alimentaban una seria esperanza de aliviar así la presión sobre Dien Bien Phu.

La otra esperanza descansaba en la atracción del apoyo directo norteamericano al valle, complementando así el apoyo financiero que los Estados Unidos prestaban a la guerra en general. Ya proporcionaban una ayuda no oficial bajo la forma de las escuadrillas de C-119 de Formosa. La capacidad de carga de cada uno de estos aviones, que era de seis toneladas, mientras que la de los Dakotas franceses era de dos toneladas y media, fue literalmente la que hizo posible el avituallamiento de Dien Bien Phu. Los norteamericanos entregaban también gran parte del enorme número de paracaídas (82.000 en total) que consumía la operación de apoyo, ninguno de los cuales, desde luego, podría ser recuperado. Pero todo esto, aunque esencial, era sólo el apuntalamiento de un esfuerzo militar que los acontecimientos demostrarían que resultaba en sí mismo inadecuado. Los franceses, desde un punto de vista realista, no podían esperar, y lo sabían,



Jonh Foster Dulles, a la derecha, llega a la reunión de Ginebra. Abril de 1954.



la llegada de tropas terrestres norteamericanas, aunque sólo fuera porque la opinión pública de los Estados Unidos se mostraba estridentemente hostil a cualquier repetición de la experiencia coreana. Pero confiaban en que los norteamericanos extenderían su esfuerzo aéreo y trabajaban enérgicamente por lograrlo.

Por su parte, el Presidente y el Secretario de Estado norteamericanos, Eisenhover y Dulles, se sentían extremadamente preocupados por la perspectiva de una derrota francesa en Dien Bien Phu, dado que ambos realizaban una política encaminada a frenar y si era posible, a derrotar la expansión comunista en el Sudeste asiático. Se sentían aun más obsesionados porque advertían certeramente en el repentino aumento del vigor del Vietminh, la mano de la China roja, hacia la que Dulles experimentaba una hostilidad casi personal. A comienzos de abril, Dulles y Radford, Presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor, comenzaron a planear una operación a la que dieron el nombre en clave de «Buitre», mediante la cual todo el peso de la fuerza aérea estratégica norteamericana en Extremo Oriente sería lanzada contra las posiciones del Vietminh en una sola y tajante operación de neutralización. Presionaron para lograr la realización de este plan, con tanta mayor premura por cuanto que se sentían ansiosos de que no se debilitara su posición negociadora por una victoria del Vietminh cuando al mes siguiente se reunieran en Ginebra con los representantes de Rusia, China y el Vietminh. Aquella reunión había sido convocada para lograr un acuerdo sobre todas las cuestiones del Extremo Oriente.

La naturaleza de la acción fue discutida durante algunas semanas. Parece que en algún momento se estudió incluso la posibilidad de utilizar armas nucleares contra las posiciones del Vietminh. También se examinó la posibilidad de realizar una operación de menor importancia contra las líneas de abastecimiento del Vietminh y, como medio de soslayar la hostilidad pública norteamericana a un compromiso nacional, el préstamo al *Armée de l'Air* de cierto número de Superfortalezas. Pero el meollo de las propuestas consistía siempre en un ataque masivo de Superfortalezas que lanzarían entre mil y dos mil toneladas de bombas muy explosivas sobre las posiciones del Vietminh en las laderas del Valle. Era ésta una operación que correspondía a la capacidad de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos en el Extremo Oriente. Jamás llegó sin embargo ni siquiera a su fase preliminar. Los historiadores se han esforzado por tratar de explicar la retirada norteamericana de esta empresa como consecuencia de la hostilidad manifiesta y firme de la Gran Bretaña. Y es verdaderamente cierto que Dulles trató de condicionar la realización del ataque a un acuerdo con sus aliados que se comprometerían a realizar en el Extremo Oriente un esfuerzo anticomunista común y continuo por el que los británicos sentían poco entusiasmo. Estos se mostraban también preocupados por que nada pusiera en peligro la celebración de la conferencia de Ginebra en la que descansaban grandes esperanzas de obtener una paz en Asia. Sin embargo, por significativa que fuese la oposición británica en la conformación de las actitudes de los Estados Unidos, la decisión final fue del Gobierno norteamericano, es decir, exclusivamente del Presidente norteamericano. Se decidió contra la ejecución de Buitre y por la sencillísima razón de que Norteamérica no debería disipar su poderío en guerras asiáticas de menor importancia.

Esta decisión se tomó en una reunión del Presidente, el Presidente de la Junta de Jefes de Estado Mayor y los mismos jefes de los estados mayores, celebrada en Washington el 29 de abril. En aquellos momentos la guarnición –o mejor dicho, los elementos de ésta que pertenecían a la Legión Extranjera– se preparaba para conmemorar la heroica derrota de otra fuerza francesa asediada en un país extranjero, la matanza de la Compañía del capitán Danjou en México, en 1863, el Día de Camerone.

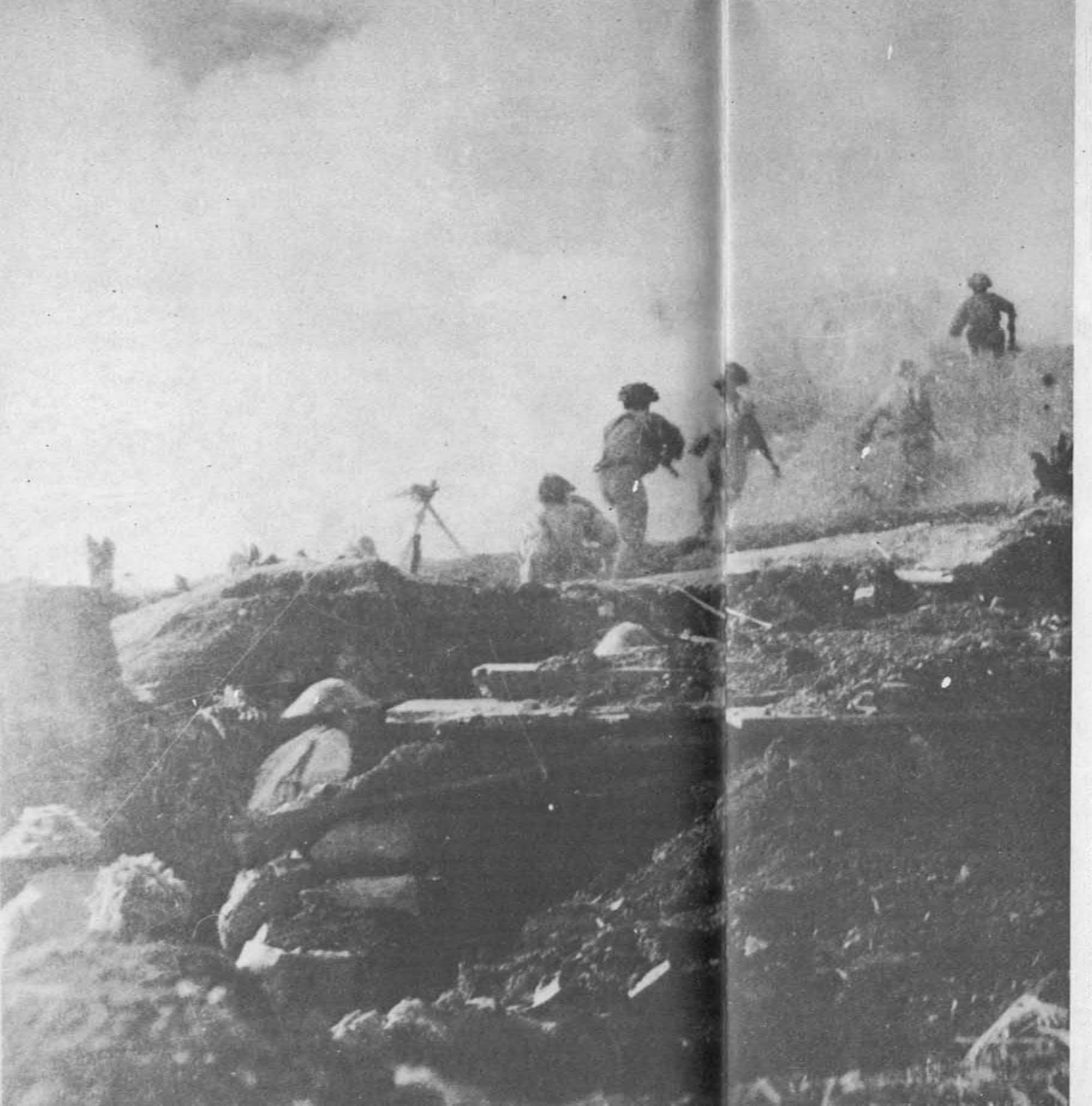
La última mitad de abril, por desesperado que cada día pareciera, no aportó nada peor de lo que la guarnición había experimentado hasta entonces. El fuego antiaéreo comunista se había afinado, obligando a los aviones de

Los soldados de la Legión Extranjera celebran el Día de Camerone.


Los franceses prosiguen su heroica defensa contra obstáculos cada vez más insuperables.



Una columna ciclista del Vietminh transporta víveres a sus soldados en Dien Bien Phu.



El asalto del Vietminh a la posición central francesa poco antes de la caída de la fortaleza.

avituallamiento a volar alturas aun superiores y deteniendo temporalmente los vuelos de los C-119 norteamericanos. La comida había empezado a escasear. Tanto la fuerza aérea como las escuadrillas navales sufrían ya pérdidas en una proporción que se aproximaba a un nivel inaceptable. En la guarnición las bajas se producían al ritmo diario de cincuenta a cien. Pero no cesaban de presentarse en el número necesario los voluntarios para reemplazar las bajas producidas ni de llegar dentro del perímetro aunque los lanzamientos se vieran ocasionalmente interrumpidos.

Pero en la tarde del 1 de mayo, los legionarios de Huguette advirtieron que las normas por las que hasta entonces se había desarrollado la actividad comunista estaban a punto de alterarse. Los ataques de tanteo desde las líneas de trincheras que el enemigo seguía excavand. cobraron entonces una fuerza mayor mientras que la escucha de radio detectaba la presencia de una concentración de batallones del Vietminh. Poco antes de las cinco de la tarde se desvanecieron todas las dudas acerca de las intenciones de Giap. Todo el despliegue de la artillería de campaña del enemigo, que sumaba un centenar de bocas de fuego inició un tempestuoso bombardeo sobre el área completa del campo. A las ocho, el conjunto de las divisiones 312ª y 3´6ª irrumpió por las laderas de la parte oriental y cayó sobre Eliane y sobre el sector D 3 de Dominique, defendido por los Thai y por los argelinos que todavía se mantenían firmes. E 1, donde se había derrochado tanto valor, cayó en las primeras horas de la mañana del 2 de mayo, defendido por el II/1 RCP, hasta el final guardián de las tradiciones del más antiguo regimiento del Ejército francés. Al mismo tiempo los sectores de Huguette se vieron sometidos a un intenso ataque. Langlais, en su desesperación, anunció desde su bunker a Hanoi: «Ya no quedan más reservas. Indescriptible fatiga y desgaste de las unidades. Avituallamientos y municiones insuficientes. Totalmente difícil resistir un ataque más de los comunistas al menos sin disponer



Las fuerzas del Vietminh ocupan la posición central.

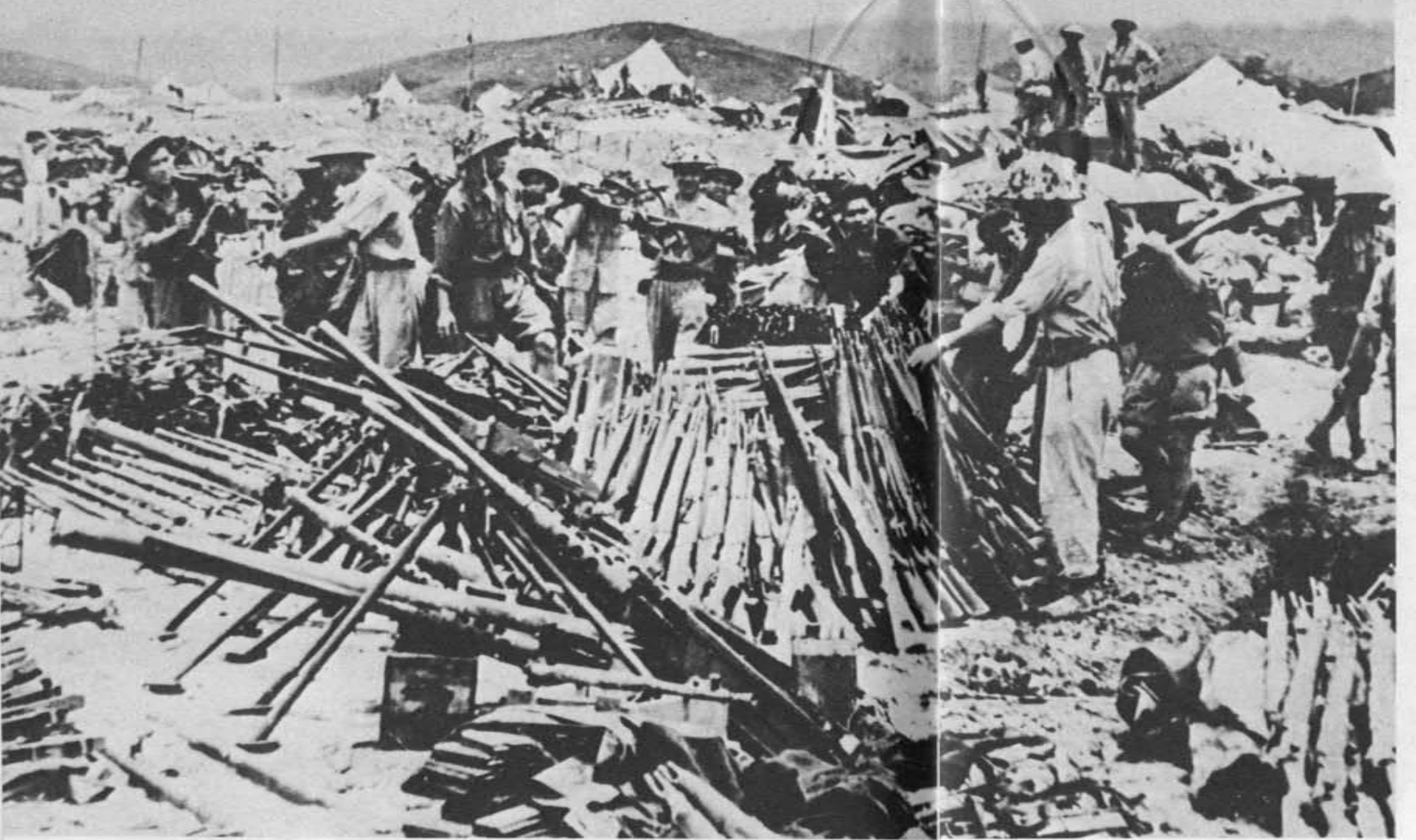
de un nuevo batallón de excelente calidad».

Como él bien sabía, el único batallón disponible –1 BPC– era también el único con que contaba Cogny. Este había preferido retenerlo durante tanto tiempo que dejó pasar el momento en que su intervención podría haber sido útil. Ahora se resolvió a lanzarlo a la batalla. En la mañana del 3 de mayo la primera de las compañías fue lanzada en la cada vez más reducida superficie del campo. Su llegada serviría para reemplazar al perdido II/1 RCP. No serviría para compensar las múltiples pérdidas sufridas por los demás batallones. Y existían dudas acerca de la llegada de otros reemplazamientos. La intensificación del monzón, el relevo del *Arromanches* por un nuevo portaviones, la insubordinación –si esa es la palabra– de los pilotos civiles de los C-119 habían determinado

La infantería comunista cruza la pista aérea en el último día de la batalla.



El puesto de mando de Castries, en manos comunistas.



un repentino empeoramiento de la situación aérea. Y en las manos de los comunistas caía cada vez más material.

La guarnición estaba a media ración desde el 1 de mayo. La situación mejoró el 3 de mayo y permaneció tranquila durante las horas diurnas del 4 de mayo pero aquella noche se desencadenó un monstruoso ataque sobre Huguette 4, para entonces la zona más expuesta de la fortaleza y que cayó tras el completo exterminio de su pequeña guarnición marroquí. A la noche siguiente cierto número de marroquíes que se mostraron menos firmes desertaron de Claudine y permitieron a los soldados del Vietminh que les habían capturado infiltrarse en la fortaleza por la ruta que habían abierto en las alambradas. Fueron rechazados pero el daño que hicieron a la posición y las pérdidas que infligieron la debilitaron seriamente.

Durante la conferencia sobre la situación, que Langlais celebró en la mañana del 6 de mayo, éste fue informado por Hanoi de que sus criptógrafos habían obtenido noticias acerca de la fecha y de la hora del asalto final. Comenzaría aquel mismo día después de que anocheciera. Fue un grave shock. Los depósitos de municiones resultaban muy insuficientes y aunque se acababa de efectuar el lanzamiento de un gran envío extraordinario, era posible que las circunstancias no permitieran recogerlo. Sin embargo, para que la batalla de Dien Bien Phu tuviera una justificación era ahora esencial que sus defensores resistieran durante la siguiente noche. Porque la conferencia de Ginebra se hallaba ahora reunida, examinando la posibilidad de un alto el fuego. Los términos de éste favorecían indudablemente a aquél de los bandos que pudiera demostrar que su comportamiento en Dien Bien Phu había constituido un éxito. Si los comunistas arrollaban a los franceses en un asalto final, se considerarían vencedores en Indochina y el mundo compartiría esta opinión. Si los franceses podían rechazar el asalto, infligiendo graves pérdidas al enemigo –como siempre habían hecho– y retrasando durante varias semanas la reanudación de su ofensiva, el Vietminh podía verse forzado por medio de un aplazamiento de la conferencia a conceder mucho más de lo que justificaba su fuerza militar.

Por eso la noche del 6 al 7 de mayo habría de ser crucial para ambos bandos. Fuera del perímetro Giap había reunido a sus cuatro divisiones y a todo su complemento artillero: más de treinta batallones y un centenar de cañones. En el interior, Castries, Langlais y Bigeard podían oponer muy poco a ese despliegue de fuerza. En cierto sentido, les benefició el hecho de que se hubiera quedado tan reducida el área que tenían para defender: ahora se componía de los dos puestos avanzados de Huguette (H 2 y H 3), Gavilán, las Claudines 1, 2, 3, 4, 5, y un puesto avanzado improvisado en el área de Claudine y denominado Lily, los sectores 2, 3, 4, 10 y 12 de Eliane y un blocao apresuradamente construído entre Claudine y Eliane, al que se denominó Juno. Cubría la aproximación al hospital que aquel día albergaba casi 1.700 heridos. Este número apenas era superado por el de combatientes de toda la guarnición. Estaban representadas entre éstos todas las unidades que, en un momento o en otro, habían defendido Dien Bien Phu, los paracaidistas de la Legión Extranjera (que ahora constituían un batallón que tenía los efectivos de una compañía), los fusileros marroquíes, los Thai de los batallones disueltos, los vietnamitas del 5 BPVN, los batallones de paracaidistas franceses (aunque la mitad eran vietnamitas), los aviadores que luchaban como infantes, los artilleros árabes y africanos y allá, en la aislada Isabelle, había algunos argelinos más. Pero el total no superaba la cifra de 4.000 y, contando sólo con la infantería de la posición principal, se aproximaba más a 2.000. El grupo mayor y más homogéneo, constituído por unos 750 paracaidistas, estaba desplegado en el punto de máximo peligro, en la cumbre de Eliane.

Las fuerzas victoriosas cuentan su botín tras la rendición francesa.

Esa cumbre y el resto de las posiciones fortificadas se parecían ahora a uno de los paisajes lunares de la Primera Guerra Mundial. El bombardeo había removido tanto la tierra que apenas era posible el atrincheramiento y había convertido las hileras de alambradas en amasijos informes. Pero las alambradas todavía eran lo suficientemente densas como para detener a un atacante. Los comunistas lo sabían muy bien y, bajo E 2 estaban dando en aquel momento los últimos toques a una mina que barrería a todo el sector del conjunto defensivo francés y abriría así un camino hacia su centro. Poco después del mediodía se



Concentración de los prisioneros franceses después de la lucha.

abatió el bombardeo preparatorio sobre toda la superficie del campo atrincherado cuya superficie abarcaba ya tan sólo 900 metros cuadrados. Hacia las seis de la tarde, la hora familiar para el Vietminh, su favorita para la iniciación de un ataque, se trasladó a Eliane todo el peso de la acción. En E 2, los soldados eran mandados por un capitán llamado Pouget, hasta muy recientemente ayuda de campo del general Navarre. Había sido lanzado en paracaídas sobre el campo sólo días antes con el 1 BPC, para reunirse con el cual había abandonado recientemente a su antiguo jefe. A través de los géisers podía ver ahora cómo se concentraba para el asalto uno de los batallones comunistas y, tras pedir una contrabatida de los siete obuses franceses que todavía permanecían activos, comtempló cómo sus granadas lo dispersaban con fuertes ventajas. Pero aquél era sólo un respiro momentáneo.

El asalto, precedido por una intensa barrera de fuego, se tornó ahora general. En cada punto del perímetro, la infantería comunista presionaba hacia las alambradas francesas. Los cuerpos de los muertos servían de puente para que cruzaran las alambradas los que llegaban detrás. En un torrente de mensajes enviados a Langlais y a Bigeard, todos los puestos avanzados señalaban que se habían producido penetraciones: Eliane 10 y 4, defendidos por los restos del 5 BPVN y del propio 6 BPC de Bigeard sufrieron la penetración alrededor de las diez de la noche y Claudine 5, defendido por una compañía del 1/2 de la Legión Extranjera fue invadido al mismo tiempo. Sin embargo, por increíble que parezca, estas guarniciones modestas y tremendamente acosadas todavía pudieron encontrar fuerzas y ánimos para contraatacar y, para, lo que resulta aún más increíble, rechazar al enemigo abrumadoramente más fuerte que tenían ante sí. Los escasos restos de tres compañías de la Legión Extranjera, cuya dotación total apenas superaba el centenar de hombres, contraatacaron en Claudine 5 a las diez y media y arrebataron el puesto a un Regimiento del Vietminh, integrado por 3.000 hombres, en cuyas manos acababa de caer la posición.

Pero la aritmética de la batalla actuaba inexorablemente en contra de los franceses. Los aviones de transporte sobrevolaban la zona con la esperanza de lanzar una compañía más del 1 BPC, pero, aunque hubieran logrado su propósito no podrían haber alterado el equilibrio en un ápice. En combates de una terrorífica ferocidad los franceses perdían cada hora más del equivalente de una compañía. Hacia las once de la noche, sin que se hubiera experimentado interrupción alguna en el combate, toda una compañía desapareció en la E 2 entre una verdadera erupción de tierra. Los zapadores del 98 Regimiento del Vietminh habían hecho estallar una mina.

Mas ni siquiera aquello acabó con la resistencia en Eliane 2. Si los jefes del Vietminh hubiesen estudiado la historia de la guerra de minas habrían sabido que, para aprovechar su efecto resulta vital que el ataque se produzca casi al mismo tiempo que la detonación. En Eliane, el Vietminh cometió el mismo error que el Ejército de la Unión en Petersburg en 1864 y que los británicos en Hawthorn Redoubt en 1916. Contando con la desorganización total de la defensa, retrasaron su avance para asestar un golpe concentrado. La pausa dio a los supervivientes su oportunidad, que no dejaron de aprovechar, de guarecerse en los bordes del cráter abierto. Cuando aparecieron las oleadas de los infantes comunistas, resueltos a acabar con la resistencia, los franceses abrieron un fuego mortífero contra sus filas. Horas más tarde aún resistían y Pouget fue verdaderamente capaz de contraatacar en su ayuda.

Para consolidar este éxito, Pouget necesitaba refuerzos. Pero también los precisaban todos los demás jefes de unidades en la fortaleza. Vadot, actuando como jefe adjunto del Estado Mayor en el Cuartel General, explicó a Pouget que no había nada que enviar y cerró su mensaje con palabras que resumen la filosofía del *para*: «Usted es un paracaidista, ya se las arreglará para que le maten». Alrededor de las cuatro de la mañana del 7 de mayo, en un intercambio de granadas en su última trinchera todavía no ocupada, Pouget se sumió en la inconsciencia.

Poco después del amanecer, le tocó el turno al resto de los paracaidistas en los demás blocaos de Eliane. Bréchignac y Botella mantuvieron en sus enlaces de radio con el cuartel general, un constante comentario acerca de la progresión de los comunistas. Alrededor de las



El comienzo de la larga marcha hacia la cautividad.

nueve, «interrumpidos por los disparos claramente audibles de los últimos defensores y por los gritos de los heridos», aquellos dos esforzados militares se despidieron de Bigeard. Pocos segundos más tarde cayeron en manos de los comunistas.

En el cuartel general, Castries, en conversación con Cogny en Hanoi, le informaba del curso de la batalla y de los apuros de la guarnición y examinaba con él un plan, medio estudiado anteriormente, para realizar una ruptura del asedio. Existe una transcripción de esta conversación y es uno de los más estremecedores documentos militares que nos haya llegado de cualquier guerra. En aquellos últimos días de la batalla, Castries había recuperado una considerable parte de su categoría. Su imperturbabilidad, su estoicismo y su arrogancia, cualidades que parecieron presentarle como impropio para el mando al comienzo del asedio, constituían ahora un punto de apoyo para aquellos que, como Langlais, necesitaban creer en la posibilidad de la victoria para actuar como soldados. Eran sus palabras, y no las de Cogny, las que llevaban el sello del mando. Y aunque la situación que tenía que describir era la de un irremediable desastre, su tono distaba de ser desesperado y formuló el proyecto de un plan. El se quedaría a cargo de los heridos y de los no combatientes y enviaría a los hombres útiles a que trataran de romper el cerco y de encaminarse hacia el Sur, a Isabelle, cuya guarnición trataría al mismo tiempo de romper su propio cerco. Cogny, tartamudeando banalidades al otro extremo del enlace por radio, dio su conformidad. Y se dijeron adiós.

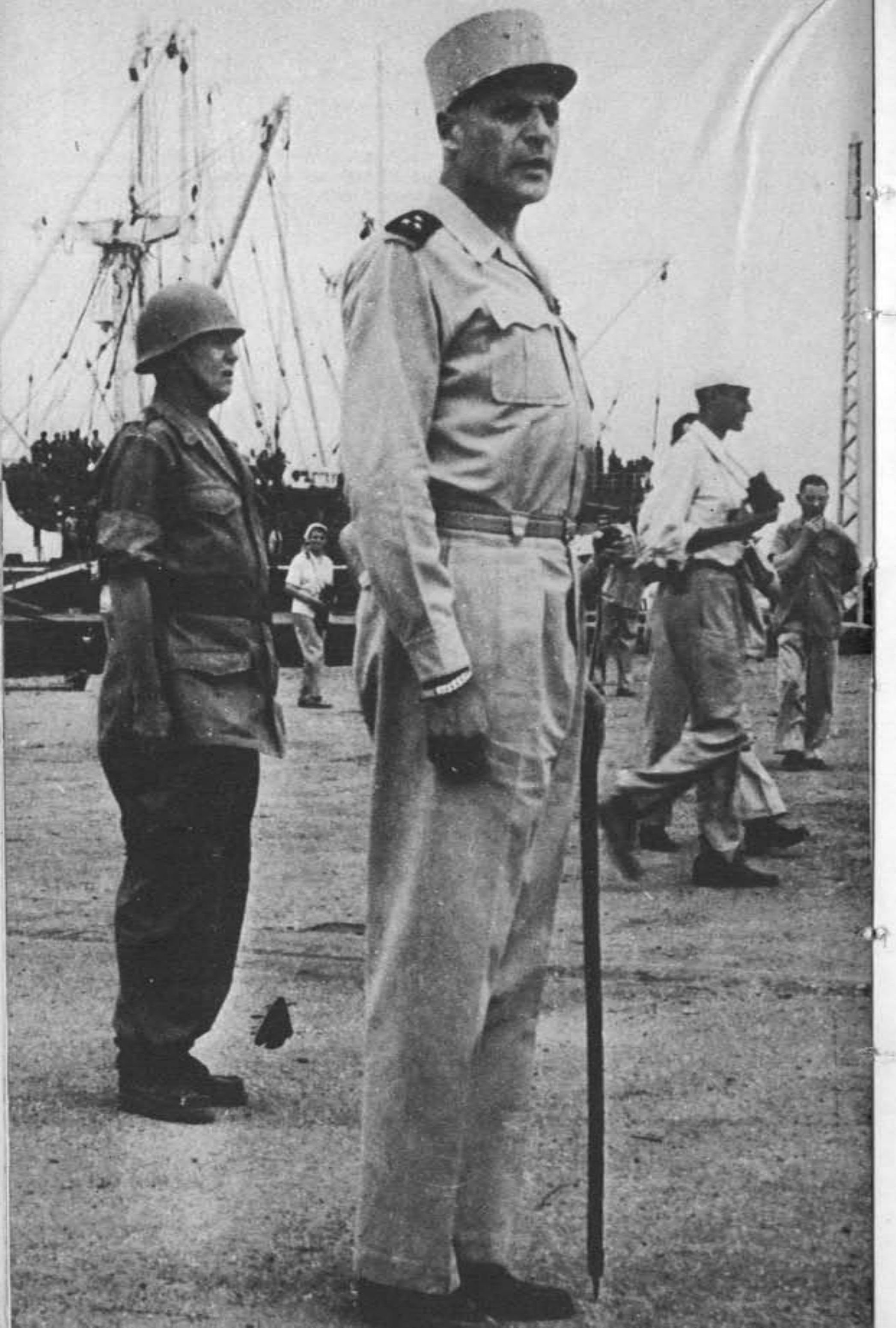
La guarnición carecía ahora incluso de la fuerza suficiente para resistir hasta que la oscuridad hiciera posible la ruptura del cerco. Los puestos supervivientes se quedaban, uno tras otro, sin municiones y en algunos lugares los soldados no franceses clamaban por la rendición. Castries convocó una conferencia para discutir la posibilidad de realizar una ruptura del cerco a mediodía. Incluso sus más tenaces subordinados, incluso el mismo Bigeard, opinaron que un intento de ruptura sólo podría acabar con una matanza. Castries se inclinó ante su opinión. Tras considerar la posibilidad de una capitulación, que todos rechazaron como demasiado humillante, Castries ordenó que la guarnición cesara simplemente en su fuego a las cinco y media de aquella tarde. El enemigo sería informado por radio. Casi hasta el postrer momento, los paracaidistas y los legionarios dispararon contra las cada vez más próximas posiciones comunistas los últimos cartuchos que les quedaban en sus desgastadas armas. Otros destruyeron depósitos, volaron los obuses que les quedaban o realizaron sus propios preparativos para la huída. Las Ratas del Nam Yum, revelando por vez primera su número, emergieron a millares de las orillas del pequeño río, listos para la rendición. En el hospital, Grauwin distribuyó entre sus hombres brazaletes de la Cruz Roja y tranquilizó a los heridos, aterrorizados ante el pensamiento de que les abandonara. Cogny y Castries intercambiaron unas palabras finales en el confuso enlace radiofónico y el jefe de la fortaleza aseguró a su superior que Dien Bien Phu no capitularía formalmente.

En la práctica, la distinción entre el cese de la resistencia y una capitulación representa escasa diferencia. Poco después de las cinco y media, una escuadra de soldados del Vietminh, especialmente seleccionada entre los millares que avanzaban hacia el campo, penetró en el bunker de Castries y le hizo prisionero. Al mismo tiempo se izó sobre el bunker la bandera roja del Vietminh. La batalla de Dien Bien Phu había concluído.

En el Sur, Isabelle no se sometió. Lalande, su jefe, decidió, tras cincuenta y cinco días de su propia batalla, durante los cuales experimentó ataques tan terribles como los sufridos por la fortaleza principal, y a veces peores, intentar la ruptura del cerco. Aprovechándose de la oscuridad aquella noche sus Thai, sus legionarios extranjeros, las tripulaciones de sus carros y los argelinos se deslizaron por el lecho del Nam Yum y trataron de escapar a través de las líneas comunistas. La mayoría de los setenta soldados que eventualmente lograron llegar hasta la zona de Indochina controlada por los franceses procedían de este grupo. Pero los que salieron de Isabelle cayeron en una



La evacuación de los heridos, limitada a la de 900 por el Vietminh, fue efectuada por los helicópteros.



Cogny en el puerto de Haiphong revista a los últimos regimientos franceses que van a embarcar en los transportes de tropas.

emboscada comunista poco después de ponerse en marcha y acabaron con el resto de la guarnición en los campos de concentración del Vietminh.

El 8 de mayo la guarnición recibió la orden de formar para dirigirse inmediatamente hacia el Nordeste, rumbo al Viet Bac. Ahora que la lucha había concluido podía calcularse por vez primera desde que comenzó la batalla la verdadera fuerza de la guarnición. El total era sorprendentemente alto: dentro del perímetro se encontraron casi 10.000 personas de todas las nacionalidades, incluyendo los ligeramente heridos, al servicio de los franceses. La diferencia entre esta cifra y el número de los miembros de la guarnición «combatiente» queda explicado en parte por la presencia en el Cuartel General y en el área de servicio de personal no combatiente. Pero la mayor adición a esta cifra fue con mucho proporcionada por las Ratas del Nam Yum. Al final, no podían ser menos de 4.000.

No era posible que anduvieran muchos de los heridos. Ambas partes coincidieron sobre este punto. Con un curioso y anticuado convencionalismo del que había hecho anteriormente gala una o dos veces, el Vietminh accedió a que 900 de los heridos fuesen evacuados por el aire desde el valle hasta los hospitales franceses. El resto tendría que correr su suerte en la marcha. Se hubiera podido creer que el objeto del acuerdo era ahorrar a los que estaban gravemente heridos una segunda prueba, probablemente fatal. Pero la buena voluntad inicial que denotaba este gesto se disipó entre discusiones y muchos de los que fueron evacuados eran casos menos graves que otros que quedaron atrás. El grupo de los heridos que emprendieron la marcha resultaba aterrador. Pocos de los gravemente heridos sobrevivieron a la caminata de 600 kilómetros. Ningún prisionero que hubiese sido herido en el pecho, en la cabeza o en el cráneo sobrevivió a la cautividad. Ni tampoco la superaron muchos centenares de los ligeramente heridos o de los técnicamente «útiles».

Estas tragedias personales pueden ser justamente apuntadas en la cuenta del Vietminh. A pesar de la observancia ocasional de las convenciones bélicas occidentales, los comunistas se comportaron con un desprecio por las prácticas civilizadas que, comprensiblemente, pareció bárbaro a los franceses. Y sin embargo... ¿Cómo responder a los vietnamitas que exhiben, como indudablemente pueden exhibir, pruebas de los sufrimientos que el retorno y la reconquista de los franceses infligió a sus compatriotas? ¿Justifica la usurpación por parte del Vietminh en 1946 del título de gobierno la persistencia francesa en un prolongado intento de ocho años para restaurar su soberanía constitucional? ¿Estaba justificada esa persistencia por las exigencias del orgullo nacional francés, o de la estrategia occidental o de la necesidad de que recobrara su honor el Ejército francés? Si es así, tales exigencias y necesidades habían sido mal calculadas. La Conferencia de Ginebra, cuyo resultado había determinado previsiblemente el desenlace de Dien Bien Phu otorgó al Vietminh poder sobre el conjunto de Tonkín. Anam y Cochinchina recibieron también la independencia y Laos y Camboya quedaron desmilitarizados bajo supervisión internacional. El Ejército francés, que había pagado un precio tan alto, obtuvo muy poco con su sacrificio.

Pero había aprendido antes, durante y después de Dien Bien Phu, algunas lecciones que no olvidaría. Había librado la guerra en Indochina como si estuviese desempeñando casi conscientemente un papel épico. Su estilo había sido heroico y sus acciones, como mostró Dien Bien Phu, fueron también heroicas a veces. Pero la épica y el heroismo, no contaban nada, como habría de verse, contra un enemigo que sólo deseaba ganar por cualquier medio. Los transportes de tropas que retiraron de Indochina al *Corps expéditionnaire* pusieron rumbo a otra colonia donde había estallado otra guerra casi cuando se extinguían los ecos de la última. En la siguiente guerra, la de Argelia, el Ejército no toleraría la oposición de nadie –enemigo, crítico, gobierno, la misma República– que se alzara entre él y la victoria.

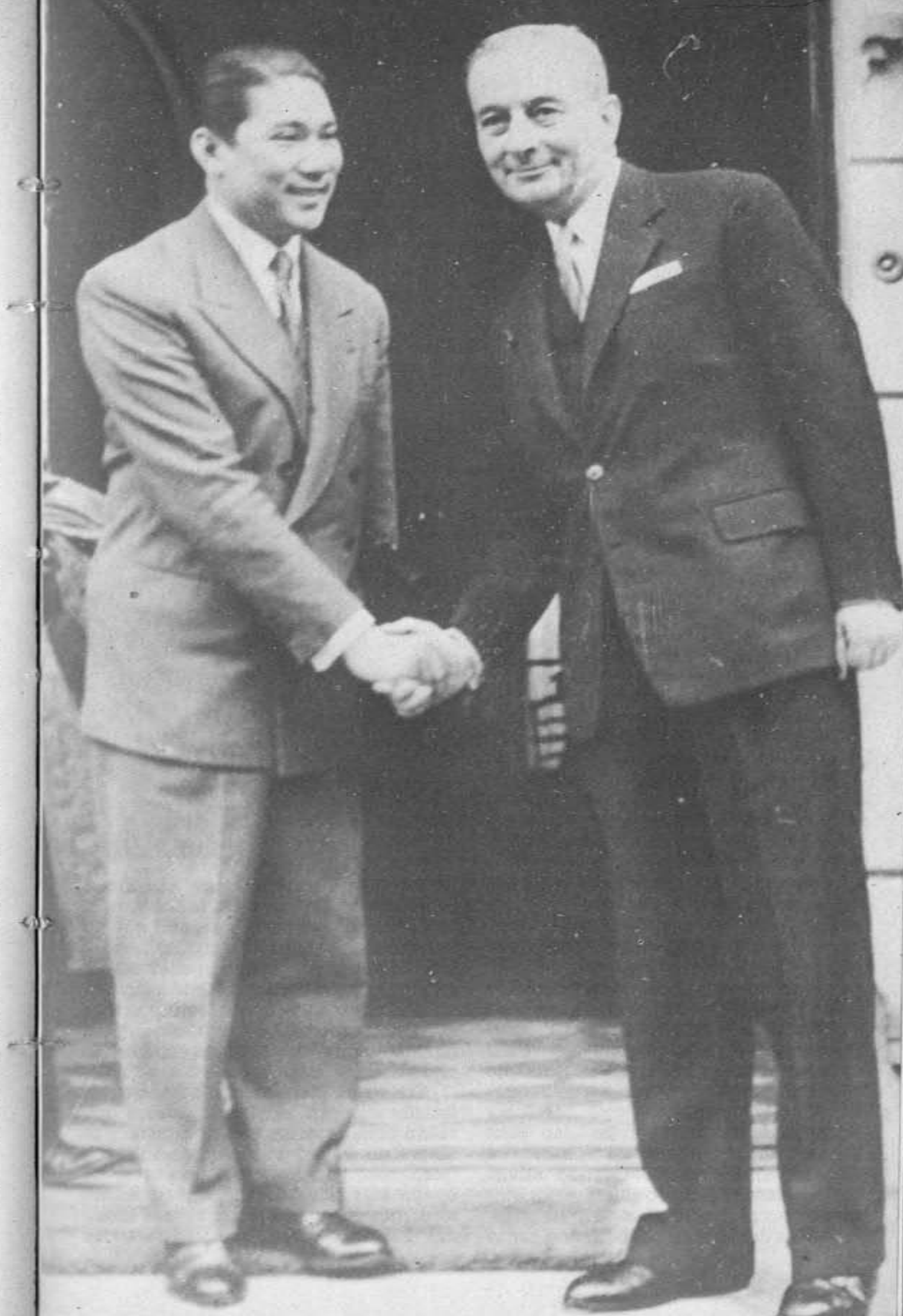
Mirada retrospectiva

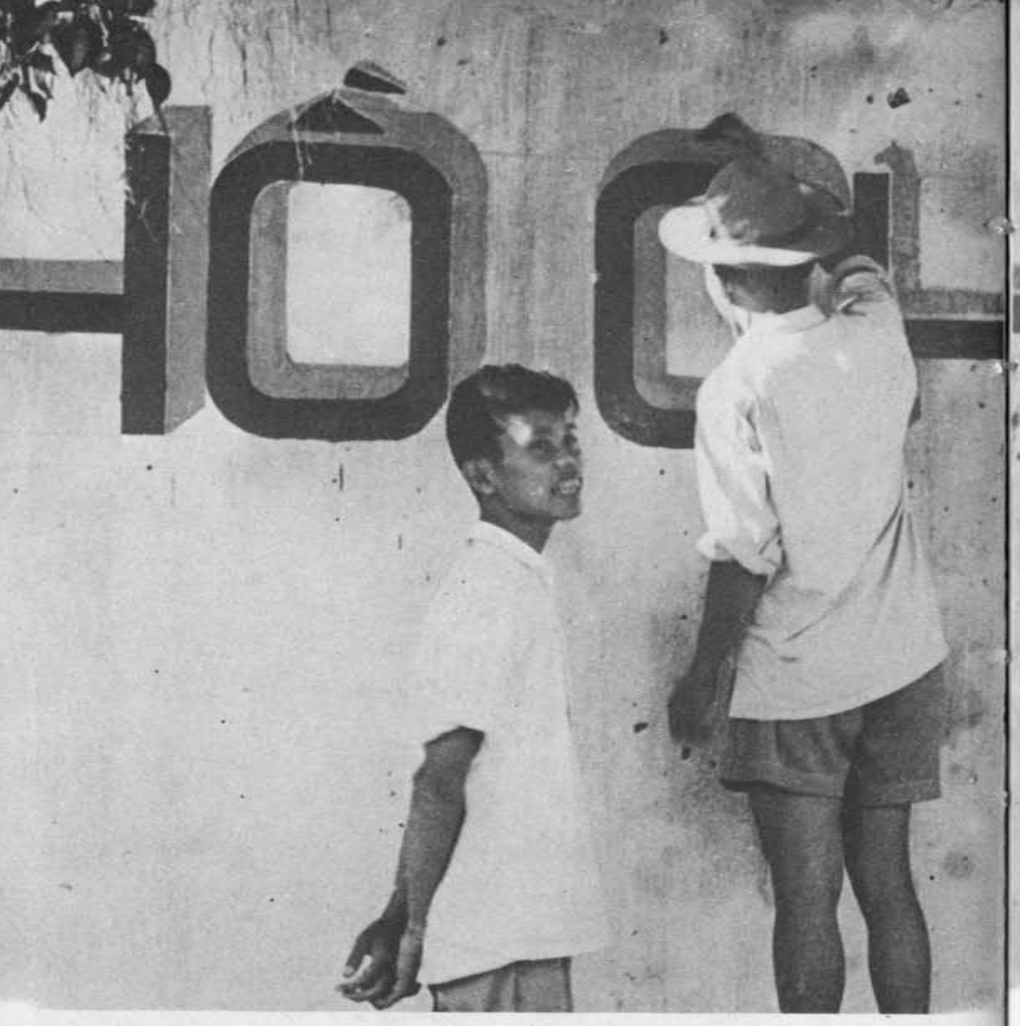
La rendición del «campo atrincherado», aunque decidió el resultado de la guerra, no determinó su final inmediato. Hasta el 21 de julio, en la Conferencia de Ginebra no acordaron en definitiva los representantes de las potencias las condiciones bajo las cuales Francia abandonaría Vietnam y el Vietminh entraría en posesión de su victoria. Los términos no eran en manera alguna totalmente deshonrosos para el Cuerpo Expedicionario. Cochinchina y Anam –hasta el paralelo 17º– permanecerían fuera del control comunista, bajo un Gobierno nacional del Vietnam. Camboya había de recibir la total independencia. Laos tendría igualmente confirmada y reconocida su independencia y había de quedar militarmente neutralizado bajo la supervisión internacional. Se había llegado también a estipular la libertad de desplazamientos de población entre el Norte y el Sur durante el período inmediatamente subsiguiente al alto el fuego, condición vital en relación con los centenares de millares de católicos de los obispados de Tonkín que habían llegado a ser profundamente sospechosos a los ojos del Vietminh y podían sufrir las consecuencias bajo su control. A los franceses se les permitió la permanencia durante casi un año con objeto de supervisar el cumplimiento de las condiciones acordadas en Ginebra y de poder evacuar a sus seguidores, junto con sus hombres y su equipo.

Estos alivios no podían ocultar ni ocultaron el hecho de que Francia había sufrido en Dien Bien Phu una grave derrota que determinaba el final de un período de 200 años como potencia asiática ¿Hubiera podido obtenerse otro resultado mejor si la batalla hubiese sido diferentemente dirigida? ¿Podía haber concluído con una victoria francesa en vez de terminar con la victoria del Vietminh?

Estas preguntas exigen dos tipos de respuesta, una estratégica y otra táctica. Estratégicamente, los franceses carecían desde el comienzo del género de objetivo definido que parece requisito previo del éxito militar. Porque, aunque tanto Navarre, el comandante supremo, como Cogny, su subordinado responsable habían coincidido –y discutiblemente– sobre la necesidad de crear una iniciativa fuera del área dominada por el Vietminh, nunca coincidieron sobre la forma que debería adoptar semejante iniciativa. La idea primitiva de Cogny parece haber sido la de hacer de Dien Bien Phu un «punto de amarre» para las unidades que actuasen en lucha de guerrillas contra el avance del Vietminh por las tierras altas de los Thai Navarre había tenido siempre un objetivo más ambicioso. Impresionado por los resultados de la batalla del terminal aéreo de Na San en 1953 y estimulado por los recuerdos de las operaciones de los Chindit británicos tras las líneas japonesas en Birmania durante la Segunda Guerra Mundial, esperaba crear en el valle de Dien Bien Phu, un foco de acción que atraería, en términos desfavorables para el enemigo, al grueso de su fuerza móvil. Como ambos ge-

Los ministros francés y vietnamita de asuntos exteriores se reúnen en Ginebra: Nguyen Quoc Dinh y Bidault.





El nombre de Ho Chi Minh adorna los muros en Hanoi.

nerales estimaban que la posesión del valle resultaba importante para Giap ya que le consideraban dispuesto a realizar una segunda invasión de Laos, y como los dos trataban también de montar operaciones agresivas desde la base del valle, no consiguieron en un principio advertir que discrepaban en lo fundamental. Cogny nunca creyó que fuera juicioso tratar de hacer de Dien Bien Phu el emplazamiento de una batalla decisiva; Navarre, sí. Cuando advirtieron hasta qué punto diferían sus opiniones, los preparativos de la batalla estaban ya demasiado adelantados, tanto para que uno convenciera al otro como para retirar la guarnición. La batalla sería dirigida así por un general que no aceptaba su lógica (Cogny), actuando bajo las órdenes de un superior con el que difícilmente podía llegar a un entendimiento. Esta situación no era el mejor augurio para Castries ni para cualquiera que se hubiese encontrado en la línea de fuego.

¿Era necesario, sin embargo, que la batalla adoptara el giro desastroso que cobró para los franceses a partir de mediados de marzo? Para entonces sabían que eran vanas sus esperanzas de operar más allá del valle, incluso de actuar más allá del alcance de sus cañones; sabían también que, contra todas las previsiones, el Vietminh había conseguido la superioridad del número y una gran masa artillera ¿No hubieran podido Hanoi y Saigon (sede del cuartel general de Navarre) hacer algo más para preparar a la guarnición para la batalla de posiciones y de desgaste que por entonces parecía inevitable? La respuesta a esta cuestión táctica es que casi ciertamente podrían haberlo hecho.

Había cosas cuyo remedio o perfeccionamiento estaba más allá de su poder: en cabeza de esta lista figura indudablemente la intensificación y mejora del apoyo aéreo. La fuerza aérea francesa, de bases terrestres y de portaviones, actuaba hasta el límite de sus fuerzas en razón de las exigencias diarias de la guerra en Indochina y eran insuficientes sus reservas en la misma Francia de aviones o de tripulaciones, principal factor limitador. Pero el Alto mando francés cometió el error habitual de sobrestimar la capacidad estratégica de la fuerza aérea. El peso de las bombas lanzadas a lo largo de las rutas de avituallamiento del Vietminh hasta Dien Bien Phu –unas 600 toneladas en los 360 kilómetros de las carreteras 41 y 13– fue virtualmente desperdiciado porque, aunque el Vietminh se vió obligado por eso a desplegar una fuerza laboral para camuflar y reparar los caminos, jamás estuvo escaso de mano de obra y los avituallamientos que le resultaban vitales no fueron alcanzados por un bom-

bardeo esporádico y casi al azar. Los franceses hubieran hecho mejor limitando sus bombardeos al mismo valle.

En el interior de éste pudieron haberse hecho otras cosas. En primer lugar, una mejor planificación de las posiciones. Probablemente, las de Gabrielle y Béatrice nunca debieron haber sido ocupadas, ni tampoco Isabelle. Ello habría permitido al Vietminh aproximarse más desde el principio al aeródromo pero también hubiera dado a los franceses cuatro batallones adicionales con los que lanzar contraataques desde la posición central. Y esto plantea una crítica fundamental.

Porque ahora parece totalmente equivocado que Castries y sus superiores decidieran realizar una campaña estratégicamente estática de una forma tácticamente estática. Porque ¿En qué difería su plan para Dien Bien Phu, una vez que abandonaron sus esperanzas de utilizarlo como base de comandos, de los que se establecieron para la defensa de Verdun en 1916? Otorgaba el papel principal a la artillería y destinaba a la infantería a la función de simple excavadora de trincheras... exactamente lo que Petain o Nivelle hubieran hecho. Y se obtuvo en gran parte el mismo resultado: graves pérdidas de cañones y artilleros y un colapso de la moral en buena parte de la infantería.

Al fin y al cabo, el servicio de información había conseguido proporcionar tanto a Cogny como a Navarre una estimación notablemente precisa sobre las dotaciones y los avituallamientos del Vietminh algunos días antes del cierre del aeródromo a mediados de marzo. Esta estimación era una advertencia suficiente acerca de las condiciones en las que tendría que luchar la guarnición. Lo que esa advertencia exigía, tal como lo sucedido nos permite ahora ver, era una rápida reelaboración de los planes y un decisivo fortalecimiento de lo que podría llamarse «capacidad de contraataque» de la guarnición. Langlais y Bigeard, consiguieron mantener la defensa mientras que se concentraron en las tácticas del contraataque. Lo que hizo funcionar aquellas tácticas fue la posesión de los carros de combate y el arrojo de un pequeño número de batallones de paracaidistas y de la Legión Extranjera. Por eso no es difícil ver, retrospectivamente que, al comienzo de marzo Castries debería haber recibido otros diez o veinte de los inapreciables carros de combate, (tantos como hubieran podido ser transportados por vía aérea y montados en el campo) y dos o tres de los batallones de paracaidistas que se le suministrarían con cuentagotas en los dos meses siguientes.

No hubiera resultado necesario construir nuevas posiciones para estas tropas de contraataque. Si las orillas del Nam Yum proporcionaron un refugio para las «Ratas», podrían haber servido igualmente para la reserva central. Un nuevo esfuerzo de los ingenieros-siendo, desde luego considerable el que realizaron- debería haber servido para fortalecer los emplazamientos artilleros y para reforzar los techos de las instalaciones de servicios esenciales, incluyendo como primera prioridad la protección del hospital.

Realizados este género de preparativos e inculcando en la mente de Castries una «mantalidad de contraataque» no es aventurado imaginar que el curso de la batalla habría sido muy diferente. Probablemente, el aeródromo no hubiera estado abierto más tiempo de lo que estuvo. Pero, como señala Bernard Fall, uno de los historiadores más convincentes de la batalla, la artillería antiaérea del Vietminh, gran parte de la cual era de corto alcance, constituía un objetivo ideal para las acometidas que partieran de la posición principal del tipo de la que con tanto éxito organizó Bigeard el 28 de marzo. Además la cantidad que de tales armas tenía el Vietminh era limitada. Cada pérdida inflingida por la guarnición sobre la artillería del enemigo habría reducido por eso la capacidad del Vietminh para impedir el reavituallamiento del campo.

La necesidad de proteger su artillería antiaérea contra los ataques de los carros de combate y de la infantería habría obligado también a Giap a destinar más unidades a esta tarea con lo que los asaltos que hubiese podido lanzar sobre las trincheras y blocaos del perímetro habrían sido menores en número o más débiles. Si Hanoi hubiese proporcionado también un mayor número de los mortíferos cuatro-cincuenta -y abundantes reservas de la munición del calibre 50 que estas armas consumían en tan prodigiosas cantidades- es posible imaginar que las oleadas humanas que atacaron las tierras altas de las Cinco Colinas hubieran acabado por formar montones de sangrientas bajas, aún mayores de los que en realidad constituyeron.

Aceptando todo esto como un esquema realista de la reorganización de las defensas del campo cabe imaginar, siguiendo esta argumentación que la batalla se habría desarrollado de la siguiente manera:

El aeródromo habría quedado cerrado por la artillería del Vietminh aproximadamente en la fecha en que realmente lo fue, entre el 13 y el 25 de marzo y la artillería antiaérea del Vietminh había avanzado hasta muy cerca del perímetro con objeto de obligar a los aviones que lanzaban fardos con paracaídas a volar tan alto como les fuera posible. Por el mismo tiempo Giap habría lanzado una serie de ataques masivos de la infantería sobre uno o más de los fortines del campo, probablemente en las Cinco Colinas que le impedían una observación inmediata del interior del campo desde su parte oriental. Sin embargo estos ataques habrían resultado fallidos con graves pérdidas, en parte por el fuego de las armas de infantería y de las cuatro-cincuenta y en parte también por el bombardeo de la artillería que, desde sus mejoradas posiciones habría sido capaz de apoyar a la infantería aún estando sometida al fuego de contrabatería. Inmediatamente después de que fuera rechazado con éxito un ataque semejante, los carros de combate y la infantería de la reserva central habrían lanzado intensos ataques punitivos sobre las posiciones antiaéreas del Vietminh en las tierras llanas del Oeste o del Sur, destruyendo o capturando tanto material como fuese posible. La subsiguiente retirada del Vietminh habría ensanchado la zona de lanzamientos que necesitaban las fuerzas aéreas para depositar sus envíos por paracaídas.

Esta retirada sólo habría sido temporal y local porque al Vietminh, le incumbía atacar -y al menos en esto era completamente correcto el análisis de Navarre. Los comunistas no habrían sufrido pérdidas tan graves en ataques y contraataques subsiguientes. Pero la iniciativa no hubiera quedado totalmente en sus manos, dado que habrían tenido que pensar constantemente en soportar la capacidad francesa de contraataque. Lo más probable, por eso, sería que recurrieran, como en realidad lo hicieron, a la guerra de trincheras. Pero es improbable que hubiesen logrado reducir el perímetro francés al ritmo que lograron en la práctica. Los franceses, haciendo uso de su posesión de las líneas interiores, habrían infligido a un estático Vietminh una sucesión de pequeñas derrotas, empleando a su infantería de gran calidad en cooperación con los carros de combate. Por estos medios, que también habrían contribuído a afirmar la moral de los batallones menos seguros de la guarnición, la batalla habría podido proseguir -con un intenso pero no insoportable tributo en bajas- a lo largo del mes de mayo. Esto habría sido suficiente para fortalecer muy considerablemente la posición francesa en la mesa de la conferencia de Ginebra. Si la desesperación hubiese impulsado al Vietminh a correr el riesgo de lanzar un ataque general y final y a fracasar en el empeño, las consecuencias habrían sido beneficiosas para la diplomacia francesa-y para la estabilidad a largo plazo del Régimen no comunista en un Vietnam del Sur- quizás más extenso.

Resulta excesivo afirmar que los franceses pudieron realmente haber «ganado» la guerra a través de una victoria en Dien Bien Phu, aunque cabe reconocer que pudiera haberse logrado un cierto tipo de victoria, caracterizada por la negociación de una retirada francesa del valle. Porque aunque los franceses hubiesen log ado la destrucción de las divisiones de la fuerza principal de Giap y aunque las noticias de su destrucción hubiesen debilitado seriamente la moral de las unidades regulares y regionales del Vietminh en otros lugares, el desequilibrio general de fuerzas entre los dos bandos y la extensión del *«pourrissement»* en el campo tornaban imposible el restablecimiento de la autoridad francesa, al menos en el Tonkín.

Los mismos franceses lo reconocieron así. Un funcionario del Quai d'Orsay señaló: «Los acuerdos del 20 de julio representan una especie de transposición


El general Castries, poco después de ser liberado de la cautividad.

al mapa de la situación militar en aquel momento». En esa situación militar figuraban el inminente peligro de interrupción de las comunicaciones por carretera entre Hanoi y Haiphong, la perspectiva de una intensa lucha dentro del delta del río Rojo y la multiplicación de los combates entre grandes unidades al Sur del paralelo 18º. Los franceses, mientras proseguía el asedio de Dien Bien Phu, habían perdido completamente uno de sus mejores *groupes mobiles*, el GM 100.

Por eso, la amargura con la que el Ejército francés se alejó de Indochina era diferente de la que había envenenado su propia estima después de 1940. Nadie, ni siquiera el Vietminh, puso en tela de juicio el honor o el valor del ejército. Había luchado bien y valientemente durante mucho más tiempo de lo que sus jefes políticos tenían derecho a esperar; había combatido sin quejarse; había peleado solo. Lo que irritaba al ejército no era, por eso, haber perdido una guerra una vez más. Era que hubiese tratado durante tanto tiempo de ganar una guerra por caminos erróneos. Dien Bien Phu, en un cierto sentido, fue una dramática ampliación de una estrategia fundamentalmente equivocada: un intento de vencer según las normas occidentales –en especial las reglas de la «batalla decisiva»– a un enemigo que jugaba un juego diferente.

El talante del Ejército francés de 1954 difería también del de 1940 en el hecho de que su amargura no era estéril ni de carácter autodestructivo. Al contrario; esta amargura demostró ser el ingrediente fundamental en un proceso de revalorización y cambio. Recién salido de Indochina, el Ejército se vio requerido para enfrentarse en una nueva guerra de liberación nacional sobre el terreno, mucho más familiar –y más favorable– de Argelia. Aquí, desde el comienzo, bajo la tutela de los hombres que habían aprendido por dura experiencia las lecciones de la «guerra revolucionaria», y en algunos casos de los adoctrinadores comunistas de los campos de concentración del Vietminh, estableció un programa de contra, *pourrissement*, concebido para traer irrevocablemente a los aldeanos hacia el bando francés. Tanto éxito tuvo este programa que, aunque el Gobierno no pudo evitar comprometer en el conflicto a las masas de los reemplazos metropolitanos, el Ejército de Liberación Nacional nunca fue capaz de elevar la pugna al nivel de guerra de grandes unidades y hubo de limitarse a soñar con inflingir un nuevo Dien Bien Phu a los franceses. Desde luego, si se aplicaron exclusivamente los criterios militares de victoria, el Ejército francés, hacia 1960, había casi *ganado* indiscutiblemente la guerra de Argelia. El violento ultraje que sintieron los regimientos de paracaidistas y de la Legión Extranjera al conocer la decisión del general De Gaulle de tratar con los jefes nacionalistas, debe ser entendido en este contexto. Y no cabe sorprenderse al hallar los nombres de Guiraud, Bréchignac y Botella, tres de los héroes de Dien Bien Phu, entre los implicados en la conspiración para frustrar esta decisión.

Su conspiración, aunque en su núcleo hubiese hombres más viejos y más poderosos, fracasó y, retrospectivamente, parecía condenada al fracaso. Pero esta afirmación podría ser utilizada desde luego como un epitafio para todo lo que el Ejército francés intentó durante los veinte años que ahora desechamos como la «era de la descolonización». Porque ni en Argelia ni en Indochina disfrutó siquiera el ejército de cualquiera de las condiciones previas «objetivas» del éxito –superioridad decisiva en número, una segura información o un total apoyo popular. Obligado a operar en ambientes que eran por definición hostiles, nunca consiguió el estímulo compensador de un unánime apoyo nacional a lo que estaba tratando de realizar. Consciente de su aislamiento moral, llegó a convencerse de que el respaldo del pueblo contaba menos que la propia opinión del ejército sobre sí mismo. Su última confrontación con la voluntad del pueblo, personificado por De Gaulle, reveló que ese convencimiento era una ilusión y determinó una derrota de sus aspiraciones políticas tan completa como de su estrategia lo habían sido en Dien Bien Phu.

Los triunfantes soldados comunistas tras su entrada en Hanoi.



Otras obras de la misma Editorial

ENCICLOPEDIA EN COLOR

Cazas 1919-1939, por Kenneth Munson.
Bombarderos 1919-1939, por Kenneth Munson.
Cazas 1939-1945, por Kenneth Munson.
Bombarderos 1939-1945, por Kenneth Munson.
Cazas en servicio. Desde 1960, por Kenneth Munson.
Bombarderos en servicio. Desde 1960, por Kenneth Munson.
Uniformes militares de la guerra civil española, por J. M. Bueno.
Uniformes militares de todo el mundo, por P. Kannik.
Acorazados, por Martín López.

FUERA DE COLECCION

Guerra en Irlanda, por Vicente Talón.
Los rusos en el Mediterráneo, por Vicente Talón.
La Aviación Militar en el Mundo Actual, por Taylor.
La Aviación Legionaria. España 1936-1939, por Vigna.
Buques de guerra españoles 1885-1971, por Aguilera y Elías.
El 5.° Regimiento de Milicias Populares, por Comín Colomer.
Yo fui Piloto de Caza Rojo, por F. Tarazona.
La Ayuda Alemana a España 1936-1939, por R. Hidalgo Salazar.

HISTORIA DEL SIGLO DE LA VIOLENCIA

BATALLAS Rojo

Pearl Harbour, por A. J. Barker.
La Batalla de Inglaterra, por E. Bishop.
Kursk. Encuentro de fuerzas acorazadas, por G. Jukes.
Golfo de Leyte. Una armada en el Pacífico, por D. Macyntire.
Midway. El punto de partida, por A. J. Barker.
Día-D. Comienza la invasión, por R. W. Thompson.
Tarawa. Ha nacido una leyenda, por H. Shaw.
La Defensa de Moscú, por G. Jukes.
Batalla de la Bolsa del Ruhr, por Ch. Whiting.
El Sitio de Leningrado, por A. Wykes.
La Batalla de Berlín. Final del Tercer Reich, por E. Ziemke.
Salerno. Un pie en Europa, por D. Mason.
Beda Fomm. La victoria clásica, por K. Macksey.
Dien Bien Phu, por J. Keegan.
Iwo Jima, por M. Russell.

ARMAS Azul

Armas Secretas Alemanas. Prólogo a la Astronáutica, por B. Ford.
Gestapo SS, por R. Manvell.
Comando, por P. Young.
Luftwaffe, por A. Price.
Lanchas Rápidas. Los bucaneros, por B. Cooper.
Armas Suicidas, por A. J. Barker.
La Flota de Alta Mar de Hitler, por R. Humble.
Armas Secretas Aliadas, por B. Ford.
Paracaidistas en Acción, por Ch. Macdonald.
T-34 Blindado Ruso, por D. Orgill.
ME-109. Un caza incomparable, por M. Caidin.
La Legión Cóndor. España 1936-39, por P. Elstob.
La Flota de Alta Mar Japonesa, por R. Humble.
El Caza Cohete, por W. Green.
Waffen SS. Los soldados del asfalto, por J. Keegan.
División Panzer. El puño acorazado, por K. Macksey.
El Alto Estado Mayor Alemán, por Barry Leach.
Armas de Infantería, por J. Weeks.
Los Tigres Voladores. Chennault en China, por R. Heiferman.
Cero. Un caza famoso, por M. Caidin.
Los Cañones 1939-45, por I. V. Hogg.
Granadas y Morteros, por I. V. Hogg.
El Jeep, por F. Denfeld y Fry.

CAMPAÑAS Verde

Afrika Korps, por K. Macksey.
Bombardeo de Europa, por N. Frankland.
Incursiones. Fuerzas de choque del desierto, por A. Swinson.
Barbarroja. Invasión de Rusia, por J. Keegan.
Operación Torch. Invasión angloamericana de Africa del Norte, por V. Jones.
La Guerra de los Seis Días, por A. J. Barker.
Tobruk. El asedio, por J. W. Stock.
La Guerra del Yom Kippur. Enfrentamiento árabe-israelí, por A. J. Barker.

PERSONAJES Morado

Patton, por Ch. Withing.
Otto Skorzeny, por Ch. Withing.
Hitler, por A. Wykes.
Tito, por P. Auty.
Mussolini, por C. Hibbert.
Zhukov. Mariscal de la Unión Soviética, por O. Preston Chaney Jr.
Rommel, por Sibley y Fry.

POLITICOS Negro

Conspiración contra Hitler, por R. Manvell.
La Noche de los Cuchillos Largos, por N. Tolstoy.

SAN MARTIN

HISTORIA DEL SIGLO DE LA VIOLENCIA

batallas libro n.º 15

Nunca desde los días de Dunkerque había sufrido Francia semejante sorprendente desastre militar. Se relata la historia real, llena de valentía y heroismo contra la superioridad enemiga..... una especie de fábula en que las fuerzas francesas se empeñan en utilizar carros de combate.... cuando se luchaba en una Guerra de Guerrillas.

